



LIO SALGARI

SANDOKAN

ZIG-ZAG

SANDOKAN

288

C.N.E.

COLECCION AVENTURA
"SERIE SALGARI"

EMILIO SALGARI

*Perladó, 1946
Nota 288 - \$ 1.30*

SANDOKAN

Lección Infantil



Z I G . - Z A G

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

133 x 196

CAPITULO PRIMERO

LOS PIRATAS DE MOMPRACEM

En la noche del 20 de diciembre de 1849, un violentísimo huracán azotaba a Mompracem, isla salvaje de siniestra fama, guarida de piratas formidables situada en el mar de la Malasia, a pocos centenares de millas de las costas occidentales de Borneo.

Empujadas por un viento irresistible, corrían por el cielo como caballos desbocados en confusa mescolanza negras masas de nubes, que de cuando en cuando dejaban caer sobre los sombríos bosques de la isla furiosos aguaceros. En el mar, también agitado por el viento, se chocaban desordenadamente olas enormes, confundiendo sus bramidos con las detonaciones ya breves y secas, ya interminables, de los truenos.

Ni en las cabañas alineadas en el fondo de la bahía de la isla, ni en las fortificaciones que la defendían, ni en los muchos barcos anclados al otro lado de la escollera, ni bajo los bosques, ni en la tumultuosa superficie del mar, se distinguía luz alguna. Sin embargo, el que, viniendo de Oriente, hubiese mirado a la altura habría visto en la cima de una roca elevadísima, cortada a pico sobre el mar, brillar dos puntos luminosos, dos ventanas intensamente iluminadas.

¿Quién era el que, a pesar de aquella tempestad, velaba en la isla de los sanguinarios piratas?

Entre un verdadero laberinto de trincheras hundidas, de terraplenes medio desmoronados, de estacadas deshechas, de cajas enormes abiertas y rotas, cerca de las cuales se veían armas quebradas y huesos humanos, se alzaba una amplia y sólida construcción, sobre la cual ondeaba una gran bandera roja con una cabeza de tigre en medio.

Una de las habitaciones de aquella vivienda estaba iluminada. Sus paredes aparecían cubiertas con pesadas telas rojas, de terciopelo y de brocado de gran precio; pero en varios sitios estaban arrancadas y manchadas, y los tapices de Persia con hilos de oro que cubrían el pavimento, a trechos rotos y arrugados.

En medio de la habitación había una mesa de ébano incrustada de nácar y adornada con filetes de plata, cargada de botellas y vasos del cristal más puro; en los ángulos, grandes vitrinas medio rotas, llenas de brazaletes de oro, de pendientes, de anillos, de medallones, de preciosos objetos sagrados, torcidos o rotos: perlas, procedentes, sin duda, de las famosas pesquerías de Ceylán; esmeraldas, rubíes y diamantes que brillaban como otros tantos soles bajo los rayos de una lámpara dorada suspendida del techo.

En una pared había un diván turco, con las franjas que le adornaban

arrancadas en varias partes; en otra, un *armonium* de ébano con el teclado roto, y, en derredor, en indescriptible confusión, tapices arrollados, trajes magníficos, cuadros debidos a pinceles famosos, lámparas volcadas, botellas, unas derechas y otras caídas; vasos y copas, rotas éstas intactos aquéllos, y, además, carabinas indias recamadas, trabucos de España, sables, cimitarras, puñales y pistolas.

En aquella habitación, de tan extraño modo amueblada y decorada, había un hombre sentado en una poltrona coja. Era de alta estatura, de musculatura vigorosa, de facciones enérgicas, fieras, y de una belleza extraña.

Sobre los hombros le caían los largos cabellos, y barba negrísima le guarnecía el rostro, de color ligeramente bronceado.

Tenía amplia frente, sombreada por un par de cejas enormes; boca pequeña, con dientes de cuña, como los de las fieras, y que brillaban como perlas; ojos muy negros, de fascinadora lumbre, que quemaba, que obligaba a bajar la vista a quienquiera que le mirase.

Se había sentado hacia algunos minutos; tenía la mirada fija en la lámpara, y las manos, cerradas nerviosamente, sobre la riquísima cimitarra que le pendía de una ancha faja de seda roja, ceñida en derredor de una chaqueta redonda de terciopelo azul franjeada de oro.

Un trueno formidable, que sacudió el edificio hasta en sus cimientos, le arrancó bruscamente de aquella inmovilidad.

Se echó hacia atrás los largos y ensortijados cabellos, se aseguró en la cabeza el turbante, adornado con un espléndido diamante, tan grueso como una nuez, y se levantó, echando en derredor una mirada que tenía un no sé qué de tétrico y amenazador.

—¡Es ya medianoche! —murmuró—. ¡Sí; medianoche, y no ha vuelto todavía!

Vació lentamente una copa llena de un líquido de color de ámbar, en seguida abrió la puerta, y se metió con paso firme por entre las trincheras que defendían el edificio, deteniéndose en el borde de la gran roca, en cuya base rugía el mar furiosamente.

Allí estuvo durante algunos instantes con los brazos cruzados, inmóvil como la roca que le sustentaba, respirando voluptuosamente las tremendas ráfagas de viento de la tempestad, dirigiendo la mirada hacia el revuelto mar; después se retiró despacio y volvió a entrar en la casa, deteniéndose ante el *armonium*.

—¡Qué contraste! —exclamó—. ¡Fuera el huracán y yo aquí dentro! ¡Cuál de las dos tempestades es más terrible?

Recorrió con los dedos el teclado, produciendo notas rapidísimas, que tenían algo de extraño, de salvaje, y que poco a poco fueron haciéndose más largas y tenues, hasta que quedaron apagadas por el estampido de los truenos y los silbidos del viento.

De pronto volvió la cabeza hacia la puerta, que había dejado entornada.

Se quedó escuchando durante unos instantes, y por fin salió a toda prisa, lanzándose hacia el extremo de la roca.

A la rápida claridad de un relámpago vió un barco pequeño con las velas casi amainadas, que entraba en la bahía, confundiendo entre otros buques allí anclados.

Nuestro hombre acercó a los labios un silbato de oro y dió tres agudísimos silbidos; otro silbido le contestó en seguida.

—¡Es él! —murmuró muy emocionado—. Ya era tiempo.

Cinco minutos después un ser humano envuelto en una amplia capa que chorreaba agua se presentó ante la casa.

—¡Yáñez! —dijo el del turbante, echándole los brazos al cuello.

—¡Sandokan! —exclamó el recién llegado, con marcadísimo acento extranjero—. ¡Brrr! ¡Qué noche del infierno, hermano mío!

—¡Ven!

Atravesaron rápidamente la trinchera y entraron en la habitación iluminada, cerrando tras sí la puerta.

Sandokan llenó dos vasos, y alargando uno al extranjero, que se había desembarazado del manto y de la carabina que llevaba en bandolera con el cañón hacia el suelo, le dijo con acento afectuoso:

—¡Bebe, mi buen Yáñez!

—¡A tu salud, Sandokan!

—¡A la tuya!

Vaciaron los vasos y se sentaron ante la mesa.

El recién llegado era un hombre de treinta y tres o treinta y cuatro años, esto es, un poco más viejo que su compañero, y de estatura mediana, robustísimo, de epidermis muy blanca, de facciones regulares, ojos grises y astutos, labios burlones y sutiles, que indicaban una voluntad de hierro. A primera vista se comprendía que no tan sólo era europeo, sino que debía pertenecer a la raza meridional.

—Bueno, Yáñez —preguntó Sandokan con cierta emoción—: ¿has visto a la muchacha de los cabellos de oro?

—No; pero sé cuanto quería saber.

—¿No has ido a Labuán?

—Sí, pero ya sabes que en aquellas costas, que vigilan los cruceros ingleses, se hace difícil el desembarco a gentes de nuestra especie.

—¡Háblame de esa muchacha! ¿Quién es?

—Te diré que es una criatura maravillosamente bella, capaz de embrujar al pirata más formidable:

—¡Ah! —exclamó Sandokan.

—Me han dicho que tiene rubios los cabellos; los ojos, más azules que el mar, y las carnes, tan blancas como el alabastro. Sé que Alamba, uno de nuestros piratas más feroces, la vio pasear una tarde por los bosques de la isla, y quedó tan prendado de su belleza, que hizo detener su barco para contemplarla mejor, aun a riesgo de hacerse matar por los cruceros ingleses.

—Pero, ¿a qué familia pertenece?

—Algunos dicen que es hija de un colono; otros, que de un lord, y otros, que es nada menos que pariente del gobernador de Labuán.

—¡Qué criatura tan extraña! —murmuró Sandokan, oprimiéndose la frente con las manos.

—¿Es así?... —preguntó Yáñez.

El pirata no contestó. Se levantó bruscamente, presa de una gran emoción, y se fué ante el *armonium*, haciendo correr los dedos sobre el teclado.

Yáñez se limitó a sonreír; descolgó de un clavo un viejo bandolín, y se puso a *pizzicar* las cuerdas, diciendo:

—¡Está bien! ¡Hagamos un poco de música!

Pero apenas había comenzado a tocar un aire portugués, vio a Sandokan que se acercaba bruscamente a la mesa, dando en ella tan formidable puñetazo, que lo hizo saltar.

Ya no era el mismo hombre de antes. Su frente se había contraído de un modo borrascoso, de sus ojos salían relámpagos de luz sombría, por entre sus labios mostraba los dientes fuertemente apretados, y sus miembros todos temblaban. En aquel momento era el jefe formidable de los feroces piratas de Mompracem; era el hombre que hacía diez años venía ensangrentando las costas de la Malasia; el hombre que había dado batallas terribles en todas partes; el hombre cuya audacia extraordinaria y valor indómito le habían valido el sobrenombre de *Tigre de la Malasia*.

—Yáñez —exclamó con un tono de voz que nada tenía de humano—, ¿qué es lo que hacen los ingleses en Labuán?

—Se fortifican —contestó tranquilamente el europeo.

—¿Quizás estarán tramando algo contra mí!

—Eso creo.

—¡Ah! ¿Lo crees? ¡Pues que se atrevan a levantar un dedo contra mi isla de Mompracem! ¡Ve a decirles que prueben a desafiar a los piratas en su propia madriguera! ¡El *Tigre* los destruirá a todos ellos, y beberá toda su sangre! Dime: ¿qué es lo que dicen de mí?

—Que ya es hora de concluir con un pirata tan atrevido.

—¿Me odian mucho?

—Tanto, que se darían por muy contentos con perder todos sus barcos con tal de poder ahorcarte.

—¡Ah!

—¿Lo dudas, acaso? Hermanito mío, hace muchos años que vienes cometiendo fechorías. Todas las costas tienen recuerdos de tus correrías; todas sus aldeas y todas sus ciudades han sido acometidas o saqueadas por ti; todos los fuertes holandeses, españoles e ingleses tienen señales de tus balas, y el fondo del mar está erizado de barcos que has echado a pique.

—Es verdad; pero, ¿de quién es la culpa? ¿Es que los hombres de raza blanca han sido menos inexorables conmigo? ¿No me han destronado, con el pretexto de que me hacía poderoso y temible? ¿Es que no han asesinado a mi madre, a mis hermanos y a mis hermanas con el objeto de destruir mi descendencia? ¿Qué daños les había causado yo? ¡La raza blanca no tenía por qué quejarse de mí, y, sin embargo, quiere hacerme desaparecer! ¡Ahora yo los odio, sean españoles, holandeses, ingleses o portugueses, tus compatriotas; los execro, y me vengaré de ellos de un modo terrible; así lo he jurado sobre los cadáveres de mi familia, y mantendré mi juramento.

—¡Sí; he sido despiadado con mis enemigos! ¡Sin embargo, alguna vez se levantará para decir que también alguna vez he sido generoso!"

—No una, sino ciento, y hasta mil veces pueden decir que con los débiles has sido quizás demasiado generoso —dijo Yáñez—. Pueden decirlo todas las mujeres que han caído en tu poder, y a quienes, a riesgo de que te echasen a pique los cruceros, has conducido a los puertos de los hombres blancos; pueden decirlo las débiles tribus que has defendido contra la *razzia* de los fuertes; los pobres marineros privados de sus barcos por las tempestades, a quienes tú has salvado de las olas y colmado de regalos, y cien y mil otros que no olvidarán nunca tus beneficios, Sandokan.

—Pero, dime, hermanito mío: ¿qué quieres decir con todo eso?"

El *Tigre de la Malasia* no contestó. Comenzó a pasear por la habitación con los brazos cruzados y la cabeza inclinada sobre el pecho. ¿Qué pensaba aquel hombre? El portugués Yáñez no podía adivinarlo, a pesar de conocerle hacía mucho tiempo.

—Sandokan —dijo al cabo de algunos minutos de silencio—, ¿en qué piensas?

El *Tigre* se paró, mirándole fijamente; pero tampoco entonces respondió.

—¿Te atormenta alguna idea? —prosiguió Yáñez—. ¡Bah! ¡Cualquiera diría que te preocupas porque te odian tanto los ingleses!

También esta vez el pirata siguió mudo.

El portugués se levantó, encendió un cigarro y se dirigió hacia una puerta escondida en la tapicería, diciendo:

—¡Buenas noches, hermanito!

Al oír estas palabras, Sandokan se estremeció, y deteniendo con un gesto al portugués, le dijo:

—¡Una palabra, Yáñez!

—¡Habla!

—¿Sabes que quiero ir a Labuán?

—¡Tú! ¿A Labuán, tú?

—¿Por qué te sorprendes tanto?

—Porque eres demasiado atrevido, y cometerías cualquier locura en la propia madriguera de tus enemigos más encarnizados.

Sandokan le miró con ojos llameantes, emitiendo al propio tiempo una especie de rugido sordo.

—¡Hermano mío —prosiguió el portugués—, no tientes demasiado a la fortuna! ¡Estate en guardia! La famélica Inglaterra ha puesto los ojos en nuestra isla de Mompracem, y, probablemente, no espera otra cosa que tu muerte para arrojarla sobre tus tigrecitos y destruirlos. Ponte en guardia, porque he visto un crucero erizado de cañones y lleno de gente armada rondando por nuestras aguas, y ese es un león que no espera otra cosa que la presa.

—¡Pero encontrará al *Tigre*! —exclamó Sandokan, apretando los puños y temblando de ira de pies a cabeza.

—Sí; lo encontrará, y quizás sucumba en la lucha; pero su grito de muerte llegará hasta las costas de Labuán, y otros nuevos enemigos caerán sobre ti. ¡Morirán muchos leones, porque tú eres fuerte; pero también morirá el *Tigre*!

—¡Yo!

Sandokan dió un salto hacia adelante, con los labios contraídos por el furor, los ojos inflamados, las manos cerradas, como si empuñasen armas; pero todo fué un relámpago. Se sentó ante la mesa, bebió de un sorbo un vaso colmado de licor, y dijo con voz perfectamente tranquila:

—¡Tienes razón, Yáñez! Sin embargo, mañana iré a Labuán. Una fuerza irresistible me empuja hacia aquellas playas; una voz me susurra que he de ver a la muchacha de los cabellos de oro, y que debo...

—¡Sandokan!

—¡Silencio, hermanito mío! ¡Vamos a dormir!

CAPÍTULO II

FEROCIDAD Y GENEROSIDAD

A la mañana siguiente, y antes de que saliera el sol, Sandokan se alejó de la vivienda dispuesto a realizar el atrevido proyecto que imaginara.

Iba vestido en traje de guerra: calzaba altas botas de piel roja, su co-

lor favorito; se puso una magnífica casaca de terciopelo, rojo también, recamada y franjeada, y anchos calzones de seda azul. En bandolera llevaba una rica carabina india con arabescos y de cañón muy largo; a la cintura, una pesada cimitarra con la empuñadura de oro macizo, y por entre la faja, atravesado, un *kriss*, puñal de hoja ondulada y envenenada, arma favorita de los pueblos malayos.

Se detuvo un momento en el borde de la alta roca, recorrió con su mirada de águila la superficie del mar, que había quedado tersa como un espejo, y la detuvo en dirección del Oriente.

—¡Allí está! —murmuró al cabo de algunos instantes de contemplación—. ¡Destino que me empujas hacia allá, dime si me serás fatal! ¡Dime si esa mujer de ojos azules y cabellos de oro que todas las noches viene a turbar mi sueño será mi perdición.

Movió la cabeza como si quisiera arrojar de sí algún mal pensamiento, y lentamente descendió por una estrechísima escalera abierta en la roca y que conducía a la playa.

Abajo le esperaba un hombre: era Yáñez.

—Todo está dispuesto —dijo éste—. He mandado preparar los dos mejores barcos de nuestra flota, reforzándolos con dos culebrinas.

—¿Y los hombres?

—Todas las bandas están escalonadas en la playa con sus respectivos jefes. No tendrás más que hacer sino escoger los mejores.

—¡Gracias, Yáñez!

—No me des las gracias, Sandokan: quizás haya preparado tu ruina.

—¡No temas, hermanito: las balas me tienen miedo!

—¡Que no seas prudente, sino prudentísimo!

—Lo seré; y te prometo que, apenas haya visto a esa muchacha, regresaré.

—¡Condenada mujer! ¡De buena gana estrangularía a ese pirata que la vió y que te habló de ella!

—¡Yáñez, ven!

Atravesaron una explanada defendida por grandes bastidores y muchas piezas de artillería, terraplenes y profundos fosos, y llegaron al extremo de la rada, en medio de la cual flotaban doce o quince veleros de los llamados paraos.

Delante de una larga hilera de cabañas y de sólidas construcciones de fábrica que parecían almacenes se veían escalonados en buen orden trescientos hombres, en espera de una voz para lanzarse a las naves como una legión de demonios y esparcir el terror por todos los mares de la Malasia.

¡Qué hombres y qué tipos!

Había malayos, de estatura más bien baja, vigorosos y ágiles como monos, de cara cuadrada y huesosa, hombres famosos por su audacia y ferocidad; había battias, de color más oscuro, notables por su pasión por la carne humana, aun cuando están dotados de una cultura bastante adelantada; dayakos de la vecina isla de Borneo, de alta estatura y de bellas facciones, célebres por sus atrocidades, las cuales les valieron el título de *cortacabezas*; siameses, de rostro romboidal y ojos de reflejos amarillentos; cochinchinos, de color amarillo, luciendo en la cabeza una trenza desmesurada; y por último indios, duguises, javaneses, tagalos de Filipinas, y *negritos* de enorme cabeza y facciones repulsivas.

Al aparecer el *Tigre de la Malasia* recorrió como un estremecimiento

la larga fila de los piratas; los ojos de todos aquellos hombres se inflamaron, y todas las manos tocaron las armas.

Sandokan echó una mirada de complacencia a sus tigrecillos, como le gustaba llamarlos, y dijo:

—¡Patán, adelante!

Un malayo de estatura más bien alta, miembros robustísimos, color de aceituna, vestido con un simple sayo y adornado con algunas plumas, se adelantó, andando con ese balanceo peculiar de los hombres que navegan mucho.

—¿Cuántos hombres tiene tu banda?

—Cincuenta, *Tigre de la Malasia*.

—¿Son buenos todos ellos?

—Todos tienen sed de sangre.

—Embárcalos en aquellos dos paraos, y cédele la mitad a Giro-Batol, el javanés.

—¿Y si va?

Sandokan le lanzó una mirada que hizo temblar al imprudente, aun cuando aquel imprudente era un hombre que se reía de la metralla.

—¡Si quieres vivir, no digas ni una sola palabra! ¡Obedece! —le dijo Sandokan.

El malayo se alejó rápidamente, volviendo con su banda, compuesta de hombres valientes hasta la locura, y que a una simple señal de Sandokan no hubieran dudado en saquear el sepulcro de Mahoma, a pesar de ser mahometanos todos ellos.

—Ven, Yáñez —dijo Sandokan—, así que los vió embarcados.

Iban a descender a la playa, cuando los alcanzó un feísimo negro de enorme cabeza y pies y manos colosales: un verdadero campeón de esos horribles *negritos* que se encuentran en el interior de casi todas las islas de la Malasia.

—¿Qué quiere y de dónde viene Kili-Dahi? —le preguntó Yáñez.

—Vengo de la costa meridional, jefe blanco. He visto un gran *junco* que va dando bordadas hacia las islas Romades.

—¿Iba cargado?

—Sí, *Tigre*.

—Está bien, dentro de tres horas caerá en mi poder.

—¿E irás después a Labuán?

—Directamente, Yáñez.

Se habían detenido ante una rica ballenera que tripulaban cuatro malayos.

—¡Adiós, hermanos! —dijo Sandokan, abrazando a Yáñez.

—¡Adiós, Sandokan! ¡Cuidado de cometer locuras!

—¡No temas; seré prudente!

—¡Adiós, y que te proteja tu buena estrella!

Sandokan saltó a la ballenera, la cual a los pocos instantes se puso al costado de uno de los paraos, que ya estaba desplegando sus inmensas velas.

De la playa se elevó un grito enorme:

—¡Viva el *Tigre de la Malasia*!

—¡Zarpemos! —ordenó el pirata, dirigiéndose a las dos tripulaciones.

Dos escuadras de demonios de color verde aceituna y amarillo sucio levaron las anclas, y ambas embarcaciones, después de dos bordadas, se lanzaron a mar abierta meciéndose en las azules ondas del mar malayo.

—¿Qué ruta? —preguntó Sabau a Sandokan, que había tomado el mando del barco más grande.

—Derechos a las islas Romades —contestó el jefe.

En seguida, volviéndose hacia las tripulaciones, gritó:

—¡Tigrecitos, abrid bien los ojos; tenemos que saquear un *junco*!

El viento era favorable, pues soplaba del Sudoeste, y el mar, apenas movido, no oponía resistencia alguna a la carrera de ambos barcos, los cuales alcanzaron muy pronto una velocidad superior a los doce nudos: velocidad nada común en los buques de vela, pero que no tiene nada de extraordinario en los malayos, que llevan lonas enormes y son muy estrechos y ligeros de casco.

Los dos barcos con los cuales iba a emprender el *Tigre* su audaz expedición, no eran, en puridad, dos paraos, los cuales, comúnmente, son muy pequeños y están desprovistos de puente.

Sandokan y Yáñez, que en lo tocante a cosas de mar no tenían competidor en toda la Malasia, habían modificado sus veleros para poder hacer frente con ventaja a las naves que los perseguían.

Conservaron las inmensas velas, cuya longitud alcanzaba a los cuarenta metros, y, asimismo, los grandes palos con el cordaje, hecho de fibras de *gamuta* y de *rotang*, mucho más resistentes que las cuerdas y cables de cáñamo y más fáciles de encontrarse; pero a los cascos les habían dado mayores dimensiones y formas más esbeltas, al propio tiempo que reforzaron sólidamente las proas.

Además, mandaron construir un puente en todos los barcos, abrir agujeros en los costados para los remos, eliminando uno de los dos timones propios de los paraos y los balancines, con objeto de hacer más fácil el abordaje.

A pesar de que ambas naves se encontraban todavía a gran distancia de las Romades, hacia las cuales se suponía que navegaba el *junco* que había visto Kili-Dahi, apenas difundida la noticia de la presencia de dicho barco, los piratas empezaron a ejecutar las operaciones necesarias para disponer el combate.

Los dos cañones y las dos culebrinas grandes se cargaron con el mayor cuidado; llevaron al puente balas y granadas de mano; en seguida, fusiles, hachas y sables de abordaje, y en las amuras se colocaron escalillas para saltar a bordo y poder arrojar sobre la maniobra de la nave enemiga.

Hecho todo esto, aquellos demonios, cuyos ojos inflamaba un deseo ardiente, se pusieron en observación, unos en un sitio y otros en otro; quienes a horcajadas en los penoles, ansiando todos descubrir el *junco* que prometía un rico saqueo, pues generalmente dichos barcos procedían de los puertos de China.

El mismo Sandokan parecía participar de la ansiedad e inquietud de sus hombres. Paseaba de popa a proa con paso nervioso, escrutando la inmensa extensión de agua y apretando con una especie de rabia la empuñadura de oro de su magnífica cimitarra.

A las diez de la mañana desapareció en el horizonte la isla de Mompracem; pero el mar continuaba desierto.

Ni un escollo a la vista, ni un penacho de humo que indicara la presencia de un vapor, ni un punto blanco que señalase la cercanía de un velero.

Una gran impaciencia comenzaba a apoderarse de las tripulaciones, los hombres subían y bajaban las escalillas imprecando y maldiciendo,

atormentaban la batería de los fusiles, y hacían relucir las brillantes hojas de sus envenenados *kriss* y de las cimitarras.

De pronto, y poco después de mediodía, se oyó gritar desde lo alto del palo mayor:

—¡Ehi! ¡Mira a sotavento!

Sandokan interrumpió sus pasos. Lanzó una rápida mirada al puente de su barco y otra al del que mandaba Giro-Batol, y ordenó:

—¡Tigrecitos! ¡A vuestros puestos de combate!

En menos tiempo del empleado en la orden, los piratas que treparon a los palos, descendieron a las cubiertas de los respectivos barcos y ocuparon los puestos señalados.

—*Araña de Mar* —dijo Sandokan, volviéndose hacia el hombre que había quedado en observación en el palo—, ¿qué es lo que ves?

—Una vela, *Tigre*.

—¿Es un *junco*?

—No me equivoco; es la vela de un *junco*.

—Hubiera preferido un barco europeo —murmuró Sandokan arrugando el entrecejo—. No me empuja odio alguno contra las gentes del Celeste Imperio. Pero, ¡quién sabe!...

Volvió a sus paseos, y no dijo más.

Transcurrió una media hora, durante la cual los paraos avanzaron cinco nudos; otra vez volvió a oírse la voz de *Araña de Mar*.

—¡Capitán, es un *junco*! —gritó—. ¡Creo que nos ha visto y que está virando de bordo!

—¡Ah! —exclamó Sandokan—. ¡Ehi! ¡Giro-Batol, maniobra de modo que les impidas la fuga!

Un instante después se separaban los dos barcos, y, describiendo un gran semicírculo, se dirigieron hacia el buque mercante a velas desplegadas.

Era éste una de esas naves pesadas llamadas *juncos*, de formas sin gracia y de dudosa solidez, que se usan en los mares de la China.

Apenas advirtió la presencia de los sospechosos paraos, contra los cuales no podía competir en velocidad, se detuvo y arboló una gran bandera.

Al verla Sandokan dió un salto adelante.

—¡La bandera del *rajá* Broocke, del exterminador de los piratas! —exclamó con intraducible acento de odio—. ¡Tigrecitos! ¡Al abordaje! ¡Al abordaje!

Un grito salvaje, feroz, se elevó de ambas tripulaciones, para quienes no era desconocida la fama del inglés James Broocke, convertido en *rajá* de Sarawack, enemigo despiadado de los piratas, que habían caído en gran número bajo sus golpes.

Patán dió un salto y cayó sobre el cañón de proa, mientras los demás apuntaban las culebrinas y asestaban los fusiles.

—¿Puedo comenzar? —preguntó a Sandokan.

—Sí; pero que no se pierda una bala.

—¡Está bien!

De repente resonó a bordo del *junco* una detonación, y una bala de poco calibre pasó silbando por entre el velamen del parao.

Patán se inclinó sobre su cañón e hizo fuego. El efecto fué instantáneo: el palo mayor del *junco*, agujereado en la base, osciló con violencia de adelante a atrás, y cayó sobre cubierta con las velas y todo el cordaje.

A bordo del desgraciado barco algunos hombres se lanzaron a las amarras, desapareciendo después.

—¡Mira, Patán! —gritó *Araña de Mar*.

Una pequeña canoa tripulada por seis hombres se separaba del *junco* y huía hacia las islas Romades.

—¡Ah! —exclamó con ira Sandokan—. ¡Hay hombres que huyen en lugar de batirse! ¡Patán, haz fuego contra esos cobardes!

El malayo lanzó a flor de agua una oleada de metralla, que echó a pique la canoa, hiriendo a todos los que la montaban.

—¡Bravo, Patán! —gritó Sandokan—. ¡Ahora deja ese barco tan raso como un pontón, todavía veo una tripulación numerosa! ¡Después lo enviaremos a que le arreglen en los astilleros del *rajá*, si le queda algo que componer!

Los dos buques corsarios volvieron a comenzar la infernal música, arrojando balas, granadas y nubes de metralla contra el *junco*, derribándole el trinquete, desfondándole las amuras y las costillas y matándole los marineros, que se defendían desesperadamente a tiros de fusil.

—¡Valientes! —exclamó Sandokan, que admiraba el valor de aquel puñado de hombres que quedaba en pie en el *junco*—. ¡Tirad, tirad todavía! ¡Sois dignos de combatir contra los tigres de la Malasia!

Los barcos corsarios, envueltos en una espesa nube de humo, de la cual salían continuamente truenos y relámpagos, seguían avanzando, y en pocos instantes llegaron a los costados del *junco*.

—¡Barra a sotavento! —gritó entonces Sandokan, que ya había desenvainado la cimitarra.

Su nave abordó la mercante por el anca de babor, quedando quieta, pues ya se habían lanzado los arpeos de abordaje.

—¡Tigrecitos, al asalto! —gritó el terrible pirata.

Se recogió sobre sí mismo como un tigre que se dispone a lanzarse sobre la presa, e hizo un movimiento para saltar; pero una mano robusta le detuvo.

Se volvió dando un grito de rabia; el hombre que se había atrevido a detenerle se colocó con rapidez delante de él, cubriéndole con su propio cuerpo.

—¡Tú, *Araña de Mar*! —bramó Sandokan levantando la cimitarra.

En aquel instante mismo disparaban del *junco* un tiro de fusil, y el pobre *Araña* caía herido sobre el puente.

—¡Ah! ¡Gracias, tigrecito mío! —dijo Sandokan—. ¡Has querido salvarme!

Se lanzó adelante como un toro herido, se agarró a la boca de un cañón, se izó sobre el puente del *junco* y se precipitó entre los combatientes con aquella temeridad loca que todos admiraban.

La tripulación entera del buque mercante se le fué encima, para cortarle el paso.

—¡Tigrecitos! ¡A mí! —gritó, tumbando a dos hombres con el revés de la cimitarra.

Diez o doce piratas, trepando por los aparejos y saltando por las bordas, se lanzaron a la cubierta, en tanto que el otro paracarro arrojaba los arpeos, aferrándose al *junco*.

—¡Rendíos! —gritó el *Tigre* a los marineros enemigos.

Los siete u ocho hombres que sobrevivían, al ver invadir la toldilla a otros piratas, arrojaron las armas.

—¿Quién es el capitán? —preguntó Sandokan.

—¡Yo! —contestó un chino, adelantándose.

—¡Eres un héroe, y tus hombres son dignos de ti! —dijo Sandokan—. ¿Adónde ibais?

—A Sarawack.

Una profunda arruga se dibujó en la amplia frente del pirata.

—¡Ah! —exclamó con voz sorda—. ¿Vas a Sarawack? ¿Y qué es lo que hace el *rajá* Broocke, el exterminador de los piratas?

—No lo sé, porque hace meses que falta de Sarawack.

—No importa; pero le dirás que un día cualquiera iré a anclar en la bahía de su ciudad, y que allí esperaré sus barcos. ¡Oh; veremos si el exterminador de piratas es capaz de vencer a los míos!

En seguida se quitó del cuello un hilo de diamantes de tres o cuatrocientas mil pesetas de valor, y alargándoselo al capitán del *junco*, le dijo:

—Toma, valiente! Siento haberte malparado el *junco* que tan bien has sabido defender; pero con estos diamantes podrás comprar otros diez barcos nuevos.

—Pero, ¿quién es usted? —preguntó asombrado el capitán.

Sandokan se le acercó, y poniéndole una mano en un hombro, le dijo:

—¡Mírame a la cara; yo soy el *Tigre de la Malasia*!

En seguida, y antes de que el capitán y sus marineros hubieran podido rehacerse de su aturdimiento y de su terror, Sandokan y los piratas volvieron a bajar a sus naves.

—¿Qué ruta? —preguntó Patán.

El *Tigre* extendió el brazo al Este, y con voz metálica, en la cual se advertía una vibración extraña, gritó:

—¡Tigrecitos, a Labuán!

CAPITULO III

LA TRAVESIA

Abandonando el desarbolado y medio demolido *junco*, el cual no corría el peligro de hundirse, al menos por entonces, los dos barcos de presa volvieron a emprender su camino hacia Labuán, la isla habitada por aquella joven de cabellos de oro, a quien Sandokan quería ver a todo trance.

El viento seguía soplando del Noroeste; era muy fresco y el mar estaba tranquilo, cosas ambas que favorecían la marcha de los paraos, que bogaban a razón de diez u once nudos por hora.

Después de haber mandado limpiar el puente, recomponer el cordaje cortado por las balas enemigas, arrojar al mar el cadáver de *Araña* y de otro pirata muerto de un tiro de fusil y cargar las carabinas y las culebrinas, Sandokan encendió un magnífico *narghilé* procedente de algún bazar indio o persa, y llamó a Patán.

—Dime, malayo —dijo el *Tigre*, mirándole a la cara de tal modo que daba miedo—, ¿sabes cómo ha muerto *Araña de Mar*?

—Sí —respondió Patán, estremeciéndose al ver tan ceñudo al pirata.

—¿Sabes cuál es tu puesto cuando yo subo al abordaje?

—Detrás de usted.

—Y como tú no estabas, murió *Araña* en lugar de morir tú.

—Es verdad, capitán.

—Debiera mandar fusilarte por esa falta; pero tú eres un héroe y no me gusta sacrificar inútilmente a los valientes. Sin embargo, en el primer abordaje te harás matar a la cabeza de mis hombres.

—¡Gracias, *Tigre*!

—¡Sabau! —llamó en seguida Sandokan.

Otro malayo, que tenía la cara señalada por una cicatriz, se adelantó.

—¿Fuiste tú el primero en saltar al *junco* después de mí?

—Sí, *Tigre*.

—Está bien. Así que haya muerto Patán tú le sucederás en el mando.

Dicho esto, atravesó lentamente el puente y descendió a su camarote, situado en la popa.

Durante el día continuaron los paraos navegando en el trozo de mar comprendido entre Mompracem y las islas Romades, al Oeste de Borneo y al Noroeste de Labuán, sin encontrar en el camino barco mercante alguno.

La fama siniestra de que gozaba el *Tigre* se había esparcido por aquellos mares, y muy pocos eran los buques que osaban aventurarse por ellos. Los más huían de tales parajes, desprovistos de vigilancia y cruzados continuamente por los corsarios, manteniéndose siempre cerca de las costas, dispuestos a echarse a tierra para salvar, por lo menos, la vida.

Apenas hubo caído la noche recogieron un tercio de sus velas, como precaución contra los repentinos golpes de viento, y se acercaron uno a otro para no perderse de vista y poder socorrerse mutuamente. A eso de la medianoche, en el instante en que pasaban a la vista de las Tres Islas, que son los centinelas avanzados de Labuán, apareció Sandokan en el puente.

Seguía presa de una vivísima agitación. Comenzó a pasear de popa a proa con los brazos cruzados, encerrándose en un silencio feroz. De cuando en cuando se detenía para escrutar la negra superficie de las aguas, se subía a las amuras para ver mayor horizonte, y en seguida, se inclinaba, quedando con el oído atento. ¿Qué sería lo que quería oír? ¿Quizás el resuello de alguna máquina que indicara la presencia de un crucero o el fragor de las olas rompiéndose contra las costas de Labuán?

A las tres de la madrugada, cuando ya los astros comenzaban a palidecer, Sandokan gritó:

—¡Labuán!

En efecto, hacia el Este, allá donde el mar se confundía con el horizonte, apareció muy confusamente una sutil línea oscura.

—¡Labuán! —repitió el pirata, respirando como si le hubieran quitado un gran peso del corazón.

—¿Vamos más adelante? —preguntó Patán.

—Sí contestó el *Tigre*.— Entraremos en el riachuelo que ya conoces.

Se transmitió la orden a Giro-Batol, y ambos barcos se dirigieron hacia la suspirada isla.

Labuán, cuya superficie no pasa de ciento dieciséis kilómetros cuadrados, no era entonces la importante estación naval que es hoy día.

Ocupada de orden del Gobierno inglés por el comandante del *Iris*, sir Rodney Mandy, para suprimir la piratería, contaba por aquellos tiempos unos mil habitantes, casi todos malayos, y unos doscientos de raza blanca.

Hacia muy poco tiempo que había fundado una ciudadela, a la cual dieron el nombre de Victoria, rodeándola de algunos fortines para im-

pedir que la destruyesen los piratas de Mompracem, quienes ya varias veces habían devastado las costas. El resto de la isla estaba cubierto de bosques espesísimos, todavía poblados de tigres, y solamente se habían fundado algunas factorías en las alturas y en las praderas.

Después de costear varias millas de la isla, los dos paraos se metieron silenciosamente en un riachuelo, cuyas orillas estaban cubiertas de bosques espléndidos, remontando la corriente unos seiscientos o setecientos metros, y allí anclaron a la sombra de árboles enormes.

Ningún crucero que hubiera recorrido la costa habría podido descubrirles ni sospechar tampoco la presencia de los piratas, emboscados como los tigres de los *sun erbunds* indios.

A mediodía, después de haber enviado dos hombres a la boca del río y otros dos a la floresta para evitar una sorpresa, Sandokan desembarcaba armado de su carabina y seguido por Patán.

Habría recorrido unos cinco kilómetros, cuando de repente se detuvo al pie de un *durión* colosal, cuyos deliciosos frutos, erizados de agudísimas puntas se movían al impulso de los picotazos que les daban un sinnúmero de *tucanes*.

—¿Ha visto usted algún hombre? —preguntó Patán.

—No, pero escucha —contestó Sandokan.

El malayo aguzó el oído y oyó ladridos lejanos.

—Es alguien que está cazando —dijo, enderezándose.

—¡Vamos a ver!

Volvieron a emprender el camino, ocultándose entre los árboles y la espesura.

Los ladridos de los perros iban acercándose, y muy pronto los dos piratas se encontraron ante un feísimo negro que vestía unos calzones rojos y que sujetaba a un mastín.

—¿A dónde vas? —le preguntó Sandokan, cortándole el paso.

—Busco la pista de un tigre —contestó el negro.

—¿Y quién te ha dado permiso para cazar en mis bosques?

—Estoy al servicio de lord Guillonk.

—¡Está bien! Ahora dime, esclavo maldito, ¿has oído hablar de una muchacha a quien llaman la *Perla de Labuán*?

—¿Quién no conoce en esta isla a tan hermosa criatura? Es el ángel bueno de Labuán, a quien todos quieren y adoran.

—¿Es hermosa? —preguntó Sandokan emocionado.

—Creo que no hay mujer alguna que pueda igualarla.

Un fuerte estremecimiento agitó al *Tigre de la Malasia*.

—Dime —volvió a preguntar después de un breve silencio—, ¿dónde vive?

—A dos kilómetros de aquí, en medio de una pradería.

—Basta con eso; vete, y si aprecias la vida no vuelvas atrás.

Le dió un puñado de oro, y tan pronto como el negro hubo desaparecido, se echó al pie de un artocarpus murmurando:

—Esperaremos a la noche para ir a espiar los alrededores.

Patán le imitó, tumbándose a la sombra de otro árbol, pero con la carabina en la mano.

Serían las siete de la tarde cuando un acontecimiento inesperado vino a interrumpirlos en su expectación.

Hacia la costa había resonado un cañonazo, haciendo callar de repente a los pájaros que poblaban el bosque y que se despedían de la luz.

Sandokan se puso en pie de un salto con la carabina entre las manos, completamente demudado.

—¡Un cañonazo! —exclamó—. ¡Ven, Patán, veo sangre!...

Se lanzó dando saltos de tigre a través de la floresta y seguido por el malayo, que, aun siendo tan ágil como un ciervo, se veía apurado para seguirle.

CAPITULO IV

TIGRES Y LEOPARDOS

En menos de diez minutos llegaron los dos piratas a la orilla del río. Todos sus hombres habían subido a bordo de los paraos y estaban ocupados en bajar las velas, pues había caído el viento.

—¿Qué sucede? —preguntó Sandokan saltando sobre el puente.

—Capitán, estamos descubiertos —dijo Giro-Batol—. Un crucero nos cierra el camino en la boca del río.

—¡Ah! —dijo el Tigre—. ¿Conque esos ingleses vienen a acometernos también aquí? ¡Bueno; tigrecitos, empuñad las armas y salgamos al mar! ¡Enseñaremos a esos hombres cómo se baten los tigres de Mompracem!

—¡Viva el Tigre! —gritaron los tripulantes con entusiasmo—. ¡Al abordaje! ¡Al abordaje!

Un instante después ambos barcos descendían por el río, y a los tres o cuatro minutos salían a pleno mar.

A seiscientos metros de la costa navegaba, a poca máquina un gran buque de más de mil quinientas toneladas y poderosamente armado.

Se oía redoblar de tambores en su cubierta llamando a la tripulación a sus puestos de combate, y las órdenes que daban los oficiales.

Sandokan miró friamente a aquel adversario formidable, sin que su mole le asustase en lo más mínimo, ni su artillería, ni tampoco su numerosa tripulación, y gritó:

—¡Tigrecitos, a los remos!

Los piratas se precipitaron bajo cubierta y empuñaron los remos, mientras que los artilleros apuntaban los cañones y las culebrinas.

—¡Ahora nos toca a nosotros, barco maldito! —dijo Sandokan cuando vió que los paraos bogaban como flechas al impulso de los remos.

De pronto un rayo de fuego relampagueó en la cubierta del crucero, y una bala de grueso calibre pasó silbando por entre los mástiles del parao.

—¡Patán —gritó Sandokan—, a tu cañón!

El malayo, que era uno de los mejores artilleros con que podía enorgullecerse la piratería, puso fuego a su pieza. El proyectil, que se alejó silbando, deshizo el puente del comandante, tronchando al propio tiempo el asta de la bandera.

En lugar de contestar, el barco de guerra viró de bordo y presentó las portas de la batería de babor, por las cuales salían las bocas de media docena de cañones.

—¡Patán, no hay que perder un solo tiro! —dijo Sandokan, en tanto que sobre el parao de Giro-Batol retumbaba un cañonazo—. ¡Derriba los mástiles de ese maldito, machácale las ruedas, desmóntale las piezas, y cuando ya no tengas la vista firme, hazte matar!

En aquel instante pareció como que se inflamaba el crucero. Un huracán de hierro atravesó el espacio y dió de lleno en los dos paraos, dejándolos rasos como pontones.

Gritos espantosos de rabia y de dolor se alzaron entre los piratas, quedando ahogados por otra andanada que les disparó en seguida la poderosa artillería del enemigo.

Hecho esto, envuelto el buque entre densas nubes de humo negro y blanco, viró de bordo a menos de cuatrocientos pasos y se alejó más de un kilómetro, dispuesto a volver a comenzar el fuego.

Sandokan, que había salido ileso, pero que fué derribado por un penol, se levantó rápidamente.

—¡Miserables! —gritó, mostrando el puño al enemigo—. ¡Huyes, cobarde; pero yo te alcanzaré!

Silbó, llamando a cubierta a sus gentes.

—¡Pronto! ¡Poned una barricada delante de los cañones, y en seguida adelante!

En un momento fueron acumulados en la proa de ambos barcos, mástiles de recambio, cajas llenas de balas, cañones viejos desmontados y maderos de todo género, formando con todo esto una sólida barricada.

Veinte hombres de los más robustos volvieron a descender para manejar los remos, y los otros se agolparon detrás de aquellos parapetos improvisados, empuñando las carabinas y sujetando con los apretados dientes los puñales, cuyas hojas brillaban entre los labios, temblorosos de rabia.

—¡Adelante! —mandó el *Tigre*.

El crucero, que se había detenido, volvió en seguida a avanzar a poca máquina, arrojando por la chimenea torrentes de humo negro.

—¡Fuego a discreción! —gritó otra vez el *Tigre*.

De nuevo volvió a comenzar por ambas partes la infernal música, respondiendo un tiro a otro tiro, bala por bala y metrallazo contra metrallazo.

Los tres buques parecían decididos a sucumbir antes que retroceder. Además se vieron envueltos en inmensa nube de humo que una obstinada calma mantenía sobre las cubiertas; pero continuaban resonando las detonaciones y relampagueando las armas.

El barco de guerra tenía la ventaja de su mole y de su artillería; pero los dos paraos que conducía al abordaje el valeroso *Tigre* no cedían. Rasos como pontones, horadados en cien sitios, hendidos, desconocidos, con el agua ya en la bodega, llenos de muertos y de heridos, continuaban disparando, a pesar de la continua tempestad de balas que caía sobre ellos.

Se había apoderado de aquellos hombres la locura: todos querían subir a la cubierta del formidable buque enemigo, y, si no vencer, morir, al menos, en el campo contrario.

Fatán, fiel a la palabra que había dado, murió al pie de su cañón; pero otro artillero no menos hábil ocupó su puesto inmediatamente. Veíanse muchos hombres muertos y otros horriblemente heridos, con las piernas y los brazos rotos o separados del tronco, que se debatían con desesperación entre torrentes de sangre.

Uno de los cañones del parao de Giro-Batol había sido desmontado, y una de las culebrinas casi no disparaba; pero, ¿qué importaba esto?

En la cubierta de ambas naves quedaban todavía otros tigres sedientos de sangre, cumpliendo valerosamente su misión.

El hierro pasaba silbando sobre aquellos héroes, arrancando miembros, hundiendo pechos, deshaciendo la obra muerta, convirtiéndolo todo en astillas, pero nadie hablaba de retroceder: antes bien insultaban al enemigo desafiándole, y cuando un golpe de viento desembarazaba a los pobres barcos de las nubes de humo que los envolvían, veíanse detrás de las semidesnudas barricadas rostros llenos de furor, ojos inyectados en

sangre que despedían fuego a cada relampagueo de la artillería, dientes que rechinaban en las hojas de los puñales, y, en medio de aquella horda de verdaderos tigres, su jefe, el invencible Sandokan, que, con la cimitarra, empuñada, ardiente el mirar, los largos cabellos flotándole sobre los hombros, animaba a los combatientes con una voz que no podía apagar el estruendo de la artillería.

La terrible batalla duró veinte minutos. El crucero se alejó de nuevo otros seiscientos metros, con objeto de evitar el abordaje.

Un bramido de furor estalló a bordo de ambos paraos ante aquella nueva retirada. Ya no era posible luchar contra aquel enemigo, que, aprovechándose de su máquina, evitaba todo abordaje. Y, sin embargo, Sandokan no quería ceder todavía.

Arrojándose con ímpetu terrible entre los hombres que le rodeaban, y apartándolos con un empuje brutal, se inclinó sobre el cañón que habían vuelto a cargar, corrigió la puntería, y le dió fuego.

Pocos segundos después el palo mayor del crucero, roto por la base, se precipitaba en el mar, arrastrando consigo todos los soldados de las cofas y de las crucetas.

Mientras el barco se detenía para salvar a sus hombres suspendiendo el fuego, Sandokan aprovechó el momento para embarcar en su propio parao a la tripulación del que mandaba Giro-Batol.

—¡Ahora, a la costa, y volando! —gritó.

El parao de Giro-Batol, que flotaba por verdadero milagro, quedó desembarazado en un momento y abandonado a las olas con su carga de cadáveres y con su pieza de artillería, ya inservible. En seguida los piratas pusieron mano a los remos y, aprovechándose de la inacción del barco de guerra, se alejaron a toda prisa, refugiándose en el riachuelo.

¡Ya era tiempo! El pobre barco, que hacía agua por todas partes a pesar de los tapones que le habían puesto apresuradamente en los agujeros que abrieron en sus costados las balas enemigas, se hundía lentamente.

Gemía como un moribundo bajo el peso del líquido invasor, y tendía a inclinarse a babor.

Sandokan, que se había puesto al timón, lo dirigió hacia la playa vecina y lo embarrancó en un banco de arena.

Apenas vieron que ya no corría peligro alguno de irse a pique, los piratas hicieron irrupción en la cubierta como una bandada de tigres hambrientos, empuñando las armas, contraídas por el furor las facciones, dispuestos a volver a comenzar la lucha.

Sandokan los contuvo con un gesto, y después dijo, mirando el reloj que llevaba en el cinturón:

—Son las seis: dentro de dos horas se habrá puesto el sol y las tinieblas caerán sobre el océano. Todo el mundo debe ponerse al trabajo, para que a medianoche esté listo el parao y podamos hacernos a la mar.

—¿Atacaremos al crucero? —preguntaron los piratas agitando frenéticamente las armas.

—No os lo prometo; pero os juro que pronto llegará el día en que nos vengaremos de esta derrota. Al relampaguear de los cañonazos izarémos nuestra bandera en los bastiones de Victoria.

—¡Viva el *Tigre*! —aullaron los piratas.

—¡Silencio! —exclamó Sandokan—. ¡Que vayan dos hombres a la boca del río para vigilar el crucero, y otros dos a los bosques a fin de que no nos sorprendan: curad a los heridos, y en seguida, a trabajar todos!

Mientras los piratas se apresuraban a vendar a los heridos, trasportados por sus compañeros, Sandokan se fué hacia la popa, y estuvo en observación algunos minutos, dirigiendo la mirada hacia la bahía, cuyas aguas tersas se veían por entre un claro de la floresta.

Sin duda alguna procuraba ver si descubriría al crucero; pero éste probablemente debió creer arriesgado acercarse mucho a la costa, quizás por miedo a encallar en los bancos de arena que abundaban en aquellos lugares.

—Sabe que no puede acercarse —murmuró el formidable pirata—. Espera a que salgamos de nuevo al mar para rematarnos; pero si cree que voy a lanzar a mis hombres al abordaje, se equivoca. ¡El *Tigre* también sabe ser prudente!

Se sentó sobre el cañón, y en seguida llamó a Sabau.

El pirata, uno de los más valientes, y que ya había ganado el grado de segundo jefe después de haberse jugado veinte veces la vida, acudió en el acto.

—Patán y Giro-Batol han muerto —le dijo Sandokan dando un suspiro—. Se hicieron matar sobre sus paraos a la cabeza de los valientes que querían conducir contra la maldiceda nave enemiga. Ahora te corresponde a ti el mando, y yo te lo doy.

—¡Gracias, *Tigre de la Malasia*!

—Tú serás tan valiente como ellos.

—Cuando mi jefe me ordene que me haga matar, estaré dispuesto a obedecerle.

—Ahora, ayúdame.

Reuniendo ambos sus esfuerzos empujaron hacia popa el cañón y las culebrinas, y los apuntaron hacia la bahía de modo que pudiesen despejarla a metrallazos en el caso de que las chalupas del crucero intentasen forzar la boca del río.

—Ahora ya estamos seguros —dijo Sandokan.

—Sí, *Tigre de la Malasia*. Deben de haberse emboscado entre los cañaverales.

—¡Perfectamente!

—¿Esperaremos la noche para salir al mar?

—Sí, Sabau.

—¿Lograremos engañar al crucero?

—La luna debe salir bastante tarde, y probablemente no lucirá. Veo que hacia el sur se levantan nubes.

—¿Haremos rumbo hacia Mompracem?

—Directamente.

—¿Sin vengarnos?

—Somos demasiado pocos, Sabau, para poder hacer frente a la tripulación del crucero; y, además, ¿cómo vamos a contestar a su artillería? Nuestro barco ya no está en disposición de sostener un segundo combate.

—Es verdad, *Tigre*.

—¡Paciencia, por ahora; muy pronto vendrá el día del desquite!

En tanto que así hablaban los dos jefes, sus hombres trabajaban de un modo febril. Eran todos magníficos marineros, y entre ellos no faltaban carpinteros ni maestros de ribera.

En cuatro horas tan sólo pusieron nuevos mástiles, arreglaron las obras muertas, taparon todos los agujeros y renovaron los cordajes, pues a bordo llevaban siempre en gran abundancia cuerdas, cables, estopa, madera, etc.

A las diez ya el barco podía no solamente volver al mar, sino también afrontar un nuevo combate, pues, hasta habían levantado barricadas, hechas con troncos de árboles, para proteger los cañones y las culebrinas.

Durante aquellas cuatro horas no se había atrevido a presentarse en la bahía chalupa alguna del crucero.

El comandante inglés, sabiendo con qué clase de individuos tenía que habérselas, no creyó oportuno lanzar a sus hombres a una lucha en tierra.

Estaba seguro de que obligaría a los piratas a rendirse, o de que los arrojaría contra la costa si intentaban acometerle o darse a la mar.

A eso de las once de la noche, Sandokan, que había decidido intentar la salida al mar, mandó que llamasen a los hombres que había enviado a la boca del río para que vigilasen al crucero.

—¿Está libre la bahía? —les preguntó.

—Sí —contestó uno de los dos.

—¿Y el crucero?

—Está delante de la bahía.

—¿A mucha distancia?

—A una media milla.

—Tendremos espacio suficiente para poder pasar —murmuró Sandokan—. Las tinieblas protegerán nuestra retirada.

Después, volviéndose hacia Sabau, dijo:

—¡Zarpemos!

—Quince o veinte hombres descendieron al banco, y, dando un tirón poderosísimo, empujaron el parao hacia el río.

—¡Que nadie grite por ningún motivo! —dijo Sandokan con voz imperiosa—. En cambio, abrid bien los ojos y tened dispuestas las armas. ¡Vamos a jugar una partida terrible!

Se sentó cerca de la barra del timón con Sabau al lado, y guió resueltamente el barco hacia la boca del río.

La oscuridad favorecía la fuga. No había luna, ni siquiera una estrella, ni la vaga claridad que las nubes proyectaban cuando el astro nocturno las iluminaba por encima.

Grandes nubarrones envolvían la bóveda celeste, interceptando el paso a toda claridad. La sombra que proyectaban los gigantescos duriones, las palmeras y las desmesuradas hojas de los plátanos era tan grande, que Sandokan apenas podía distinguir las orillas del río.

Un silencio profundo, apenas interrumpido por el ligero regurgitar de las aguas, imperaba en aquel pequeño afluente del océano.

No se oía ni el menor susurro de brisa entre las hojas, y la cubierta del barco parecía desierta.

Diríase que todos aquellos hombres diseminados entre la proa y la popa no se atrevían ni a respirar por miedo a turbar tanta calma.

Estaba ya el parao cerca de la boca del río cuando de pronto se detuvo después de un pequeño rozamiento.

—¿Embarrancado? —preguntó lacónicamente Sandokan.

Sabau se inclinó sobre la borda y miró atentamente al agua.

—Sí —dijo—; hay un banco debajo de nosotros.

—¿Podremos pasar?

—Está subiendo aprisa la marea, y creo que dentro de pocos minutos podremos seguir descendiendo al río.

—Entonces, esperemos.

Aún cuando la tripulación ignorase por el momento a qué causa obe-

decía el que se hubiese detenido el parao, no se movió. Pero Sandokan oyó el ruido especial que producen los gatillos de las carabinas cuando se montan, y vió también a los artilleros inclinarse en silencio sobre el cañón y sobre las dos culebrinas.

Transcurrieron algunos minutos de expectación angustiosa para todos, y a poco sonaron hacia la proa y bajo la quilla algunos ligeros crujidos. El parao, suspendido por la marea, que subía rápidamente, se deslizaba sobre el banco de arena.

Pronto se libró de aquel fondo tenaz, meciéndose ya libre.

—¡Desplegad las velas! —ordenó Sandokan a los hombres de maniobra.

—Jefe, ¿basta? —preguntó Sabau.

—Por ahora, sí.

Momentos después quedó desplegada en el trinquete una vela latina. Estaba pintada de negro y, por lo tanto, debía de confundirse completamente con las sombras de la noche.

El parao apresuró el descenso siguiendo el serpenteo del río; rebasó con felicidad la barra, pasando por entre los bancos y los escollos, atravesó la bahía, y salió en silencio al mar.

—¿El barco? —preguntó Sandokan poniéndose en pie.

—Allá abajo está, a media milla de nosotros —respondió Sabau.

En la dirección indicada se descubría confusamente una masa oscura, sobre la cual de cuando en cuando revoloteaban pequeños puntos luminosos, que debían ser escorias escapadas entre el humo de la chimenea.

Escuchando atentamente, podía oírse el sordo rumor de las calderas.

—Tiene los fuegos encendidos —murmuró Sandokan—; es decir, que nos espera.

—Jefe, ¿podremos pasar sin ser vistos?

—Eso espero. ¿Ves alguna chalupa?

—Ninguna.

—Primero pasaremos rasando las playas y la costa para confundirnos mejor con la masa de árboles, y en seguida nos lanzaremos a alta mar.

El viento era más bien débil; pero el mar estaba tan encalmado, que parecía de aceite.

Sandokan mandó desplegar una vela del palo mayor, y en seguida dirigió el barco hacia el Sur, siguiendo las sinuosidades de la costa.

Como a ésta la cubrían grandes árboles, los cuales proyectaban sobre las aguas una sombra profunda, había pocas probabilidades de que el pequeño barco corsario pudiera ser visto.

Dirigiendo siempre el timón, Sandokan no perdía de vista al poderoso adversario, que en el momento menos pensado podría hacerse cargo de la huida y volver a lanzar sobre la costa una lluvia de hierro y plomo.

Si se ingeniaba para engañarle, allá en el fondo de su alma el fiero pirata se dolía de tener que dejar aquellos parajes sin tomar el desquite. Deseaba encontrarse ya en Mompracem; pero hubiera querido dar otra batalla. El, el formidable *Tigre de la Malasia*, el jefe invencible de los piratas de Mompracem, casi sentía vergüenza de huir calladito, como un ladrón nocturno.

Esta idea le hacía hervir la sangre, y sus ojos relampagueaban llenos de cólera terrible. ¡Oh! ¡Con qué alegría hubiera oído un cañonazo, aún cuando éste fuera la señal de una nueva y más desastrosa derrota!

Se había alejado ya el parao unos seiscientos pasos de la bahía y se preparaban para lanzarse a alta mar cuando a popa sobre el agua se vió brillar algo extraño; parecía que del fondo de las aguas surgían millares de llamitas.

—Estamos casi a punto de hacerte traición —dijo Sabau.

—¡Tanto mejor! —contestó Sandokan, con una sonrisa de ferocidad—. ¡Esta retirada no es digna de nosotros!

—Verdad, capitán —repuso el malayo—. Es mejor morir con las armas en la mano que huir como chacales.

El mar seguía ensanchando su zona fosforescente. Delante del barco, lo mismo que a popa, los puntos luminosos se multiplicaban, y el agua se hacía a cada momento más luminosa. Parecía que el parao dejaba tras sí un surco de lava ardiente o de azufre líquido.

Aquella estela, que chispeaba tan vivamente en medio de la oscuridad de la noche, no podía pasar inadvertida para los hombres de guardia del crucero. Era seguro que de un momento a otro volvería a retumbar el cañón.

Los piratas, repartidos sobre cubierta y con las armas empuñadas, se habían hecho cargo de la fosforescencia: pero ninguno hizo el menor gesto, ni pronunció una sola palabra que recelase la menor preocupación. También a ellos les parecía que no debían marcharse así, sin disparar un tiro.

Todos hubieran saludado con alegría una granizada de metralla.

Apenas transcurrieron dos o tres minutos cuando Sandokan, que no apartaba la vista del crucero, vió que encendía los faroles de posición.

—¿Nos habrán visto? —se preguntó.

—Eso me parece —contestó Sabau.

—¡Mira!

—Sí; ya veo que ahora sale más cantidad de escorias por la chimenea. Activan los fuegos.

De pronto Sandokan se puso en pie con la cimitarra empuñada.

—¡A las armas! —gritaron a bordo del barco de guerra.

Los piratas se enderezaron; los artilleros fueron corriendo al cañón y a las culebrinas.

Todos se hallaban dispuestos para empeñar la lucha suprema.

Después del grito reinó el silencio a bordo del crucero; pasados unos instantes, la misma voz que el viento llevaba con toda claridad hasta el parao, repitió:

—¡A las armas! ¡A las armas! ¡Se escapan los piratas!

En seguida se oyó el redoblar de un tambor en el puente del buque de guerra llamando a los soldados y a la marinería.

Los piratas, incrustados materialmente en las amuras y agolpados detrás de la barricada hecha con troncos de árbol, no respiraban; pero su rostro feroz revelaba el estado de su ánimo.

Sus crispados dedos apretaban las armas, impacientes por oprimir el gatillo de las carabinas.

En el puente del barco enemigo seguía redoblando el tambor. Se oía el rechineo de las cadenas de las anclas rozando los obenques y los golpes secos de la faena.

El buque se disponía a alejarse del sitio donde había fondeado para ir a acometer al barco corsario.

—¡Sabau, a tu pieza! —ordenó el *Tigre de la Malasia*—. ¡Ocho hombres a las culebrinas!

Apenas había dado estas órdenes, brilló sobre el castillo de proa del crucero una intensa llama iluminando fugazmente el trinquete y el bauprés. En seguida resonó una detonación violenta y se oyó el silbido metálico del proyectil al atravesar las capas de aire.

La bala rozó el extremo del penol mayor y se perdió en el mar, levantando un chorro de espuma.

Los piratas lanzaron un grito de furor. Ya era necesario aceptar el combate, cosa que todos deseaban ardientemente.

Un humo rojizo salía por la chimenea del barco de guerra.

Se oía el batir de las palas de las ruedas en el agua, los golpes sordos y los rancos mujidos de las calderas, las órdenes de los oficiales y los pasos precipitados de los tripulantes.

Todos se apresuraron a ocupar sus respectivos puestos de combate.

Se vió cambiar de posición las luces. El vapor corría, echándose encima de la pequeña nave corsaria para cortar la retirada.

—¡Preparémonos para morir como héroes! —gritó Sandokan, que no se forjaba ilusiones acerca del éxito de aquella lucha.

Le contestó un formidable grito:

—¡Viva el Tigre de la Malasia!

Por medio de un vigoroso golpe de barra Sandokan viró de bordo, y, en tanto que sus gentes orientaban las velas, dirigió su barco contra el crucero, intentando abordarle para lanzar a los suyos sobre la cubierta del enemigo.

De una parte y otra comenzó el cañoneo. Se disparaban balas y metralla.

—¡Arriba, tigrecillos! ¡Al abordaje! —gritó Sandokan—. ¡La partida no es igual; pero nosotros somos los tigres de Mompracem!

El crucero avanzaba rápidamente enseñando su espolón y haciendo resonar los ecos del inmenso mar con el fragor de sus cañones.

El parao, verdadero juguete comparado con aquel gigante, al cual le bastaba un sólo encontronazo para echarle a pique en dos pedazos, se le adelantaba audazmente, cañoneándole como mejor podía.

Sin embargo, como ya había dicho Sandokan, la partida era muy desigual. Aquel barquito no podía intentar nada contra el poderoso buque de hierro armado de un modo formidable.

A pesar del valor desesperado de los tigres de Mompracem, el éxito no era difícil adivinarlo.

Pero los piratas no desfallecían; quemaban sus cartuchos con admirable rapidez, procurando tumbar a los artilleros de la cubierta y a los marineros de las vergas, disparando furiosamente sobre el castillo de proa y sobre las cofas.

Dos minutos después el parao, acribillado por los tiros de la artillería enemiga, no era más que un casco.

Los mástiles se habían caído, las amuras se habían hundido, y la misma barricada de troncos de árboles ya no podía defender a los supervivientes. El agua penetraba por multitud de brechas e inundaba la bodega.

Nadie hablaba de rendición. Todos querían morir, pero allá arriba, sobre la cubierta del buque enemigo.

Entre tanto, las descargas eran a cada momento más terribles. El cañón que disparaba Sabau había sido desmontado, y la mitad de la tripulación yacía tendida en la cubierta, llena de muertos o heridos por la metralla.

Sandokan comprendió que iba a sonar la última hora para los tigres de Mompracem.

La derrota era completa. Ya no había posibilidad de hacer frente a aquel gigante, que a cada momento lanzaba nubes de proyectiles. No quedaba más que intentar el abordaje: una locura, porque ni siquiera en la cubierta del crucero podían obtener ya la victoria aquellos valientes.

Solamente quedaban en pie doce hombres, doce tigres que conducía un jefe de increíble valor.

—¡A mí, mis valientes! —les gritó.

Los doce piratas, con los ojos extraviados, espumeantes de rabia los labios, apretando como con tenazas las armas que empuñaban, haciéndose trincheras con los cadáveres de los compañeros, se agruparon en derredor de él.

El barco de guerra corría entonces a toda máquina para echar a pié el parao dándole un espolonazo; pero Sandokan, así que lo vió a pocos pasos, con un golpe de barra evitó el choque y lanzó su nave sobre la rueda de babor del enemigo.

Fué un violentísimo encontronazo. El parao se plegó sobre estribor, volcando en el mar muertos y heridos.

—¡Lanzad los arpeos! —exclamó Sandokan.

Dos arpeos de abordaje se agarraron a las escalillas de alambre del crucero.

Entonces los trece piratas, locos de furor, sedientos de sangre y de venganza, se lanzaron al abordaje como un solo hombre.

Ayudándose con los pies y con las manos, agarrándose a los postes y a los cables, se encaramaron en el tambor de la rueda, alcanzaron la borda, y se precipitaron en el puente del crucero antes de que los ingleses, asombrados de tanta audacia, hubieran pensado en rechazarlos.

Con el *Tigre de la Malasia* a la cabeza se arrojaron sobre los artilleros, degollándolos sobre los cañones; deshicieron las filas de los soldados de infantería, que habían ido corriendo a cerrarles el paso, y en seguida, repartiendo una granizada de tajos de cimitarra a diestro y siniestro, se lanzaron hacia la popa.

Allí, a los gritos de los oficiales, se reunieron a escape los hombres que servían la batería. Eran sesenta o setenta; pero los piratas no se detuvieron para contarlos, y, arrojándose furiosos sobre la punta de las bayonetas, empeñóse una lucha de titanes.

Dando golpes desesperados, segando brazos y hundiendo cráneos, gritando para producir más temor, cayendo y levantándose, ya retrocediendo, ya avanzando, durante algunos minutos hicieron temblar a sus enemigos; pero, fusilados por los soldados de las cofas, acuchillados por la espalda, alcanzados por las bayonetas, cayeron por fin aquellos valientes.

Sandokan y otros cuatro, cubiertos de heridas, con las armas ensangrentadas hasta la empuñadura y haciendo un esfuerzo sobrehumano, se abrieron paso, intentando ganar la proa para contener a cañonazos aquel alud de hombres.

En la mitad del puente Sandokan cayó herido en pleno pecho por un disparo de fusil; pero en seguida se levantó, gritando:

—¡Matad! ¡Matad!

Los ingleses avanzaron a paso de carga con la bayoneta calada. El encuentro fué mortal.

Los cuatro piratas, que se habían arrojado rápidamente delante del

Tigre de la Malasia, cubriéndole con su cuerpo, quedaron muertos en el acto ante una terrible descarga de fusilería; pero no así el *Tigre*.

Aquel hombre formidable, a pesar de su herida, de la cual salía a raudales la sangre, dió un salto enorme, llegó a la borda de proa, derribó con el puño de la cimitarra a un gaviro que intentaba detenerle, y se arrojó de cabeza al mar, desapareciendo bajo las negras aguas.

CAPÍTULO V

LA PERLA DE LABUAN

Un hombre de tal naturaleza dotado de una fuerza tan prodigiosa, de una energía tan extraordinaria y de un valor tan grande, no podía morir.

En efecto, mientras el vapor seguía su carrera arrastrado por las últimas vueltas de sus ruedas, el pirata, por medio de un vigoroso empuje de los talones, volvía a la superficie y se alejaba mar adentro para que no le alcanzase el espolón del barco enemigo o una bala de carabina.

Conteniendo los gemidos que le arrancaba el dolor de su herida, reprimiendo la rabia que le devoraba, se encogió, sosteniéndose casi sumergido por completo, en espera del oportuno instante para poder ganar las costas de la isla.

El buque de guerra viraba entonces de bordo a menos de trescientos metros de distancia. Avanzó hacia el sitio donde se había tirado el pirata, con la esperanza de destrozarle con las ruedas, y al cabo de un rato volvió a virar.

Se detuvo como si quisiera escudriñar aquellas aguas; en seguida tornó a emprender la marcha cruzando en varias direcciones, en tanto que los marineros, desde las redes de la delfinera y en las bancadas, dirigían a todas partes las luces de algunos faroles.

Convencidos de la inutilidad de sus pesquisas, se alejaron por fin en dirección de Labuán.

Entonces el *Tigre* dió un grito de furor:

—¡Anda, barco execrado! —exclamó—. ¡Vete; pero ya vendrá el día en que te haré sentir lo terrible de mi venganza!

Se puso la faja en la herida para contener la hemorragia, que podría producirle la muerte, y recogiendo todas sus fuerzas comenzó a nadar en busca de la costa de la isla.

Veinte veces se detuvo aquel hombre terrible para mirar el barco de guerra, que apenas se distinguía, y para lanzarle una amenaza. Hubo algunos momentos en los cuales el pirata, quizás herido mortalmente, y todavía muy lejos de la costa, siguió al buque que le había hecho morder el polvo, desafiándole con gritos que no tenían nada de humano.

Al fin la razón recobró su imperio, y Sandokan, sumamente fatigado, continuó su penoso ejercicio, escrutando las tinieblas que le ocultaban las costas de Labuán.

Así nadó durante algún tiempo, deteniéndose de cuando en cuando para poder respirar e ir desembarazándose de los vestidos, que le imposibilitaban los movimientos; pero al cabo sintió que las fuerzas iban faltándole rápidamente.

Se le contraían los miembros; la respiración se le hacía más difícil, y, para colmo de desgracia, la herida continuaba sangrando, produciéndole agudísimos dolores el contacto con el agua salada.

Se recogió sobre sí mismo y se dejó transportar por el reflujo de

las aguas, agitando débilmente los brazos. Procuraba descansar para tomar aliento.

De pronto sintió que tropezaba. ¿Qué era lo que le había tocado? ¿Sería un tiburón? Al ocurrírsele esta idea, a pesar de su valor, sintió que los cabellos se le erizaban.

Alargó instintivamente una mano y agarró un objeto duro que parecía flotar a flor de agua.

Tiró de él, y vio que era un pedazo de madera. En efecto, la masa flotante pertenecía a la cubierta del parao, y a ella estaban adheridos todavía un penol y unas cuerdas.

—¡Ya era tiempo! —murmuró Sandokan—. ¡Se me concluían las fuerzas!

Se subió fatigosamente en el fragmento de su pobre barco y puso al descubierto la herida, de cuyos labios, hinchados y rojos por el agua del mar, todavía brotaba un hilo de sangre.

Durante otra hora aquel hombre que no quería morir, que no quería darse por vencido, luchó con las ondas que poco a poco iban sumergiendo el madero; pero al cabo sus fuerzas menguaron considerablemente.

Comenzaba a alborear, cuando un golpe violento le sacó de su amodorramiento.

Se levantó con gran trabajo sobre los brazos y miró delante de sí. Las olas rompían con estruendo en derredor del fragmento del parao. Parecía que rodaba sobre fondos bajos.

Como a través de una niebla sangrienta, y a muy breve distancia, el herido descubrió una costa.

—¡Labuán! —murmuró—. ¿Arribaré allí, en la tierra de mis enemigos?

Vaciló un poco. Pero, reuniendo sus fuerzas, abandonó aquella tabla, que le había salvado de una muerte casi cierta; y como sintiera bajo los pies un banco arenoso, se dirigió hacia la costa.

Por todas partes le azotaban las olas, bramando en derredor suyo como perros enfurecidos, sacudiéndole y arrastrándole, ya hacia un lado, ya hacia el otro. Parecía como si quisieran impedirle que llegase hasta aquella tierra maldecida.

Avanzó vacilando a través de los bancos de arena, y después de haber luchado contra las últimas oleadas de la resaca llegó a la escollera, que coronaban árboles enormes, y se dejó caer pesadamente en el suelo.

Aún cuando se sentía extenuado por la larga lucha y por la gran cantidad de sangre que había perdido, puso al descubierto la herida y la observó durante algún tiempo.

Había recibido un balazo, probablemente de pistola, bajo la quinta costilla del costado derecho: el plomo, después de haberse deslizado entre los huesos, se le había introducido en el cuerpo; pero, a lo que parecía, sin interesar ningún órgano importante.

Quizás no fuese grave la herida: pero podía llegar a serlo si no se curaba pronto, cosa que Sandokan no ignoraba, pues entendía un poco de tales achaques.

A pocos pasos del pirata se oía el murmullo de un arroyo. A él se dirigió como pudo; abrió los labios de la herida, que se habían hinchado con su prolongada estancia en el mar, la lavó cuidadosamente y la oprimió hasta hacer brotar algunas gotas de sangre.

Unió después los labios y la ligó con una tira de su camisa, única prenda interior que vestía, además de la faja en que llevaba el kris.

—¡Curaré! —murmuró así que hubo terminado, pronunciando la palabra con tanta energía, que cualquiera creería que era árbitro absoluto de su propia existencia.

Aquel hombre de hierro, abandonado en aquella isla, en la cual solamente podía encontrar enemigos, sin un sitio donde recogerse, sin recurso alguno, ensangrentado, sin una mano amiga que le socorriera, estaba seguro de salir victorioso de tan tremenda situación.

Bebió algunos sorbos de agua para calmar la fiebre que comenzaba a invadirle, y en seguida se arrastró hasta debajo de una *areca*, cuyas gigantescas hojas, de más de quince pies de largo por cuatro o cinco de ancho, ofrecíanle sombra fresca.

Apenas había llegado sintió que le faltaban otra vez las fuerzas.

Cerró los ojos, rodeados por un cerco rojizo, y después de haber intentado en vano mantenerse derecho, cayó entre las hierbas y permaneció inmóvil.

No se dió cuenta de sí hasta muchas horas después, cuando ya el sol descendía hacia el ocaso.

Una sed abrasadora le devoraba, y la herida le producía dolores agudísimos, insoportables.

Procuró levantarse para dirigirse de nuevo hacia el arroyo; pero en seguida volvió a caer. Entonces aquel hombre, que quería ser tan fuerte como la fiera cuyo nombre llevaba, haciendo un esfuerzo sobrehumano se alzó sobre las rodillas y gritó casi con voz de desafío:

—¡Yo soy el *Tigre*! ¡Venid a mí, fuerzas mías!

Agarrándose al tronco de la *areca*, se puso en pie. Sosteniéndose por un prodigio de equilibrio y de energía, fué hasta el minúsculo curso de agua, y en la orilla cayó nuevamente.

Apagó la sed, mojó la llaga y en seguida se cogió la cabeza con las manos y clavó la mirada en el mar, cuyas olas iban a romperse a pocos pasos de distancia.

—¡Ah! —exclamó apretando los dientes—. ¿Quién había de decir que un día el leopardo de Labuán habría de vencer a los tigres de Mompracem?

—¿Quién había de decir que yo, el invencible *Tigre de la Malasia*, arribaría aquí derrotado y herido? ¡La venganza! ¡Todos mis paraos, mi isla, mis hombres, mis tesoros, por destruir a esos osados hombres blancos que me disputan este mar!

—¿Qué importa que hoy me hayan hecho morder el polvo, si dentro de un mes o de dos volveré con mis barcos para lanzar sobre estas playas mis formidables bandas sedientas de sangre?

—¿Qué importa que hoy se ensorberbezca el leopardo inglés con su victoria? ¡Entonces él será el que caiga moribundo a mis pies!

—¡Entonces temblarán todos los ingleses de esta isla, porque verán mi sangrienta bandera a la luz de los incendios!"

Así hablando, el pirata había vuelto a levantarse, con los ojos inflamados y agitando la diestra de un modo amenazador, como si empuñase todavía la cimitarra.

Aun herido, el *Tigre de la Malasia* era siempre el mismo.

—¡Paciencia por ahora, Sandokan! —prosiguió, cayendo una vez más entre las hierbas y las raíces—. Curaré, aun cuando tenga que vivir un mes, dos, tres, en esta floresta, y mantenerme con ostras y frutas; pero así que haya recuperado las fuerzas, volveré a Mompracem, aunque yo mismo haya de construir una balsa o asaltar una canoa a golpes de *kriss*.

Varias horas estuvo tendido bajo las enormes hojas de la *areca*, mi-

rando sombríamente las olas, que iban a morir murmurando casi a sus pies. Sus ojos parecía como que buscaban bajo las aguas los cascos deshechos de sus barcos o los cadáveres de sus desgraciados marineros.

En tanto, le acometía una fiebre terrible y sentía que la sangre se le subía a borbotones a la cabeza. La herida le producía espasmos continuos; pero a pesar de eso no salía de sus labios el menor quejido.

A las ocho se puso el sol, y después de un breve crepúsculo, las sombras cayeron sobre el mar e invadieron el bosque.

Aquella oscuridad produjo una impresión inexplicable en el ánimo de Sandokan. Tuvo miedo de la noche; ¡él, el fiero pirata que nunca había temido a la muerte y que afrontaba con valor desesperado los peligros de la guerra y los furoros de las olas!

—¡Las tinieblas! —exclamó, clavando los uñas en la tierra—. ¡Yo no quiero que venga la noche! ¡Yo no quiero morir!

Se oprimió la herida con ambas manos y se levantó a escape. Miró al mar, entonces negro como la tinta; miró debajo de los árboles, procurando ver en la espesa sombra, y, en seguida, presa, quizás de un repentino ataque de delirio, echó a correr como un loco, internándose en la selva.

¿Adónde iba? ¿Por qué huía? Un miedo extraño le acometió. En medio de su delirio le parecía oír en lontananza ladridos de perros, gritos de hombres, rugidos de fieras. Quizás creería que había sido descubierto y que iban en su seguimiento.

Muy pronto aquella carrera se hizo vertiginosa. Completamente fuera de sí, corría locamente, lanzándose en medio de la maleza, saltando sobre los troncos caídos, salvando torrentes y charcas, imprecando y agitando furiosamente el *kriss*, cuya empuñadura, cuajada de diamantes, producía fugaces reflejos.

Así corrió por espacio de diez o quince minutos, internándose siempre bajo los árboles, despertando con sus gritos los ecos de los bosques tenebrosos; pero al cabo se detuvo anhelante y medio muerto.

Tenía los labios llenos de espuma sanguinolenta y dilatados los ojos.

Agitó los brazos, y, por último, cayó rodando al suelo como un árbol que derriba el leñador.

Deliraba; le parecía que iba a saltarle la cabeza como si fuese una bomba, y que diez martillos le golpeaban las sienes. El corazón le latía como si quisiera salirse del pecho, y se le figuró que de la herida surgían torrentes de fuego.

Por todas partes veía enemigos. Bajo los árboles, bajo la maleza, entre las plantas y las raíces que serpenteaban por la tierra, sus ojos descubrían enemigos escondidos, en tanto que por el aire se le figuraba que volaban fantasmas y esqueletos que danzaban en derredor de las ramas de los árboles.

Del suelo salían seres humanos gimiendo, aullando; unos con la cabeza ensangrentada, otros con las piernas, brazos y pecho lacerados por espantosas heridas. Todos reían, todos saltaban, como mofándose de la impotencia del terrible *Tigre de la Malasia*.

Presa de un espantoso acceso de delirio, Sandokan rodaba por tierra, se levantaba, caía, tendía los puños y amenazaba.

—¡Perros, largé de aquí! —bramaba—. ¿Qué me queréis? ¡Soy el *Tigre de la Malasia*, y no os temo! ¡Acometedme si os atrevéis!

—¡Ah! ¿Os reis? ¡Me creéis impotente porque los leopardos han herido y vencido al *Tigre*? ¡No; no tengo miedo!

—¿Por qué me miráis con esos ojos de fuego? ¿Por qué venís a danzar en derredor mío?

—Patán, ¿tú también vienes a reírte? ¿Y tú lo mismo, *Araña de Mar*? ¡Malditos, volveré a arrojaros en el Infierno, del cual habéis salido! Y tú, Kimperlain, ¿qué quieres? ¡Me basta con mi cimitarra para matarte! ¡Fuera de aquí todos; volved al fondo del mar, al reino de las tinieblas, a los abismos de la tierra, u os mataré, aun cuando seáis mill!

—Y tú, Giro-Batol, ¿qué quieres? ¿La venganza? ¡La tendrás, porque el Tigre sanará, volverá a Mompracem, armará su paraos, y vendrá a exterminar a los leopardos ingleses! ¡A todos, a todos; hasta el último!"

El pirata se detuvo, con las manos contraídas en derredor de los cabellos, los ojos saltándosele de las órbitas, las facciones alteradas de un modo espantoso; se levantó de un salto, y volvió a su loca carrera, gritando:

—¡Sangre! ¡Dadme sangre para apagar la sed! ¡Yo soy el Tigre del mar malayo!

Durante algún tiempo estuvo corriendo, gritando y amenazando. Ya fuera del bosque, se lanzó a través de una pradera, al extremo de la cual le pareció ver confusamente una empalizada, y al cabo se detuvo, cayendo de rodillas. Estaba exhausto ya.

Transcurrieron algunos instantes, durante los cuales permaneció inerte. Después quiso volver a levantarse; pero de pronto amenguaron sus fuerzas, un velo de sangre le cubrió los ojos, y se desplomó en tierra, lanzando un último grito, que fué a perderse en las lejanías.

CAPITULO VI

LORD JAMES GUILLONK

Cuando volvió en sí, vió con gran sorpresa que no estaba en la pradera que había atravesado durante la noche, sino en una habitación espaciosa, empapelada con papel floreado de Tung, y muy a gusto en un lecho cómodo y blandísimo.

Al principio creyó estar soñando, y se restregó varias veces los ojos como para despertarse; pero pronto hubo de convencerse de que todo era realidad.

Se irguió y se sentó, preguntándose:

—Pero, ¿dónde estoy? ¿Estoy vivo o muerto?

Miró en derredor, y no había nadie a quien dirigirse.

Entonces observó minuciosamente la habitación. Era amplia, elegante, y la alumbraban dos grandes ventanas, a través de las cuales se veían árboles muy altos.

En uno de sus lados vió un piano, sobre el cual había esparcidos papeles de música; en otro, un caballete con un cuadro que representaba una marina; en medio, una mesa de maderas finas, con un tapete bordado, hecho, sin duda alguna, por una mujer, y cerca de la cama un rico escabel incrustado de ébano y de marfil, sobre el cual vió Sandokan, no sin complacencia, su fiel *kriss*, y al lado un libro medio abierto, con una flor disecada entre las páginas.

Escuchó; pero no pudo oír voz alguna. Sin embargo, a gran distancia sonaban delicadas notas, que parecían los acordes de una mandolina o de una guitarra.

—Pero, ¿dónde estoy? —se preguntó por segunda vez—. ¿En casa de amigos o de enemigos? ¿Y quién me ha vendado y curado la herida?

De pronto se fijó de nuevo en el libro que había en el escabel, y empujado por una curiosidad irresistible, alargó la mano y lo cogió. En la cubierta había un nombre impreso en letras de oro.

—¡Mariana! —dijo leyendo—. ¿Qué querrá decir esto? ¿Es un nombre o una palabra que yo no comprendo?

Volvió a leer, y ¡cosa extraña!, se sintió agitado por una emoción desconocida para él. Algo dulcísimo conmovió el corazón de aquel hombre, aquel corazón de acero, siempre cerrado, aun para las emociones más violentas.

Abrió el libro. Estaba cubierto de caracteres finos y elegantes, pero no pudo comprender palabra alguna, aun cuando varias se asemejaban a las de la lengua del portugués Yáñez. Sin querer, pero impulsado por una fuerza misteriosa, cogió con gran delicadeza la flor que había visto poco antes y la contempló largo rato. La olió varias veces, procurando no estropearla con sus dedos, que nunca tocaron otra cosa que la empuñadura de la cimitarra, y experimentó de nuevo una sensación extraña, un estremecimiento misterioso, un no sé qué en el corazón. Después aquel hombre sanguinario, aquel guerrero, se sintió vencido por un vivo deseo de llevársela a los labios.

Casi con pesar colocó la flor entre las páginas, cerró el libro y volvió a colocarlo en el escabel.

Lo hizo muy a tiempo; el picaporte de la puerta giró y entró un hombre, andando con lentitud y con esa rigidez particular de las gentes de raza anglosajona.

Era un europeo, a juzgar por el color de su epidermis, de alta estatura y de buena complexión. Parecía tener unos cincuenta años y rodeábale el rostro una barba rojiza, en la cual se veían ya las canas; sus ojos eran azules oscuros y en su continente se advertía el hábito del mando.

—Me place ver a usted tranquilo; ya llevaba usted tres días sin que el delirio le dejase un solo momento.

—¡Tres días! —exclamó Sandokan estupefacto—. ¿Hace tres días que estoy aquí? ¿Pero no sueño?

—No, no sueña usted. Está usted al lado de personas que lo curarán con afecto y que harán todo lo posible por restituirle la salud.

—Pero, ¿quién es usted?

—Lord James Guillonk, capitán de navío de Su Majestad la graciosa emperatriz Victoria.

Sandokan tuvo un movimiento de sobresalto, y se le nubló la frente pero se rehizo en seguida, y haciendo un supremo esfuerzo para no dejar traslucir el odio que sentía contra todo lo que era inglés, dijo:

—Doy a usted las gracias, milord, por cuanto ha hecho por mí, por un desconocido, que pudiera ser un enemigo mortal.

—Mi deber consistía en recoger en mi casa a un pobre hombre, herido quizás mortalmente —respondió el lord—. Y ahora, ¿cómo se siente usted?

—Me siento bastante fuerte ya, y no experimento dolor alguno.

—Eso me complace; pero dígame usted, si no le molesta: ¿quién le ha herido a usted de ese modo? Además de la bala que se le extrajo del pecho, tenía usted el cuerpo lleno de heridas de arma blanca.

Aun cuando Sandokan esperaba esta pregunta, no pudo por menos de estremecerse. Sin embargo, no lo demostró ni perdió la serenidad.

—Ciertamente que me veo en un apuro grande para decirlo, pues no lo sé —contestó—. He visto una porción de hombres que caían durante la noche sobre mis barcos, subían al abordaje y mataban a mis marineros. ¿Quiénes eran? Repito que no lo sé, porque al primer encuentro caí en el mar cubierto de heridas.

—Sin duda alguna, a usted le han acometido los *Tigres de la Malasia* —dijo lord James.

—¡Los piratas! —exclamó Sandokan.

—Sí, los de Mompracem, porque hace tres días merodeaban por las cercanías de la isla; pero los destruyó uno de nuestros cruceros. Dígame usted: ¿dónde le asaltaron?

—En los alrededores de las Romades.

—¿Llegó usted a nado hasta nuestras costas?

—Sí; agarrado a un fragmento de uno de los barcos. Pero, ¿dónde me encontró usted?

—Tendido en una playa, presa de un delirio terrible. Y usted, ¿adónde se dirigía cuando le asaltaron?

—Iba a llevar unos regalos al sultán de Varauni, de parte de mi hermano.

—¿Quién es su hermano de usted?

—El sultán de Shaja.

—¡Entonces, usted es un príncipe malayo! —exclamó el lord, tendiéndole la mano, que Sandokan, después de una breve vacilación, estrechó casi con disgusto.

—Sí, milord.

—Estoy muy contento por haberle dado hospitalidad, y haré lo posible porque no se aburra en cuanto se cure. Y, si no le desagrada, iremos juntos a buscar al sultán de Varauni.

—Sí, y...

Se detuvo y alargó el cuello como si tratase de oír algún rumor lejano.

De fuera llegaban hasta allí los acordes de una mandolina, quizás la misma que había oído antes.

—Milord —exclamó, presa de una viva agitación, cuya causa no podía explicarse—, ¿quién toca?

—¿Por qué me pregunta usted eso, querido príncipe? —preguntó sonriendo el inglés.

—No lo sé; pero tengo un gran deseo de conocer a la persona que toca tan bien. Se diría que esa música me llega al corazón, haciéndome experimentar una sensación inexplicable y nueva para mí.

—Espere usted un momento.

Le hizo una seña para que se acostase, y salió.

Sandokan dejó caer la cabeza en la almohada; pero en seguida volvió a incorporarse como movido por un resorte.

La inexplicable emoción que experimentó poco antes volvía a apoderarse de él con más fuerza. El corazón le latía con violencia, la sangre le corría por las venas de un modo loco, y las piernas y los brazos le temblaban, sacudidos por extraños movimientos nerviosos.

—¿Qué es lo que me sucede? —se preguntaba—. ¿Es que me vuelve otra vez el delirio?

Apenas pronunció estas palabras, cuando volvió a entrar el lord; pero no iba solo.

Detrás de él se adelantaba, tocando apenas el tapiz, una hermosísima

criatura: al verla Sandokan no pudo contener una exclamación de sorpresa y de admiración.

Era una jovencita de dieciséis o diecisiete años, de estatura pequeña, pero esbectisima y elegante, de formas modeladas soberbiamente, con la cintura tan estrecha, que con una mano tan sólo se la podría abarcar, de epidermis tan rosada y fresca como una rosa apenas abierta.

Su cabecita era admirable, y la animaban dos ojos azules cual las aguas del mar; su frente, de incomparable corrección, estaba limitada por unas cejas bellisimamente arqueadas que casi se tocaban.

Blondos cabellos descendían en pintoresco desorden, semejante a una lluvia de oro, sobre el blanco corpiño que le cubría el busto.

Al ver a aquella mujer, que parecía una niña a pesar de su edad, el pirata sintió un estremecimiento que le llegó hasta el fondo del alma. Aquel hombre tan fiero, tan sanguinario, que llevaba por nombre el de *Tigre de la Malasia*, se sintió fascinado, por primera vez en su vida, ante aquella flor bellísima que surgía bajo los bosques de Labuán.

Su corazón, que poco antes latía precipitadamente, ardía entonces, y le pareció que discurría fuego por sus venas.

—¡Bien, mi querido príncipe! ¿Qué me dice usted de esta graciosa chiquilla? —le preguntó el lord.

Sandokan no contestó: inmóvil como una estatua de bronce, miraba a la jovencita con ojos que relampagueaban de ansia, conteniendo la respiración.

—¿Se siente usted mal? —le preguntó el lord, que le observaba con atención.

—¡No!... ¡No!... —exclamó vivamente el pirata estremeciéndose.

—Entonces, me permitirá usted que le presente a mi sobrina lady Mariana Guillonk.

—¡Mariana Guillonk! —repitió Sandokan sordamente.

—¿Qué es lo que halla usted de extraño en mi nombre? —le preguntó sonriendo la jovencita—. ¡Cualquiera diría que le ha sorprendido a usted mucho!

Al oír aquella voz, Sandokan se estremeció fuertemente. Nunca había sentido una voz tan dulce acariciando sus oídos, habituados a la música infernal de los cañones y a los gritos de muerte de los combatientes.

—No me parece extraño —dijo con voz alterada—. Es que ese nombre creo haberlo oído ya.

—¡Oh! —exclamó el lord—. ¿A quién se lo ha oído usted?

—Lo había leído en ese libro que está ahí, y me había imaginado que debía de ser el de una criatura hermosísima.

—¡Vaya; usted bromea! —dijo la joven lady, ruborizándose.

En seguida, cambiando de tono, le preguntó:

—¿Es verdad que han sido los piratas los que le han herido a usted tan gravemente?

—¡Sí, es verdad! —contestó Sandokan con voz sorda—. Me han vencido y herido; pero me curaré, y entonces, ¡ay de los que me han hecho morder el polvo!

—¿Sufre usted mucho?

—No, milady; y ahora, menos que antes.

—Tengo la esperanza de que curará usted pronto.

—Nuestro príncipe es robusto —dijo el lord—, y no me asombraría verle en pie dentro de diez días.

—Eso creo —contestó Sandokan.

De pronto el pirata, que no apartaba los ojos del rostro de la jovencita, en cuyas mejillas de cuando en cuando aparecía una oleada de rubor, se enderezó impetuosamente, exclamando:

—¡Milady!...

—¡Dios mío! ¿Qué le sucede a usted? —preguntó la lady, acercándose.

—Dígame usted: usted tiene otro nombre infinitamente más bello que el de Mariana Guillonk.

—¿Cuál? —preguntaron a un tiempo el lord y la joven condesa.

—¡Sí, sí! —exclamó Sandokan con mayor ímpetu—. ¡No puede ser otra más que usted la que todos los indígenas llaman la *Perla de Labuán*!

El lord hizo un gesto de sorpresa, y una profunda arruga surcó su frente.

—Amigo mío —dijo con voz grave—, ¿cómo es posible que usted sepa eso, habiéndome dicho que venía de la lejana península malaya?

—No es posible que ese sobrenombre haya llegado hasta el país de usted —añadió lady Mariana.

—No lo he oído en Shaja —contestó Sandokan, que por poco se traiciona—, sino en las Romades, en cuyas playas desembarqué hace días. Allí me hablaron de una joven de incomparable belleza, que tenía los ojos azules y cabellos perfumados como los jazmines de Borneo; de una criatura que montaba como una amazona y que cazaba fieras; de una vaporosa jovencita que algunas tardes al ponerse el sol aparecía en las costas de Labuán, fascinando con su canto, más dulce que el murmurio de los arroyos, a los pescadores de estos lugares. ¡Ah, milady; también yo quise oír esa voz algún día!

—¿Conque tantas gracias me atribuyen? —respondió riendo la lady.

—¡Sí; y ahora veo que aquellos hombres que me hablaron de usted han dicho la verdad! —exclamó el pirata con un arrebató de pasión.

—¡Adulador! —dijo ella.

—Querida sobrina —dijo el lord—, ¿vas a enamorar también a nuestro príncipe?

—¡De eso estoy convencido! —exclamó Sandokan—. Y cuando salga de esta casa para volver a mi lejana tierra, diré a mis compatriotas que una joven de rostro blanco ha conmovido el corazón de un hombre que creía tenerlo invulnerable.

La conversación duró todavía un poco, girando ya sobre la patria de Sandokan, ya acerca de los piratas de Mompracem, ya respecto de Labuán. Así que se hizo noche el lord y la lady se retiraron.

Cuando el pirata quedó solo, estuvo largo tiempo inmóvil, con los ojos fijos en la puerta por donde había salido aquella vaporosa jovencita. Parecía sumido en profundos pensamientos e invadido por una emoción vivísima. Quizás en aquel instante se desencadenaba una tempestad violenta en su corazón, el cual no había latido hasta entonces por mujer alguna.

De pronto Sandokan se agitó, y algo como un sonido ronco le produjo un rumor ligero en el fondo de la garganta; pero sus labios siguieron cerrados, y apretó los dientes con fuerza hasta hacerlos rechinar.

Así permaneció todavía algunos minutos, con los ojos flameantes, el rostro alterado, la frente perlada por el sudor, hundidas las manos en los espesos cabellos, hasta que, por fin, aquellos labios que no querían abrirse, pronunciaron un nombre:

—¡Marlana!

El pirata ya no pudo refrenarse más.

—¡Ah! —exclamó con rabia, retorciéndose las manos—. ¡Siento que me vuelvo loco, que... la amo!...

CAPITULO VII

CURACION Y AMOR

Lady Mariana Guillonk había nacido bajo el hermoso cielo de Italia, en las orillas del espléndido golfo de Nápoles, de madre italiana y de padre inglés.

Huérfana a los once años y heredera de una pingüe fortuna, la recogió su tío James, el único pariente suyo que entonces se encontraba en Europa.

Por aquellos tiempos James Guillonk era uno de los más intrépidos lobos de mar de ambos mundos, propietario de un barco armado y equipado para la guerra con objeto de cooperar con James Broocke, más tarde *rajá* de Sarawack, al exterminio de los piratas malayos, enemigos terribles del comercio inglés en aquellos apartados mares.

Aun cuando lord James, rudo como todos los marinos, incapaz de un afecto cualquiera, no tuviese gran cariño a su joven sobrina, antes que confiarla a manos extrañas, decidió embarcarla en su propia nave y llevarla a Borneo, exponiéndola a graves peligros en aquellos duros cruceros.

Durante tres años la muchachita había sido testigo de sangrientas batallas, en las cuales perecieron miles de piratas y que dieron al futuro *rajá* Broocke una triste celebridad, que conmovió profundamente a todo el mundo y produjo indignación entre sus mismos compatriotas.

Sin embargo, un día lord James, cansado de matanzas y de peligros, y acordándose de que tenía una sobrina, abandonó el mar y se estableció en Labuán, enterrándose en vida bajo los grandes bosques del centro de la isla.

Lady Mariana, que entonces tenía catorce años y que, por efecto de aquella vida peligrosa, había adquirido una fiera y una enereja sin igual, había intentado rebelarse contra los deseos del tío, creyendo que no iba a poder acostumbrarse a tanto aislamiento y a aquella existencia casi salvaje; pero el lobo marino, que no sentía gran afecto por ella, permaneció inflexible.

Obligada a vivir en tan extraño desierto, se había dedicado a completar su propia educación, de la que hasta entonces no había tenido tiempo de cuidarse.

Poseía una voluntad muy firme, y poco a poco fué modificando los feroces ímpetus que contraía en medio de las ásperas y sangrientas batallas y la rudeza adquirida en su continuo contacto con la gente de mar. Se convirtió en una apasionada cultivadora de la música, de las flores, de las bellas artes, gracias a la vasta instrucción de una antigua confidente de su madre, muerta más tarde bajo la inclemencia del abrasador clima tropical. Con los progresos de la educación se hizo buena, caritativa y gentil, a pesar de que allá en el fondo de su alma conservaba siempre algo de la antigua fiera.

No había perdido su pasión por las armas y los ejercicios violentos, y muy a menudo, como buena amazona que era, recorría los grandes bosques persiguiendo a los tigres, o como una náyade, se arrojaba intrépida

damente en las azules olas del mar malayo. Con mucha frecuencia también se le veía en los lugares donde el infortunio y la miseria hacían presa, llevando socorros a todos los indígenas de los alrededores; precisamente a aquellos indígenas que lord James odiaba mortalmente, como descendientes que eran de los antiguos piratas.

Y de este modo aquella muchacha, con su intrepidez, su bondad y su belleza, se había conquistado el sobrenombre de *Perla de Labuán*, sobrenombre que llegó a ser conocido muy lejos y que había hecho latir el corazón del formidable *Tigre de la Malasia*. Pero bajo aquellos bosques, casi alejada por completo de toda persona civilizada, la niña, convertida en joven, no se había hecho cargo nunca de que era mujer; mas al ver al fiero pirata, sin saber por qué, había experimentado una extraña turbación.

¿Qué era? Lo ignoraba. Veía siempre ante sus ojos al herido, que por la noche se le aparecía en sueños con su altivo y fiero rostro, con la nobleza de un sultán, con la galantería de un caballero europeo. Veía a aquel hombre de ojos brillantes, de largos cabellos negros, en cuyo rostro y en cuya clara palabra se transparentaba un valor más que indomable y una energía más que rara, única.

Después de haberle fascinado con los ojos, con la voz y con su belleza, a su vez había quedado también fascinada y vencida.

En un principio procuró reaccionar contra aquellos latidos de su corazón, nuevos para ella, como eran nuevos para Sandokan; pero en vano. Sentía que una fuerza irresistible la empujaba a volver a aquel hombre, y que no encontraba la paz sino cerca de él; solamente era feliz cuando junto a su lecho calmaba los agudos dolores de su herida, bien charlando, ya con sus sonrisas, ya con su voz sin igual, ya con su mandolina.

Era preciso ver a Sandokan en aquellos momentos, cuando ella cantaba las dulces canciones del lejano país natal acompañándose con los delicados acordes del melodioso instrumento.

No era entonces el *Tigre de la Malasia*, no era el pirata sanguinario. Mudo, anhelante, bañado en sudor, conteniendo la respiración para no turbar aquella voz argentina y purísima, escuchaba como hombre que sueña, como si quisiera imprimir en la mente las frases de aquel idioma desconocido que le enervaba, que atenuaba las torturas de su herida; y cuando la voz, después de haber emitido la última sílaba, moría con la nota final del instrumento, permanecía largo tiempo en la misma postura, con los brazos tendidos, como para atraer hacia sí a la joven, con los ojos inflamados, fijos en los humedecidos de ella; con el corazón suspenso y el oído en tensión, cual si todavía oyera la música.

En tales momentos no se acordaba de que era el *Tigre*; se olvidaba de Mompracem, de sus paraos, de sus tigrecitos, del portugués, que quizás a aquellas horas, creyéndole muerto, se vengaba con alguna represalia sangrienta.

De este modo los días pasaban rápidamente, y la curación, ayudada por el amor que le devoraba la sangre, marchaba a toda prisa.

Al mediodía del quincuagésimo, el lord, entrando de improviso en el cuarto, encontró en pie al pirata y dispuesto para salir.

—¡Oh, mi digno amigo! —exclamó alegremente—. ¡Estoy contentísimo de ver a usted en pie!

—No me era posible permanecer en el lecho, milord —contestó Sandokan—. Además, me siento tan fuerte, que lucharía con un tigre.

—¡Muy bien! Entonces, pronto le pondré a prueba.

—¿Cómo?

—He invitado a algunos buenos amigos a cazar un tigre que viene muy a menudo a rondar los muros de mi parque; y ya que usted está curado, esta tarde iré a advertirles que mañana por la mañana daremos la batida a la fiera.

—Seré de la partida, milord.

—Lo creo. Además, creo que ahora ya será usted mi huésped durante algún tiempo.

—Es preciso que me apresure a marchar, milord; me llaman graves asuntos.

—¡No piense usted en eso! Para los negocios siempre hay tiempo; no le dejaré marchar antes de algunos meses. Es preciso que me dé usted palabra de quedarse.

Sandokan le miró con ojos que relampagueaban. Para él, permanecer en aquella quinta cerca de la jovencita que le había fascinado, era la vida, era todo. No pedía más por el momento.

¿Qué le importaba que le llorasen por muerto los piratas de Mompracem, si podía ver durante muchos días a aquella jovencita? ¿Qué le importaba su fiel Yáñez, que probablemente estaría buscándole lleno de ansiedad por todas las escolleras y playas de la isla, cuando precisamente Mariana comenzaba a corresponderle? Y a él, ¿qué le importaba no oír el tronar de los humeantes cañones, si podía oír la deliciosa voz de la mujer; no experimentar una vez las emociones terribles de las batallas, si ella le hacía gustar emociones más sublimes? Y, en fin, ¿qué le importaba correr el peligro de que le descubriesen, de que le prendieran quizás o de que le matasen, si todavía podía respirar el mismo ambiente que respiraba su Mariana y vivir en medio de los grandes bosques en donde ella vivía?

Todo lo hubiera olvidado por seguir así cientos de años: su Mompracem, sus tigrecitos, sus barcos, incluso la sangrienta venganza.

—Sí, milord; permaneceré el tiempo que usted quiera —dijo impetuosamente—. Acepto la hospitalidad que tan cordialmente me ofrece, y si algún día, no olvide usted estas palabras, milord, nos encontramos con las armas en la mano, no como amigos, sino como valientes enemigos, recordaré cuánto es el agradecimiento que le debo.

El inglés le miró estupefacto.

—¿Por qué me habla usted así? —le preguntó.

—Quizás lo sepa usted algún día —contestó gravemente Sandokan.

—Por ahora no quiero averiguar los secretos de usted —dijo sonriendo el lord—. Esperaré a ese día. Tengo que marchar en seguida, si he de avisar a los amigos para que estén dispuestos a venir mañana para la caza. ¡Adiós, querido príncipe! —dijo.

Iba a salir, pero se detuvo, diciendo:

—Si quiere usted bajar al parque, en él encontrará a mi sobrina, cuya compañía espero que le hará más agradable el tiempo.

—¡Gracias, milord!

Era lo que deseaba Sandokan: poder encontrarse a solas con la jovencita, aunque no fuese más que unos minutos, para revelarle la pasión que le devoraba.

Apenas se quedó solo, se acercó a una ventana que daba a un parque inmenso.

Allí, debajo de un magnolio de China, cuajado de flores que despedían un perfume muy fuerte, estaba sentada, en el tronco caído de una arenga, la joven lady Hallábase sola y en actitud pensativa, con la mandolina sobre las rodillas.

A Sandokan le pareció una visión celeste. Sintió que toda la sangre le afluí a la cabeza, y el corazón comenzó a latirle con extremada vehemencia.

Allí permaneció con los ojos inflamados fijos en la jovencita y reteniendo la respiración, como si temiese que pudiera molestarla.

De pronto se hizo atrás dando un grito ahogado que parecía un rugido. Se alteró su rostro de un modo espantoso, adquiriendo una expresión feroz.

El Tigre de la Malasia, hasta entonces fascinado, hechizado, que se sentía curado, se despertaba de repente. Volvía el hombre feroz, sin piedad, de corazón inaccesible a ninguna pasión.

—¡Qué era lo que iba a hacer! —exclamó con voz ronca y pasándose las manos por la frente sudorosa—. Pero, ¿será verdad que amo a esa muchacha? ¿Ha sido todo un sueño o una locura inexplicable? ¿No soy ya el pirata de Mompracem, pues me siento arrastrado por una pasión irresistible hacia esa hija de una raza a la cual he jurado odiar eternamente?

"¡Yo, amar! ¡Yo, que no he experimentado otros ímpetus que los del odio y que llevo el nombre de una fiera sanguinaria! ¿Olvidaré mi salvaje Mompracem, a mis fieles tigrecitos, a mi buen Yáñez, que acaso estén esperándome, quién sabe con qué ansias? ¿Olvido, por lo visto, que los compatriotas de esa muchacha no esperan más que el momento oportuno para destruir mi poder? ¡Fuera de mí esa visión que durante tantas noches me ha perseguido; lejos de mí estos estremecimientos indignos del Tigre de la Malasia! Apaguemos este volcán que arde en mi corazón, y en su lugar abramos mil abismos entre esa sirena encantadora y yo!

"¡Arriba, Tigre: haz oír tu rugido; destierra de tu pecho el reconocimiento que debes a estas gentes que te han curado, y vete, huye lejos de estos sitios! ¡Vuelve al mar; a ese mar que sin querer te ha empujado hacia estas playas; vuelve a ser el terrible pirata de Mompracem!"

Hablando así Sandokan se había puesto derecho ante la ventana, apretando los puños y los dientes, tembloroso de cólera.

¡Le parecía que se había convertido en un gigante y que oía allá lejos los gritos de sus tigrecillos y el retumbar de la artillería llamándole al combate!

Y, sin embargo, allí permaneció, como si le hubiesen clavado delante de la ventana, retenido por una fuerza superior a su cólera, siempre con los ojos ardientes fijos en la joven lady.

—¡Mariana! —exclamó al cabo de unos minutos—. ¡Mariana!

Al pronunciar este nombre adorado, el acceso de ira y de odio se disipó como el sol disipa la niebla. El Tigre volvía a ser hombre y, además, enamorado.

Involuntariamente puso las manos en la falleba, y con un movimiento rápido abrió la ventana.

Una bocanada de aire templado, cargado aún con los perfumes de mil flores, penetró en la habitación.

Al respirar aquellos balsámicos perfumes, el pirata sintió gran laxitud y despertarse en su corazón con más fuerza que antes la llama pasional que hacía un momento procuraba sofocar.

Se inclinó sobre el alféizar y admiró en silencio, tembloroso, a la vaporosa lady

Una intensa fiebre le devoraba; por sus venas corría fuego, abrazándole el corazón; nubes rojas pasaban ante sus ojos. Pero en medio de todo esto veía siempre a la mujer que le había hechizado.

¿Cuánto tiempo estuvo absorto? Mucho, sin duda alguna, porque cuando volvió al sentimiento de la realidad ya no estaba en el parque la joven; el Sol se había puesto, las sombras de la noche lo invadieron todo y en el cielo brillaban miríadas de estrellas.

Comenzó a pasear a lo largo de la habitación, con los brazos cruzados sobre el pecho y la cabeza inclinada, sumido en sombríos pensamientos.

—¡Mira! —exclamó volviendo hacia la ventana y sacando la cabeza para que la fresca brisa nocturna le orease la frente—. ¡Aquí, la felicidad; aquí, una nueva vida; aquí, una nueva embriaguez, dulce y tranquila; allá abajo, en Mompracem, una vida tempestuosa, huracanes de hierro, tronar de artillería, carnicería sangrienta, mis rápidos paraos, mis tigres, mi buen Yáñez!... ¿Cuál de estas dos vidas preferiré?

"Toda mi sangre arde cuando pienso en esta muchacha, que ha hecho latir mi corazón antes de verla; por mis venas corre bronce fundido al pensar en ella! ¡Se diría que la antepongo a mis tigrecitos y a mi venganza! ¡Siento vergüenza de mí mismo al recordar que es hija de una raza que odio tan profundamente! ¿Y si la olvidase? ¡Ah! ¡Sangras, pobre corazón mío; tú no quieres olvidarla!

"¡Antes era yo el terror de estos mares; antes no sabía qué era este afecto; antes no había saboreado más que la embriaguez de las batallas y de la sangre, y ahora siento que no podré gustar ya nada lejos de ella!"

Calló, escuchando el rumor ligerísimo de la fronda y el zumbido de su sangre en las arterias.

—¿Y si se interpusiera la floresta entre esa mujer divina y yo, en seguida el mar, después el odio?... "

"¡El odio! Pero ¿podría odiar a esa mujer? ¡Y, sin embargo, es preciso que huya, que vuelva a Mompracem, entre mis tigres! Si permaneciese aquí más tiempo, la fiebre concluiría por debilitar todas mis energías; porque preveo que desaparecería para siempre mi poder, que ya no volvería a ser el *Tigre de la Malasia*. ¡Arriba; partamos!

Miró hacia abajo; no le separaban del suelo más de tres metros. Aguzó el oído y no oyó ruido alguno.

Se puso a horcajadas en el alféizar y saltó ligeramente a la terraza, dirigiéndose hacia el árbol bajo el cual estuvo sentada Mariana.

—¡Aquí era donde reposaba! —murmuró tristemente—. ¡Cuán bella eres, Mariana! ¡Ya no volveré a verte nunca, y no oiré jamás tu voz; jamás..., jamás!

Se inclinó bajo el árbol y cogió una flor, una rosa de los bosques; aspiró su aroma varias veces y, con un movimiento de pasión, la escondió en el pecho; en seguida se puso en marcha hacia la cerca del parque, murmurando:

—¡Vámonos, Sandokan; todo ha concluido!

Llegaba ya a la empalizada e iba a tomar carrera para saltar, cuando retrocedió vivamente, con las manos en la cabeza, la mirada torva, casi sollozando:

—¡No, no! —exclamó con desesperado acento—. ¡No puedo! ¡Que se hunda Mompracem, que se maten mis tigres, que mi poderío desaparezca, yo permaneceré aquí!

Echó a correr por el parque como si tuviera miedo de encontrarse cerca de la empalizada y no se detuvo hasta llegar debajo de la ventana de su habitación.

Otra vez dudó; en seguida, de un salto, se agarró a las ramas de un árbol y de allí pasó al alféizar.

Al encontrarse de nuevo en aquella casa que había abandonado con la firme decisión de no volver a ella, un segundo sollozo se le escapó de la garganta.

—¡Ah! —exclamó—. El *Tigre de la Malasia* está a punto de desaparecer.

CAPITULO VIII

LA CAZA DEL TIGRE

Cuando al amanecer fué el lord a llamar a la puerta, Sandokan no había cerrado todavía los ojos.

Acordándose de la partida de caza, saltó del lecho, y en un abrir y cerrar de ojos se arregló, se puso su fiel *kriss* entre los pliegues de la faja y abrió la puerta, diciendo:

—¡Aquí estoy, milord!

—¡Muy bien! —dijo el inglés—. No creí que iba a encontrar a usted tan dispuesto, querido príncipe. ¿Cómo se siente usted?

—Tan fuerte, que sería capaz de arrancar un árbol.

—Entonces, apresurémonos. En el parque nos esperan seis valientes cazadores que están impacientes por encontrar el tigre que mis ojeadores han arrojado hacia un bosque.

—Estoy pronto a seguir a usted. ¿Viene con nosotros lady Mariana?

—¡Naturalmente! Creo que ya estará esperándonos.

Sandokan ahogó un grito de alegría.

—¡Vámonos, milord! —dijo—. ¡Tengo deseos de encontrar al tigre! Salieron y pasaron a un saloncito cuyas paredes estaban cubiertas de armas de toda especie. Allí encontró Sandokan a la joven lady, más bella que nunca, fresca como una rosa, admirable con su traje azul, sobre el cual brillaban luminosos sus cabellos de oro.

Sandokan quedó como deslumbrado; pero en seguida se fué hacia ella y le dijo, estrechándole la mano:

—¿También usted es de la partida?

—Sí, príncipe; me han dicho que los compatriotas de usted son muy valientes en las cacerías.

—Clavaré el tigre con mi *kriss* y le regalaré a usted la piel.

—¡No, no! —exclamó la joven con espanto—. ¡Podría sucederle alguna nueva desgracia!

—Por usted, milady, me haría triturar. Pero no tema; el tigre de Labuán no me hará caer en tierra.

En aquel momento el lord se acercó y entregó a Sandokan una carabina riquísima.

—Tome usted, príncipe —dijo—. A veces una bala vale más que el kriss mejor templado. Ahora, vámonos, que nos esperan los amigos.

Descendieron al parque, donde se hallaban otros cinco cazadores: cuatro eran colonos de los contornos, y el quinto, un elegante oficial de Marina.

Al verle Sandokan, sin saber por qué, experimentó por aquel jovenzuelo una antipatía violentísima; pero supo disimularla y alargó la mano a todos.

El oficial le miró mucho y de un modo muy extraño, y aprovechando un momento en que nadie ponía en él la atención, se acercó al lord, que estaba examinando las riendas de su caballo, y le dijo a quemarropa:

—Capitán, creo que he visto alguna vez a ese príncipe malayo.

—¿Dónde? —preguntó el lord.

—No lo recuerdo bien, pero estoy seguro.

—¡Bah! Usted se equivoca, amigo mío.

—En seguida lo veremos, milord.

—¡Sea! ¡A caballo, señores! Ya está todo dispuesto. ¡Cuidado con el tigre! Es muy grande y tiene unas garras tremendas.

—Le mataré de un solo balazo y ofreceré la piel a lady Mariana —dijo el oficial.

—Pienso matarlo primero que usted, señor —dijo Sandokan.

—Ya lo veremos, amigos —dijo el lord— ¡Arriba; a caballo!

Los cazadores montaron sus respectivas cabalgaduras, que condujeron varios criados, y lady Mariana subió en un bellissimo *poney* blanco como la nieve. A una señal del lord salieron todos del parque, precedidos por varios ojeadores y dos docenas de grandes perros.

Ya fuera de la posesión, el grupo se dividió para poder registrar en varias direcciones un bosque que se extendía hasta la costa.

Sandokan, que montaba un animal muy fogoso, se internó por un sendero estrecho lanzándose audazmente hacia la espesura, pues quería ser el que primeramente descubriese la fiera; los otros cazadores tomaron caminos distintos.

—¡Vuela, vuela! —exclamó el pirata espoleando con furia al noble animal, que galonaba siguiendo a unos perros ladrones—. ¡Es preciso que pueda demostrar a ese oficialito impertinente de lo que soy capaz! ¡No será él quien ofrezca la piel del tigre a lady, aun cuando para ello tuviese que perder un brazo o hacerme triturar!

En aquel momento resonaron unas notas de trompa en medio del bosque.

—¡Han descubierto al tigre! —murmuró Sandokan—. ¡Vuela, corcel; vuela!

Como un relámpago atravesó una parte del bosque erizada de duriones, de arecas colosales y de árboles de alcanfor, y llegó hasta dar con seis o siete ojeadores que huían.

—¿A dónde corréis? —preguntó.

—¡El tigre! —exclamaron los fugitivos.

—¿Dónde está?

—¡Cerca del estanque!

El pirata bajó del caballo, lo ató a un tronco de un árbol, se puso el *kriss* entre los dientes, aferró la carabina, y se lanzó hacia el estanque.

Miró a las ramas de los árboles, desde donde el tigre podía saltarle encima, y siguió con grandes precauciones la orilla del estanque, cuyas aguas estaban movidas.

—Por aquí ha pasado la fiera —dijo—. Ha atravesado el estanque para que pierdan su rastro los perros; ¡pero Sandokan es un tigre más astuto que él!

Volvió adonde estaba el caballo, y montó. Iba a ponerse en marcha, cuando oyó un tiro a muy corta distancia, seguido de una exclamación cuyo acento le hizo estremecerse.

A escape se fué hacia el lugar donde había resonado la detonación, y en medio de una pequeña explanada descubrió a la joven lady en su blanco *poney*, y con la carabina, humeante todavía, entre las manos. En un abrir y cerrar de ojos se le acercó, dando un grito de alegría.

—¡Usted aquí, sola! —exclamó.

—Y usted, príncipe, ¿cómo es que se encuentra aquí? —preguntó ella, ruborizándose.

—Venía siguiendo las huellas del tigre.

—También yo.

—Pero, ¿contra qué ha disparado usted?

—Contra la fiera; pero ha huído sin que haya logrado tocarla.

—¡Gran Dios! ¿Por qué expone usted la vida haciendo frente a ese animal?

—Para impedir que usted cometa la imprudencia de apuñalarla con el *kriss*.

—Ha hecho usted mal, milady. Pero la fiera está todavía viva, y mi *kriss*, dispuesto a partirle el corazón.

—¡Usted no hará eso! Es usted valiente, ya lo sé; ¡lo leo en sus ojos! Es usted fuerte, tan ágil como un tigre; pero una lucha cuerpo a cuerpo con la fiera podría serle fatal.

—¡Qué importa! Quisiera que me produjese tan crueles heridas, que tuviese que estar en cura un año entero.

—¿Por qué? —preguntó sorprendida la joven.

—Milady —dijo el pirata acercándosele más—, ¿no sabe usted que mi corazón me parece que quiere romperse, estallar, cuando pienso que va a venir un día en que tendré que dejar a usted para siempre, para no volver a verla? Si el tigre me lacerase, por lo menos, permanecería bajo el mismo techo que usted, volvería a gozar de nuevo las dulces emociones que he experimentado cuando vencido, herido, yacía en el lecho del dolor. ¡Sería feliz, muy feliz, si las nuevas heridas me obligasen a permanecer aún cerca de usted, respirando el mismo aire que usted respira, volviendo a oír su voz deliciosa, embriagándome con sus miradas y con sus sonrisas!

"Milady, usted me ha hechizado; presiento que lejos de usted no podré vivir, que no recobraré la paz de mi alma, que seré infeliz. ¿Qué es lo que ha hecho usted conmigo? ¿Qué ha hecho usted de mi corazón, siempre inaccesible a todo afecto? Vea usted, con sólo mirarla, siento temblar mi cuerpo y que la sangre me quema las venas."

Al oír aquella apasionada e imprevista confesión, Mariana quedó muda, estupefacta; pero no hizo movimiento alguno para retirar las manos, que el pirata le estrechaba frenéticamente.

—No se incomode usted, milady —prosiguió el *Tigre* con una voz que descendía cual música deliciosa hasta el corazón de la huérfana—. No se incomode usted si le confieso mi cariño, si le digo que yo, aun cuando pertenezco a una raza de color, la adoro como una diosa, y que usted también algún día me querrá.

—¡Escúcheme usted! ¡Tan poderoso es el amor que arde en mi pecho, que por usted sería capaz de luchar contra los hombres, contra el Destino, contra Dios. ¿Quiere usted ser mía? ¡Yo haré de usted la reina de estos mares, la reina de la Malasia! ¡A una sola palabra de usted, surgirán, para invadir los Estados de Borneo y darle a usted un trono, quinientos hombres más feroces que los tigres, que no temen al plomo ni al acero! Pida usted cuanto la ambición pueda sugerirle, y lo tendrá. Tengo oro suficiente para comprar diez ciudades: tengo barcos, soldados, cañones, y soy más poderoso de lo que puede usted suponer.”

—¡Dios mío! Pero ¿quién es usted? —preguntó la jovencita, aturrida por aquel turbión de promesas y fascinada por aquellos ojos que parecían que arrojaban llamas.

—¿Quién soy? —exclamó el pirata, en tanto que se entenebrece su frente—. ¿Quién soy?

Se acercó más a la joven lady, y, mirándola fijamente le dijo con voz sombría:

—¡En derredor mío hay sombras que por ahora es mejor no esclarecer! ¡Sepa usted que dentro de esas tinieblas hay algo terrible, tremendo; y sepa usted también que llevo un nombre que no sólo aterroriza a todos los pueblos de estos mares, sino que hace temblar al sultanato de Borneo, y hasta a los ingleses de esta isla!

—¿Y usted que es tan poderoso, dice que me quiere? —murmuró la jovencita con voz ahogada.

—Tanto, que por usted me sería posible todo. Amo a usted con ese amor que lleva a realizar milagros y delitos juntamente. Póngame usted a prueba; hable usted, y yo obedeceré como un esclavo, sin lanzar ni un lamento, ni un solo suspiro. ¿Quiere usted que sea rey para darle un trono? ¡Lo seré! ¿Quiere usted que yo, que la amo hasta la locura, me vuelva a las tierras de donde he venido? ¡Volveré, aun cuando tenga que condenar a mi corazón a un eterno martirio! ¿Quiere usted que me mate delante de usted? ¡Me mataré! ¡Hable usted! ¡Mi cabeza se desvanece, me abrasa la sangre! ¡Hable usted, milady, hable usted!

—Pues bien, sí; ¡quírame usted! —murmuró ella, que se sentía dominada por tanto cariño.

El pirata dió un grito, uno de esos gritos que raras veces salen de garganta humana. Casi al mismo tiempo resonaron dos o tres tiros.

—¡El tigre! —exclamó Mariana.

—¡Es mío! —gritó Sandokan.

Clavó las espuelas en el vientre del caballo y partió como un rayo, con los ojos encendidos y el *kriss* en la mano, seguido por la jovencita, la cual se sentía atraída hacia aquel hombre que tan audazmente jugaba con su existencia para sostener una promesa.

A trescientos pasos más allá estaban los cazadores. Delante de ellos avanzaba el oficialillo de Marina con el fusil, apuntando hacia un grupo de árboles.

Sandokan se tiró de la silla gritando:

—¡El tigre es mío!

Parecía otro tigre: daba saltos de diez pies y rugía como una fiera.

—¡Príncipe! —gritó Mariana, que también descendía del caballo.

Sandokan no oía a nadie en aquel momento y continuaba adelantándose a la carrera.

El oficial de Marina, que le precedía unos diez pasos, al oírle acercarse, apuntó rápidamente el fusil e hizo fuego sobre el tigre, que estaba al pie de un gran árbol, con las pupilas contraídas, abiertas las poderosas garras y dispuesto a lanzarse sobre alguien.

No se había disipado todavía el humo cuando se le vió atravesar el espacio con ímpetu irresistible y derribar al imprudente y poco diestro oficial.

Iba a volver a saltar para arrojarse sobre los cazadores, pero Sandokan estaba ya allí. Aferró sólidamente el *kriss*, se precipitó sobre la fiera y antes de que ésta, sorprendida por tanta audacia, pensara en defenderse, la derribó en tierra y le apretó el cuello con tanta fuerza, que ahogó sus rugidos.

—¡Mírame! —dijo—. ¡También yo soy un tigre!

Y rápido como el pensamiento le hundió la hoja de su *kriss* en el corazón. La fiera quedó como herida por el rayo.

Un ¡hurra! fragoroso acogió aquella proeza. El pirata, que había salido ileso de la lucha, arrojó una mirada despreciativa sobre el oficialillo, y volviéndose hacia la jovencita, que permanecía muda de terror y de angustia, le dijo con un gesto que hubiera envidiado un rey:

—¡Milady, la piel de ese tigre es de usted!

CAPITULO IX

LA TRAICION

El almuerzo ofrecido por lord James a los invitados fué uno de los más espléndidos y alegres que se habían dado hasta entonces en la quinta.

La cocina inglesa, representada por enormes *beefsteacks* y colosales *puddings*, como la malaya, por asados de tucanes, ostras gigantescas llamadas de Singapoore, bambúes tiernos que se parecen mucho a los espárragos de Europa, y una montaña de exquisitas frutas, fueron gustadas y alabadas por todos.

No es preciso decir que todo se roció con gran número de botellas de vino de *gus*, de *brandy* y de *whiskey*, que sirvieron para repetir los brindis en honor de Sandokan y de la gentil e intrépida *Perla de Labuán*.

Al llegar al té la conversación se hizo animadísima, discuriéndose acerca de tigres, de cacerías, de piratas, de barcos de Inglaterra y de la Malasia. Únicamente el oficial de Marina estaba silencioso y parecía muy ocupado en estudiar a Sandokan, pues no apartaba de él la vista ni un solo instante, ni perdía una sola de sus palabras, ni uno solo de sus movimientos.

De pronto, dirigiéndose a Sandokan, que estaba hablando de la piratería, le dijo bruscamente:

—Dispense usted, príncipe: ¿hace mucho tiempo que ha llegado usted a Labuán?

—Hace veinte días que estoy aquí —contestó el Tigre.

—¿Por qué razón no se ha visto en Victoria su barco de usted?

—Porque los piratas me robaron los dos paraos que me conducían.

—¡Los piratas! ¿Le acometieron a usted los piratas? Pero ¿dónde?

—En las cercanías de las Romades.

—¿Cuándo?

—Pocas horas antes de mi arribada a estas costas.

—Seguramente se equivocó usted, príncipe; porque precisamente entonces nuestro crucero navegaba por aquellos parajes, y no llegó hasta nosotros el eco de ningún cañonazo.

—Pudiera ser, porque el viento soplaba de Levante —contestó Sandokan, que principiaba a ponerse en guardia, no sabiendo a dónde iba a parar el oficial.

—¿Cómo llegó usted hasta aquí?

—A nado.

—¿Y no asistió usted a un combate entre un crucero y dos barcos corsarios, que decían que iban mandados por el *Tigre de la Malasia*?

—No.

—¡Es extraño!

—Señor mío, ¿pondría usted en duda mis palabras? —preguntó Sandokan poniéndose en pie.

—¡Dios me libre de eso, príncipe! —contestó el oficial con ligera ironía.

—¡Oh! —exclamó el lord interviniendo—. ¡Baronet William, le ruego que no promueva una disputa en mi casa!

—Perdóneme usted, milord: no tenía esa intención —contestó el oficialillo.

—Entonces, no se hable más, y bebamos otra copita de ese delicioso *whiskey*. Ahora levantémonos, porque ya es de noche y los bosques de la isla no ofrecen seguridad para andar por ellos a oscuras.

Después de hacer de nuevo los honores a la botella, los convidados se levantaron y descendieron al parque acompañados de Sandokan y lady.

—Señores —dijo Lord James—, espero que vendrán ustedes pronto por aquí.

—Puede usted estar seguro de que no faltaremos —dijeron a coro los cazadores.

—Y que tendrá usted ocasión de ser más afortunado, baronet William —dijo volviéndose hacia el oficial.

—Tiraré mejor —contestó éste, dejando caer sobre Sandokan una mirada colérica—. ¿Me permite usted una palabra, milord?

—Dos, querido mío.

El oficialito le susurró al oído algunas palabras, que nadie pudo oír.

—Está bien —contestó el lord—. ¡Buenas noches, amigos míos, y que Dios nos libre de malos encuentros!

Los cazadores montaron a caballo y salieron del parque galopando.

Después de haber saludado a lord James, que de pronto se había puesto de muy mal humor, y de haber estrechado apasionadamente la mano de la joven, Sandokan se retiró a su cuarto.

En lugar de acostarse se puso a pasear, presa de una agitación muy viva. Una inquietud inexplicable se reflejaba en su rostro, y sus manos atormentaban la empuñadura del *kriss*.

Sin duda, pensaba en aquella especie de interrogatorio que le había hecho el oficial de Marina, y que podía esconder una trama urdida

hábilmente. ¿Quién era aquel oficial? ¿Qué motivos le habían impulsado a interrogarle de aquella manera? ¿Le había visto quizás sobre la cubierta del crucero en aquella noche sangrienta? ¿Había sido reconocido por el oficial, o era nada más que una sospecha?

¿Tramaba algo contra el pirata en aquellos momentos?

—¡Bah! — dijo Sandokan alzando los hombros—. ¡Si me preparan alguna traición, yo sabré deshacerla! Creo ser el único hombre que no ha tenido miedo nunca a estos ingleses. Descansemos, y mañana ya veré qué es lo que hay que hacer.

Se echó en la cama sin desnudarse, puso el *kriss* al lado, y se durmió tranquilamente, con el dulce nombre de Mariana en los labios.

Despertó al mediodía, cuando ya el sol entraba por las ventanas, que habían quedado abiertas.

Llamó a un criado, y le preguntó dónde estaba el lord; pero le contestaron que había salido a caballo antes de amanecer, en dirección de Victoria. Aquella noticia le dejó estupefacto.

—¡Se ha marchado! — murmuró—. ¿Se ha marchado sin haberme dicho nada ayer noche? ¿Cuál será el motivo de su viaje? ¿Se estará tramando, en efecto, alguna traición en contra mía? ¿Y si esta noche volviese como fiero enemigo? ¿Qué es lo que debo hacer con este hombre, que me ha curado como un padre y que es tío de la mujer a quien adoro? ¡Es preciso que vea a Mariana y que sepa algo!

—¡Ah! ¿Qué bella estabas, Mariana, la tarde aquella en que pensé huir! — murmuró pasándose la mano por la frente—. ¡Insensato! ¡Y trataba de alejarme para siempre de ti, criatura adorada, cuando tú me amabas ya!

—¡Extraño destino! ¿Quién hubiera dicho que yo había de amar a una mujer! ¡Y cómo la amo! ¡Tengo fuego en las venas, fuego en el corazón, fuego en el cerebro, hasta en los huesos; y crece a cada paso que mi cariño se agiganta! .

—¡Creo que por esa mujer sería capaz de hacerme inglés, que me vendería como un esclavo, que abandonaría para siempre la borrascosa vida de aventurero, que maldeciría a mis tigrecillos y a ese mar que domino y que considero como sangre de mis venas!"

Inclinó la cabeza sobre el pecho y se sumergió en un mundo de pensamientos, pero en seguida volvió a levantarla, con los dientes apretados y los ojos despidiendo llamas.

—¿Y si rechazase al pirata? — exclamó con voz sibilante—. ¡Oh, no! ¡No es posible, no es posible! ¡Aun cuando tuviese que conquistar el sultanato de Borneo, para darle un trono o poner fuego a Labuán, será mía!

El pirata descendió al parque y empezó a pasear, con el rostro descompuesto, dominado por agitación inmensa que le sacudía de los pies a la cabeza.

Una voz que sabía encontrar el camino de su corazón, aun a través de la tempestad, le hizo volver en sí.

Lady Mariana había aparecido en la revuelta de un sendero, acompañada por dos indígenas armados hasta los dientes.

—¡Milady! — exclamó Sandokan yendo a su encuentro.

—Le buscaba a usted, mi heroico amigo — dijo ella, ruborizándose.

En seguida se acercó un dedo a los labios como para recomendarle el silencio, le cogió de una mano y le condujo a un quiosco chinésco.

Los indígenas se detuvieron a corta distancia con las carabinas montadas.

—Escuche usted — dijo la joven, que parecía poseída de terror—. Ayer noche le oí a usted... dejó usted escapar palabras que han alarmado a mi tío. Amigo mío, me ha ocurrido una sospecha que usted debe arrancarme del corazón. Dígame, mi heroico amigo: si la mujer a quien ha jurado amor le pidiere una confesión, ¿se la haría?

El pirata, que mientras la lady le hablaba había ido acercándose a ella, al oír aquellas palabras se hizo atrás bruscamente. Sus facciones se descompusieron, y pareció que vacilaba bajo tan terrible golpe.

—Milady —dijo al cabo de algunos instantes de silencio, cogiendo las manos de la jovencita—; milady, por usted, todo me es posible, lo haré todo. ¡Hable usted! Si debo hacerle una revelación, por muy dolorosa que sea para ambos, la haré. ¡Se lo juro!

Mariana levantó los ojos hacia él. Sus miradas se cruzaron; suplicante y llorosa la de ella, brillante la del pirata.

Aquellos dos seres hallábanse embargados por una ansiedad que les hacía daño.

—¡No me engañe usted, príncipe! —dijo Mariana con voz ahogada. Quienquiera que usted sea, el amor que ha encendido en mi corazón no se apagará nunca. ¡Rey o bandido, le amaré igualmente!

Un profundo suspiro salió de los labios del pirata.

—¿Es mi nombre, entonces, mi verdadero nombre lo que quieres saber, criatura celestial? —exclamó.

—¡Sí; tu nombre, tu nombre!

Sandokan se pasó varias veces la mano por la frente, empapada en sudor, y las venas del cuello se le hinchaban prodigiosamente, como si estuviese haciendo un esfuerzo sobrehumano.

—Oyeme, Mariana —le dijo con acento salvaje—: hay un hombre que impera en este mar que baña las costas de las islas malayas, que es el azote de los navegantes, que hace temblar a las gentes, y cuyo nombre suena como una campana funeral. ¿Has oído hablar de Sandokan, que tiene por sobrenombre el de *Tigre de la Malasia*? ¡Mírame a la cara el *Tigre* soy yo!

La jovencita dió un involuntario grito de horror y se cubrió el rostro con las manos.

—¡Mariana — exclamó el pirata cayendo a sus pies con los brazos extendidos hacia ella—, no me rechaces, no te asustes así! ¡La fatalidad fué la que me convirtió en pirata, como la fatalidad también fué la que me impuso ese sanguinario sobrenombre! Los hombres de tu raza no tuvieron piedad conmigo, que no les había hecho mal alguno: ellos fueron los que me arrojaron al fango desde las gradas de un trono, los que me quitaron mi reino, los que asesinaron a mi madre, a mis hermanos, a mis hermanas, y los que me empujaron hacia estos mares. No soy pirata por robar, sino que lo soy como justiciero: soy el vengador de mi familia, y de mis súbditos, nada más. Ahora, si así lo quieres, recházame, y me alejaré para siempre de estos lugares para no causarte miedo nunca.

—¡No, Sandokan; no te rechazo, porque te amo demasiado; porque eres un héroe; porque eres poderoso y terrible como el huracán que agita el Océano!

—¡Ah! ¡Entonces, tú me amas todavía! ¡Dímelo; que lo oiga de tus labios! ¡Dímelo!

—¡Sí, Sandokan; te amo, y ahora más que ayer!

El pirata la trajo hacia sí y la estrechó contra su pecho. Una alegría infinita iluminaba su rostro varonil, y en sus labios vagaba una sonrisa de felicidad inenarrable.

—¡Mía! ¡Eres mía! —exclamó delirante, fuera de sí—. ¡Habla, adorada mía; dime qué es lo que yo puedo hacer por ti, porque todo me será posible!

»¡Si quieres, iré a destronar a un sultán para darte un reino; si quieres ser inmensamente rica, saquearé los templos de la India y de Birmania para cubrirte de diamantes y de oro; si quieres que renuncie para siempre a mis venganzas y que desaparezca el pirata, iré en seguida a quemar mis paraos para que no pueda hacer el corso en ellos nadie, y licenciaré a mis gentes, clavaré mis cañones y destruiré mi refugio!

»¡Habla; dime qué es lo que quieres! ¡Pídeme lo imposible, y lo haré! ¡Por ti me sentiré capaz de levantar el mundo, y de lanzarlo a través de los espacios!»

La jovencita se inclinó sonriendo hacia él, y rodeándole con sus manitas delicadas el robusto cuello:

—¡No, valiente mío —dijo—; no pido otra cosa que la felicidad a tu lado! ¡Llévame lejos, a una isla cualquiera; pero donde pueda quererte sin peligro ni ansiedades!

—¡Sí; si tu quieres, te llevaré a una isla lejana, cubierta de flores, donde no oigas hablar de la tuya de Labuán ni yo de la mía de Monpracem; a una isla encantada del gran océano, donde podrán vivir enamorados el terrible pirata, que ha dejado tras sí torrentes de sangre, y la gentil *Perla de Labuán*. ¿Quieres, Mariana?

—¡Sí, Sandokan; querré! Pero ahora escúchame: te amenaza un peligro, quizás una traición, que en estos momentos se está tramando contra ti.

—¡b sé! —exclamó Sandokan—. ¡Preveo, presiento la traición; pero no latemo!

—¡Es preciso que obedezcas, Sandokan.

—¿Qué debo hacer?

—¡Machante en este instante.

—¡Míchame! ¡Sí yo no tengo miedo!

—¡Hue, Sandokan, mientras tienes tiempo! ¡Tengo un presentimiento fuesto: temo que te suceda una desgracia! Mi tío no ha salido por capricho; debe haberle llamado el baronet William Rosenthal, que probablemente te ha reconocido. ¡Sandokan, parte; vuelve a tu isla ahora; ponte a salvo antes de que la tempestad se desencadene sobre tu cabeza!

En lugar de obedecer, Sandokan cogió a la jovencita y la levantó en los brazos. Su rostro, poco antes conmovido, había adquirido otra expresión: brillan sus ojos, las sienes le latían con furia, y sus labios se entreabrían mostrando los dientes.

Un instante después se arrojó como una fiera a través del parque, saltando los arroyos, los fosos y la cerca, como si tuviese miedo o procurase huir de algo.

No se detuvo hasta encontrarse en la playa, por la cual vagó largo tiempo sin saber a dónde ir ni qué hacer. Cuando se decidió a regresar, ya había caído noche y salido la luna.

Apenas entró en la quinta preguntó si había vuelto el lord; pero le contestaron que no le habían visto.

Subió al saloncito, y allí estaba lady Mariana, de rodillas ante una imagen, con el rostro inundado de lágrimas.

—¡Adorada Mariana! — exclamó levantándola—. ¿Por qué lloras? ¿Por mí? ¿Quizás porque soy el *Tigre de la Malasia*, el hombre execrado por tus compatriotas?

—¡No, Sandokan! ¡Tengo miedo! ¡Va a suceder una desgracia! ¡Huye; huye de aquí!

—¡Yo no tengo miedo! ¡El *Tigre de la Malasia* no ha temblado nunca, y!...

Se interrumpió de pronto estremeciéndose a pesar suyo. En el parque resonaba el galopar de un caballo, el cual se detuvo delante del palacete.

—¡Mi tío! ¡Huye, Sandokan! — exclamó la jovencita.

—¡Yo!... ¡Yo!...

En aquel momento entraba lord James. No era el hombre del día anterior: estaba grave, cejijunto, torvo, y vestía el uniforme de capitán de Marina.

Con un gesto de desdén rechazó la mano que le alargaba audazmente el pirata, diciéndole con acento frío:

—Si yo hubiera sido un hombre de la especie de usted, antes de pedir hospitalidad a un enemigo acérrimo, me hubiera dejado matar por los tigres de la floresta. ¡Retire usted esa mano, que pertenece a un pirata y a un asesino!

—¡Señor! — exclamó Sandokan, que comprendió que había sido descubierto, y que se disponía a vender cara la vida—. ¡No soy un asesino; soy un justiciero!

—¡No quiero oír una palabra más! ¡Salga usted de mi casa!

—Está bien! — contestó Sandokan. Echó una larga mirada sobre su amor, que había caído en el suelo medio desvanecida, e hizo un movimiento como para precipitarse en su socorro: se refrenó, sin embargo, y con raso lento, la mano en la empuñadura del *kriss*, alta la cabeza, fiera la mirada, salió del saloncito y descendió la escalera, ahogando con un poderoso esfuerzo los latidos furiosos de su corazón y la emoción profunda que le dominaba.

En cuanto llegó al parque se detuvo y desnudó el *kriss*, cuya hoja brilló a los rayos de la luna.

A trescientos pasos se extendía una fila de soldados que con la carabina en la mano estaban dispuestos a hacer fuego sobre él.

CAPITULO X

LA CAZA DEL PIRATA

En otros tiempos Sandokan, aun cuando se viera, si desarmado, frente a un enemigo cincuenta veces más poderoso, no había dudado un instante en arrojarse sobre las puntas de las bayonetas para abrirse paso; pero a la sazón, que amaba, que sabía que era correspondido y que quizás le seguía con la vista, llena de ansiedad, aquella divina criatura, no quiso cometer una locura que pudiera costarle la piel él, y a ella, derramar Dios sabe qué raudales de lágrimas.

Sin embargo, era preciso abrirse paso para ganar el bosque y luego el mar, su único asilo seguro.

—¡Volvámonos —dijo—; y ya veremos qué hago!

Volvió a subir la escalera sin que le hubiesen visto los soldados, y entró de nuevo en el saloncito con el *kriss* en la mano.

Todavía estaba allí el lord, cejijunto y cruzado de brazos: la joven había desaparecido.

—Señor —dijo Sandokan acercándosele—; si yo hubiese dado a usted hospitalidad, si le hubiera llamado amigo y hubiese descubierto después que usted era un enemigo mío, le habría indicado la puerta; pero no le hubiese tendido una cobarde emboscada.

—¡Ahí abajo, en el camino que debo recorrer, hay cincuenta, cien hombres quizás, dispuestos a fusilarme: mande usted que se retiren y que me dejen el paso libre.

—¡Es decir, que el invencible *Tigre* tiene miedo? —preguntó el lord con fría ironía.

—¡Miedo yo! Ciertamente que no, milord; pero aquí no se trata de combatir, sino de asesinar a un hombre.

—¡Eso no me importa! ¡Salga usted; no deshonre más mi casa, o por los dioses!...

—¡Milord, no amenace usted; porque si no, el *Tigre* sería capaz de morder la mano que le ha curado!

—¡Salga usted, le digo!

—Primero, mande retirarse a esos hombres.

—¡Entonces, nos veremos los dos, *Tigre de la Malasia*! —gritó el lord desenvainando el sable y cerrando la puerta.

—¡Ah! ¡Ya sabía que había usted intentado asesinarme a traición! —dijo Sandokan—. ¡Vamos, lord; ábrame paso, o me arrojo sobre usted!

En lugar de obedecer, el lord descolgó una trompa de caza y lanzó una aguda nota.

—¡Tridor! —gritó Sandokan, que sentía hervir la sangre en sus venas.

—¡Ya es tiempo, desgraciado, de que caigas en nuestras manos! —dijo el lord—. ¡Dentro de unos cuantos minutos estarán aquí los soldados, y a las veinticuatro horas te ahorcarán!

Sandokan lanzó un sordo rugido.

De un salto se apoderó de una silla, y se lanzó sobre la mesa que estaba en medio de la habitación.

Daba miedo, se le habían contraído las facciones con el furor, sus ojos despedían llamas, y una sonrisa feroz vagaba en sus labios.

En aquel instante resonó fuera otra nota de trompa, y en el corredor, una voz, la de Mariana que gritaba desesperadamente:

—¡Sandokan, huye!

—¡Sangre! Veo sangre! —bramó el pirata.

Levantó la silla y la arrojó con irresistible fuerza contra el lord, que al recibir el golpe en mitad del pecho cayó al suelo pesadamente.

Rápido como el rayo, Sandokan se le fué encima con el *kriss* en alto.

—¡Mátame, asesino! —gritó el inglés.

—¡Acuérdese usted de lo que le dije cierto día! —dijo el pirata—. Le respeto; pero es preciso que le reduzca a la impotencia.

Así diciendo, con una destreza extraordinaria le volvió y le ató fuer-

temente brazos y piernas con su propia faja. En seguida le quitó el sable y se lanzó al corredor gritando:

—¡Aquí estoy, Mariana!

La joven lady se precipitó en sus brazos, y llevándole a su habitación, le dijo llorando:

—¡Sandokan, he visto soldados! ¡Ah, Dios mío; estás perdido!

—¡Todavía no! —repuso el pirata—. ¡Ya verás cómo escapo de los soldados!

La cogió de un brazo, y llevándola hacia una ventana la contempló durante algunos instantes a la luz de la luna.

—¡Mariana —dijo—, júrame que serás mi esposa!

—¡Te lo juro por la memoria de mi madre! —contestó la jovencita.

—¿Me esperarás?

—¡Sí; te lo prometo!

—¡Está bien! Voy a escapar; pero dentro de una semana, o a lo más dos, volveré a buscarte a la cabeza de mis valientes tigrecitos.

—¡Ahora vosotros, perros ingleses! —exclamó enderezando su elevada estatura—. ¡Yo me bato por la *Perla de Labuán*!

Se puso a horcajadas en el alféizar de la ventana, y saltó en medio de una espesa cortina de trepadoras que le ocultaban por completo.

Los soldados, en número de unos cincuenta o sesenta, habían rodeado el parque y avanzaban lentamente hacia el palacete, con los fusiles preparados para hacer fuego.

Sandokan, que seguía emboscado como un tigre, el sable en la diestra y el *kriss* en la siniestra, no respiraba ni se movía: se había recogido sobre sí mismo, dispuesto a romper el cerco con una acometida terrible.

El único movimiento que hacía era el de levantar la cabeza hacia la ventana en la cual sabía que su querida Mariana, llena de angustia, estaba pendiente del éxito de aquella lucha suprema.

Muy pronto se encontraron los soldados a muy pocos pasos del lugar donde permanecía oculto. Llegados que fueron aquel sitio se detuvieron indecisos, sin saber qué hacer e inquietos por lo que podría ocurrir.

—¡Despacio, jovencito! —dijo un cabo de escuadra—. ¡Espremos antes de seguir avanzando!

—¿Teme usted que se haya emboscado el pirata? —preguntó un soldado.

—Más bien temo que haya matado a todos los habitantes de la casa, porque no se oye ruido alguno.

—¿Habrás sido capaz de hacer eso?

—¡Es un bribón capaz de todo! —contestó el cabo—. ¡Cómo me alegraría verle bailar en la punta de un penol con un metro de cuerda al cuello!

Sandokan, que no perdía una sola palabra, lanzó un sordo bramido, y miró al caporal con los ojos inyectados de sangre.

—¡Espera un momento! —murmuró apretando los dientes—. ¡El primero que caiga vas a ser tú!

En aquel momento se oyó la trompa del lord, que resonaba en el palacete.

—¡Adelante! —mandó el cabo—. ¡El pirata está por los alrededores de la casa!

Los soldados se acercaron con lentitud, echando miradas inquietas a

todas partes. Sandokan midió de una ojeada la distancia, se enderezó sobre las rodillas y de un salto cayó sobre los enemigos.

Partir el cráneo al caporal y desaparecer en medio de la espesura inmediata fué cosa de un solo instante.

Los soldados, sorprendidos por tanta audacia, aterrados con la muerte de su caporal, no pensaron en hacer fuego en seguida. Aquella breve vacilación le bastó a Sandokan para llegar a la empalizada, saltarla de un solo brinco y desaparecer del otro lado.

En seguida estallaron gritos de furor, acompañados de varias descargas de fusilería. Todos, oficiales y soldados, se lanzaron como un solo hombre fuera del parque, dispersándose en distintas direcciones y disparando tiros a diestro y siniestro, con la esperanza de coger al fugitivo; pero era ya demasiado tarde. Sandokan, escapado milagrosamente de aquel cerco de armas, galopaba como un caballo, internándose en la floresta que envolvía la residencia de lord James.

Ya libre en la espesura, en la cual sobraban medios para desplegar mil astucias y esconderse donde mejor le pareciera, no temía a sus enemigos. ¿Qué le importaba que fueran en su persecución, que le cercasen, cuando ya tenía espacio por delante y sentía llegar hasta sus oídos una voz que le murmuraba sin cesar: "¡Huye, que yo te amo!"

—¡Que vengan a buscarme aquí, en medio de la salvaje Naturaleza! —decía mientras corría—. ¡Encontrarán libre al *Tigre*, dispuesto a todo!

»¡Que surquen las aguas de la isla sus cruceros humeantes; que lancen sus soldados a través de los bosques; que llamen en su ayuda a los vecinos de Victoria! ¡Lo mismo he de pasar por entre sus bayonetas y sus cañones! ¡Pero pronto volveré, mujer celestial; yo te lo juro! ¡Volveré a la cabeza de mis valientes, no como vencido, sino como vencedor, y te arrancaré para siempre de estos lugares execrados!

A cada momento que pasaba los gritos de los que le perseguían y los tiros se oían más lejos, hasta que se apagaron completamente.

Para recobrar el aliento se detuvo un instante al pie de un árbol gigantesco; allí pensó en el camino que debía escoger a través de aquellos millares de árboles y plantas.

La noche era clara, pues brillaba la luna en un cielo sin nubes, esparciendo por los claros de la floresta sus azulados rayos de vaporosa transparencia.

—¡Veamos! —dijo el pirata orientándose con las estrellas—. A mis espaldas tengo los ingleses: delante, hacia el Oeste, está el mar. Si yo tomo en seguida esta dirección, puedo encontrarme con algún grupo de soldados, pues deben suponer que trato de ir hacia la costa mas próxima. Lo mejor es desviarse de la línea recta y no seguir el rumbo del Sur; despues me dirigiré hacia el mar, a gran distancia de aquí. ¡Adelante, con los ojos y los oídos despiertos!

Concentró todas sus fuerzas, volvió la espalda a la costa, que no debía de estar muy lejos, y fue internándose de nuevo en la espesura, abriéndose paso con mil precauciones entre la maleza, escalando troncos de árboles caídos por decrepitud o rotos por el rayo; trepando cuando veía delante de sí una barrera de vegetales bastante tupida para impedir el paso aun a los mismos monos.

Así continuó marchando durante tres horas seguidas, deteniéndose cuando algún pájaro, espantado por su presencia, echaba a volar, o cuan-

do huía rugiendo alguna alimaña salvaje, hasta que se encontró con un torrente de agua negra.

Sin vacilar entró en él; lo remontó unos cincuenta metros, aplastando a su paso millares de gusanos, y llegado que hubo ante la rama de un gran árbol que pendía en aquel sitio, se agarró a ella y se encaramó.

—¡Con esto basta para hacer perder mi pista incluso a los perros! — dijo—. Ahora puedo darme algún reposo sin temor de que me descubran.

Habría transcurrido media hora cuando se produjo a corta distancia un ligerísimo ruido que a todo oído menos fino que el suyo se le hubiera escapado.

Apartó un poco las hojas, y conteniendo la respiración dirigió la vista hacia lo más sombrío del bosque.

Mirando con cuidado a todas partes avanzaban con precaución dos hombres. Sandokan reconoció en ellos a dos soldados.

—¡El enemigo! — murmuró—. ¿Me he extraviado, o han venido siguiéndome tan de cerca?

Los dos soldados, que, a lo que parecía, buscaban las pisadas del pirata, recorrieron algunos metros y se detuvieron casi debajo del árbol que servía de refugio a Sandokan.

—¿Sabes, John — dijo con voz temblorosa uno de ellos—, que me da miedo esta obscurísima espesura?

—Y a mí también, James —contestó el otro—. El hombre que buscamos es peor que un tigre, capaz de caer de improviso encima de nosotros y de aplastarnos a los dos. ¿Has visto cómo mató en el parque a nuestro compañero?

—¡No lo olvidaré jamás, John! No parecía un hombre, sino un gigante dispuesto a hacernos tajaditas a todos. ¿Crees que llegaremos a prenderle?

—Tengo mis dudas, a pesar de que el baronet William Rosenthal ha ofrecido cincuenta buenas esterlinas por su cabeza. Mientras todos corriamos hacia el Oeste para impedirle que pudiera embarcarse en algún parao, quizás él esté corriendo hacia el Norte o hacia el Sur.

—Pero mañana o pasado, lo más tarde, saldrá algún crucero y le impedirá huir.

—Tienes razón, amigo. Y nosotros, ¿qué hacemos?

—Primero vamos a la costa y después ya se pensará en lo que hay que hacer.

—¿Esperamos al sargento Willis, que viene ahí cerca?

—Es mejor esperarle en la costa.

—Me parece que se escapará el pirata. Vámonos: por ahora, sigamos nuestro camino.

Los dos soldados lanzaron un último vistazo en derredor y volvieron a seguir su ruta hacia el Oeste, desapareciendo entre las sombras.

Sandokan, que no había perdido una sílaba del diálogo, esperó como cosa de media hora, y después se dejó escurrir a tierra nuevamente.

—¡Está bien! ¿Todos me siguen hacia el Oeste? Pues marcharé siempre hacia el Sur, donde ya sé que no he de encontrar enemigos. Sin embargo el sargento Willis debe venir pisándome los talones.

Emprendió de nuevo su marcha silenciosa en dirección del Sur, volvió a atravesar el torrente y comenzó a abrirse paso a través de una espesa cortina de plantas. Iba a rodear el tronco de un gran árbol de al-

canfor que tenía delante, cuando una voz imperiosa y amenazadora le gritó:

—¡Si das un paso o haces un movimiento, te mato como a un perro!

CAPITULO XI

GIRO-BATOL

Sin mostrar susto alguno por tan brusca intimación, que podía costarle la vida, el pirata se volvió lentamente empujando el sable y dispuesto a servirse de él.

A seis pasos de distancia un hombre, sin duda un soldado, y, sin duda también, el sargento Willis, mencionado poco antes por los dos sabuesos, se levantó de entre un matorral y le apuntaba fríamente, resuelto, según todas las trazas; a poner por obra su amenaza.

Sandokan le miró con tranquilidad, pero con ojos que despedían extraña luz, y soltó una carcajada.

—¿De qué te ríes? —preguntó el sargento, desconcertado y lleno de asombro—. ¡Me parece que este no es el momento para reír!

—¡Me río porque me parece raro que te atrevas a amenazarme de muerte! —contestó Sandokan—. ¿Sabes quién soy?

—El jefe de los piratas de Mompracem.

—¿Estás seguro? —preguntó Sandokan, cuya voz silbaba de un modo terrible.

—¡Oh! Apostaría la paga de una semana contra un penique a que no me equivoco.

—Efectivamente, yo soy el *Tigre de la Malasia*.

—¡Ah!...

Los dos hombres, Sandokan mofándose, amenazador, seguro de sí mismo, y el otro espantado, de encontrarse solo ante aquel hombre, cuyo valor era legendario, y decidido a no retroceder, se miraron en silencio durante algunos minutos.

—¡Vamos, Willis: ven a prenderme! —dijo Sandokan.

—¡Willis! —exclamó el soldado, poseído de un terror supersticioso—. ¿Cómo sabe usted mi nombre?

—Un hombre escapado del Infierno no puede ignorar nada —dijo el *Tigre* burlonamente.

—¡Me da usted miedo!

—¡Miedo! —exclamó Sandokan—. Willis, ¿sabes que veo sangre?

El soldado, que había bajado el fusil, sorprendido, espantado, no sabiendo si estaba delante de un hombre o de un demonio, retrocedió vivamente procurando apuntarle; pero Sandokan, que no le perdía de vista, se le fué encima como un relámpago y le derribó en tierra.

—¡Perdón! ¡Perdón! —balbuceó el pobre sargento, que vió sobre sí la punta del sable.

—¡Te perdono la vida! —dijo Sandokan.

—¿Puedo creerle?

—El *Tigre de la Malasia* no promete en vano. Levántate y escúchame.

El sargento se enderezó todo tembloroso, mirando a Sandokan con ojos asustados.

—¡Diga usted!

—He dicho que te perdono la vida; pero debes contestar a las preguntas que voy a hacerte.

—¡Diga usted! — repitió.

—¿Hacia dónde creen que voy huyendo?

—Hacia la costa occidental.

—¿Cuántos hombres hay en mi persecución?

—No puedo decirlo; sería una traición.

—Es verdad, no te reconvengo por eso; al contrario, te estimo.

El sargento le miró asombrado.

—¿Qué clase de hombre es usted? — le preguntó—. Le creía un miserable asesino y ahora veo que todos se equivocan.

—¡Eso no me importa! Quitate el uniforme.

—¿Qué quiere usted hacer?

—Me servirá para huir, y nada más. ¿Son soldados indios los que me persiguen?

—Sí; son cipayos.

—Está bien. Desnúdate, y no hagas resistencia si quieres que quedemos como buenos amigos.

El soldado obedeció.

Sandokan se puso el uniforme, se cñó la bayoneta y la cartuchera, se colocó el casco de corcho y se cruzó la carabina.

—Ahora déjate atar —le dijo al soldado.

—¿Usted quiere que me devoren los tigres?

—¡Bah! ¡Los tigres no son tan abundantes como se cree! Además, es preciso que tome mis medidas para impedirte que me hagas traición.

Cogió al soldado, que no se atrevía a oponer resistencia; le ató a un árbol con una sólida cuerda que el mismo soldado llevaba, y en seguida se alejó rápidamente y sin volver la cabeza.

—¡Apresurémonos! —dijo—. ¡Es preciso que esta noche llegue a la costa y que me embarque; si no, mañana será demasiado tarde! Puede ser que con el traje que llevo me sea fácil huir de mis perseguidores y tomar puesto en cualquiera embarcación que vaya directamente a las Romades. Desde allí iré a Mompracem, y entonces... ¡Ah, Mariana, pronto volverás a verme!

Este nombre, invocado por instinto, obscureció su frente; sus facciones se contrajeron de dolor. Se llevó la mano al corazón y suspiró.

—¡Silencio! ¡Silencio! —murmuró con voz sombría—. ¡Pobre Mariana! ¡Quién sabe las ansias que agitarán su alma en estos momentos! ¡Quizá crea que estoy vencido, herido, encadenado como una bestia feroz; quizá muerto!

—¡Daría gota a gota toda mi sangre por volver a verla un segundo, para decirle que todavía vivo y que volveré!

—¡Vamos; ánimo, que falta me hace! Esta noche debo alejarme de estos lugares inhospitalarios llevando conmigo su juramento, y volver a mi isla salvaje.

—Y después, ¿qué haré? ¿Daré un adiós a mi vida de aventurero, a mi isla, a mis piratas, a mi mar? ¡He jurado todo esto, y todo lo haré por aquella divina criatura, que ha sabido encadenar el corazón inaccesible del *Tigre de la Malasia*!

—¡Silencio: no la nombremos más, o me volveré loco! ¡Adelante; sigamos adelante!"

Volvió a ponerse en camino con paso más rápido, oprimiéndose con

fuerza el pecho cual si quisiera ahogar los tumultuosos latidos de su corazón.

Estuvo andando toda la noche, atravesando ya grupos de árboles gigantes, ya pequeñas florestas, ya praderías que regaban ricos y abundantes torrentes, y orientándose por las estrellas.

Al salir el sol se detuvo cerca de un grupo de *duriones* colosales para descansar un poco, y también para ver si estaba libre el camino.

Iba a ocultarse entre unas lianas cuando oyó una voz que le gritaba:

—¡Ohé, camarada! ¿Qué buscas ahí dentro? ¡Ten cuidado no se esconda algún pirata, que son bastante más terribles que los tigres de tu país!

Sin sorprenderse, seguro de que no tenía nada que temer con el traje que vestía, Sandokan se volvió tranquilamente, y vio dos soldados tendidos a alguna distancia bajo la fresca sombra de una *areca*. Mirándolos con atención, se le figuró que reconocía en ellos a los que iban precediendo al sargento Willis.

—¿Qué es lo que hacéis aquí? —preguntó Sandokan con acento gutural y mascullando el inglés.

—Estamos descansando un rato —respondió uno de ellos—. Hemos estado de caza toda la noche, y no podemos más.

—¿También vosotros buscabais al pirata?

—Sí; y puedo decir a usted que hemos descubierto sus pisadas.

—¡Oh! —dijo Sandokan fingiendo asombro—. ¿Y dónde las habéis encontrado?

—En el bosque que acabamos de atravesar ahora.

—¿Y habéis vuelto a perderlas?

—No nos ha sido posible volver a encontrarlas —dijo con rabia el soldado.

—¿En qué dirección estaban?

—Hacia el mar.

—Entonces, estamos perfectamente de acuerdo.

—¿Qué quiere decir con eso, sargento? —preguntaron ambos soldados, poniéndose en pie de un brinco.

—Que Willis y yo...

—¡Willis! ¿Le ha encontrado usted?

—Sí; le he dejado hace dos horas.

—Continúe usted, sargento.

—Quería decir que Willis y yo las hemos encontrado en las cercanías de la colina roja. El pirata procura llegar a la costa septentrional de la isla; no hay medio de equivocarse.

—Entonces, nosotros hemos seguido una pista falsa!

—No, amigos míos —dijo Sandokan—; lo que hay es que el pirata os la ha pegado hábilmente.

—¿De qué modo? —preguntaron a un tiempo los dos.

—Volviendo a subir hacia el Norte a lo largo de un torrente. El muy tuno dejó huellas en los bosques, fingiendo que huía hacia el Este; pero en seguida retrocedió.

—¿Y qué es lo que debemos hacer ahora?

—¿Dónde están vuestros compañeros?

—Están batiendo la floresta a dos millas de aquí, en dirección al Este.

—Volved inmediatamente, atrás, y dadles la orden de que sin pérdida de tiempo marchen hacia las playas septentrionales de la isla.

"Apresuraos; el lord ha prometido un grado y cien libras esterlinas al que descubra al pirata."

No era preciso más para poner alas en los talones de los soldados. Cogieron precipitadamente los fusiles, metieron en los bolsillos las pipas que estaban fumando, y después de saludar a Sandokan se alejaron rápidamente, desapareciendo bajo los árboles.

El *Tigre de la Malasia* los siguió con la mirada hasta perderlos de vista, y en seguida volvió a ocultarse en medio de las matas, murmurando:

—¡Hasta que me desembaracen el camino puedo echar una siesta de algunas horas! ¡Después ya veré qué es lo que debo hacer!

Bebió algunos sorbos de *whiskey*, pues el frasco de Willis estaba lleno, comió algunos plátanos cogidos en el bosque, apoyó la cabeza en un haz de hierba y se quedó profundamente dormido, sin preocuparse de sus enemigos.

—¿Cuánto tiempo durmió? No más de tres o cuatro horas, pues cuando volvió a abrir los ojos todavía el sol estaba muy alto. Iba a levantarse para ponerse de nuevo en marcha cuando resonó un tiro disparado a corta distancia y seguido del galope de un caballo.

—¿Me habrán descubierto? —murmuró Sandokan dejándose caer otra vez en medio de la maleza.

Montó la carabina, apartó con precaución las hojas y miró.

Al principio no pudo ver nada; pero seguía oyendo el galopar, que se acercaba rápidamente.

—Quizás sea —pensó— algún cazador que siga el rastro de una babirusa.

Pero bien pronto hubo de desengañarse. Se cazaba a un hombre

Efectivamente, un momento después un indigena o un malayo, a juzgar por el color de la epidermis, atravesaba corriendo la pradera, procurando alcanzar un espeso grupo de plátanos.

Era un hombre bajo, membrudo; iba casi en cueros, pues no llevaba más que unos calzones rotos y un sombrero de fibras de *rotang*; pero en la diestra esgrimía un palo nudoso, y en la izquierda, un *kriss* de hoja ondulada.

Su carrera fué tan rápida, que le faltó tiempo a Sandokan para verle mejor.

Sin embargo, le vió ocultarse dando un último salto en medio de los plátanos, y desaparecer bajo las gigantescas hojas.

—¿Quién será ése? —se preguntó Sandokan estupefacto—. Un malayo; eso es seguro.

De pronto le cruzó por la imaginación una sospecha.

—¿Si será uno de mis hombres? —se preguntó—. ¿Habrá embarcado Yáñez a alguno para que venga a buscarme? Porque Yáñez no ignoraba que yo venía a Labuán.

Iba a salir de entre las matas para ver si encontraba al fugitivo, cuando apareció un hombre a caballo en los linderos del bosque.

Era un soldado de caballería del regimiento de Bengala.

Parecía furioso, porque blasfemaba y maltrataba al animal, espoleándolo y atormentándolo con saltos violentos.

A cincuenta pasos del grupo de los plátanos, saltó ágilmente a tierra, ató el caballo a una raíz que se elevaba como un asa gigantesca, montó el fusil y escudriñó con insistencia los árboles vecinos.

—¡Por todos los truenos del Universo! —exclamó—. ¡No se habrá metido bajo tierra! ¡En alguna parte debe estar escondido; y yo le aseguro que no se escapa por segunda vez sin un balazo!

"Sé muy bien lo que tengo que hacer con el *Tigre de la Malasia*, porque John Gibbis no teme a nadie.

"¡Si este condenado caballo no fuese tan pesado no estaría vivo a estas horas ese pirata!"

El soldado de caballería desenvainó el sable y se metió entre un grupo de *arecas*, apartando prudentemente las ramas.

Aquellos árboles lindaban con los plátanos; pero así y todo era muy difícil que llegase a descubrir al fugitivo. Este se había alejado a través de las lianas y de las raíces, encontrando al cabo un escondrijo que le ponía a cubierto de toda pesquisa.

Sandokan, que no abandonaba la maleza, había procurado en vano averiguar dónde se había escondido el malayo. Por más que hacía, alargando el cuello y mirando por debajo de las hojas, no lograba verlo por ninguna parte.

Naturalmente, se guardó muy bien de poner al soldado en la pista deseada, temiendo traicionar a aquel pobre indígena, al cual iban persiguiendo por equivocación.

—¡Procuremos salvarle! —murmuró—. Puede ser alguno de mis hombres o un explorador enviado por Yáñez.

"Es preciso que se dirija a otro sitio ese soldado, o, de lo contrario, va a concluir por encontrarle."

Iba a internarse, cuando vio que a pocos pasos de distancia se agitaban unos grandes festones de lianas.

Volvió con rapidez la cabeza hacia allí, y vio aparecer al malayo. El pobre hombre, con el miedo de que pudieran sorprenderle, trepaba por aquellas cuerdas vegetales con objeto de encaramarse en la copa de un mango, entre cuyas espesísimas hojas tendría un magnífico refugio.

—¡Tunante! —murmuró.

Estuvo esperando a que alcanzase las ramas y que se volviera. Apenas le vio la cara, estuvo a punto de lanzar un grito de alegría y asombro.

—¡Giro-Batol! —exclamó—. ¡Ah, mi valiente malayo! ¿Cómo es que está vivo y aquí? Porque yo me acuerdo de haberle dejado en el parao hundido, muerto o moribundo. ¡Qué fortuna! ¡Diablo; éste debe tener el alma bien clavada en el cuerpo! ¡Vamos a salvarlo!

Montó la carabina, dió la vuelta al grupo de árboles y apareció de improviso en la linde del bosque, gritando:

—¡Eh, amigo! ¿Qué busca usted con tanto empeño? ¿Ha herido usted a alguna babirusa?

Al oír aquellas voces, el soldado de caballería saltó ágilmente fuera de la maleza con el fusil en disposición de apuntar, y en seguida dijo asombrado:

—¡To! ¡Un sargento!

—¿De qué se sorprende el amigo?

—¿Por dónde ha desembocado usted?

—Por el bosque. He oído un tiro, y me apresuré a venir para ver qué ocurría. ¿Ha disparado usted contra alguna babirusa?

—¡Sí, sí; contra una babirusa más peligrosa que un tigre! —dijo el de caballería con mal encubierta cólera.

—Entonces. ¿Qué clase de animal era?

—¿No busca usted también a alguien? —preguntó el soldado.

—Sí.

—Al *Tigre de la Malasia*; ¿verdad, sargento?

—Precisamente.

- ¿Ha visto usted al pirata?
—No; pero he descubierto sus pisadas.
—Pues yo, sargento, he encontrado al pirata en persona.
—¡Es imposible!
—He hecho fuego contra él.
—¿Y no le hirió usted?
—Le fallé como si fuera un cazador novel.
—¿Y dónde se ha escondido?
—Temo que ya esté muy lejos. Le vi atravesar la pradera y esconderse entre estos árboles.
—Entonces, ya no vuelve usted a encontrarle.
—¡Eso me temo! Ese hombre es más ágil que un mono y más terrible que un tigre.
—Y muy capaz de enviarnos al otro mundo.
—Lo sé, sargento. Si no fuera por esas cien libras esterlinas prometidas por lord Guillonk, con las cuales cuento para fundar una factoría el día que me licencie, no me hubiera atrevido a perseguirle.
—Y ahora, ¿qué es lo que va usted a hacer?
—No lo sé. Creo que rebuscando en esta espesura perderé el tiempo inútilmente.
—¿Quiere usted que le dé un consejo?
—¡Diga, sargento!
—Vuelva usted a montar a caballo y dé la vuelta al bosque.
—¿Quiere usted venir conmigo? Los dos nos animaremos más.
—No, camarada.
—¿Por qué, sargento?
—¿Desea usted que huya el pirata?
—Explíquese.
—Si los dos le perseguimos por un mismo sitio, el *Tigre* huirá por el contrario. Usted dé la vuelta al bosque, y déjeme a mí el cuidado de registrar la espesura.
—Acepto; pero con una condición.
—¿Cuál?
—Que si tenemos la suerte de tumbar al *Tigre*, dividiremos el premio.
—Perfectamente —contestó Sandokan sonriendo.
El soldado envainó el sable, montó a caballo, colocándose delante el fusil amartillado, y saludó al sargento diciéndole:
—Nos encontraremos en el lado opuesto de la floresta.
—¡Mucho tienes que esperar! —murmuró Sandokan.
Esperó a que el soldado hubiese desaparecido entre los árboles, y en seguida se acercó al en que estaba escondido su malayo, diciendo:
—¡Baja, Giro-Batol!
No había terminado de decirlo, cuando ya el malayo caía a sus pies, gritando con voz ahogada.
—¡Ah, mi capitán!
—Estás sorprendido de verme vivo todavía, ¿verdad, mi valiente?
—Puede usted creer —dijo el malayo con lágrimas en los ojos— que no pensaba volver a verle, pues para mí era seguro que le habían matado los ingleses.
—¡Matar! ¡No tienen hierro bastante los ingleses para herir en el corazón al *Tigre de la Malasia*! —contestó Sandokan—. Me hirieron gravemente, es verdad; pero, como ves, estoy curado y dispuesto a comenzar la lucha de nuevo.
—¿Y todos los demás?

—¡Duermen en los abismos del océano! —contestó Sandokan con un suspiro—. ¡Los valientes que conduje al abordaje del maldito barco cayeron todos bajo los golpes de los leopardos!

—Pero nosotros los vengaremos; ¿verdad, capitán?

—¡Sí, y muy pronto! Pero dime en seguida ¿a qué afortunada circunstancia debo el encontrarte vivo? Recuerdo haberte visto caer moribundo a bordo de tu parao durante la primera lucha.

—Cierto, capitán. Un casco de metralla me hirió en la cabeza; pero no me mató. Cuando volví en mí, el pobre parao, que usted había abandonado a las olas acribillado de balas, estaba a punto de hundirse.

"Me agarré a unos tablones y procuré dirigirme hacia la costa. Durante algunas horas anduve errante sobre el mar, hasta que perdí el sentido.

"Cuando lo recobré me vi en la cabaña de un indígena. Aquel buen hombre me había recogido a quince millas de la playa, embarcado en su canoa y transportado a tierra.

"Me curó con gran cariño, hasta que estuve completamente restablecido."

—Y ahora, ¿hacia dónde huías?

—Me dirigía a la costa para echar al agua una canoa que yo mismo he construido; pero en el camino me acometió ese soldado.

—¡Oh! ¿Es decir, que posees una canoa?

—Sí, mi capitán.

—¿Querías volver a Mompracem?

—Esta misma noche.

—Nos iremos juntos, Giro-Batol.

—¿Cuándo?

—Esta tarde nos embarcaremos.

—¿Quiere usted venir a mi cabaña a descansar un rato?

—¡Oh! ¿También tienes una cabaña?

—Es una choza que me cedió el indígena.

—¡Vámonos en seguida! No puedes permanecer aquí sin correr el peligro de que te sorprenda ese que te persigue.

—¿Volverá? —preguntó algo sobresaltado.

—Seguramente.

—¡Capitán, huyamos!

—¡No hay prisa! Como ves, me he convertido en sargento del regimiento de infantería de Bengala, y, por lo tanto, puedo protegerte.

—¿Habrá desnudado usted a algún soldado, de seguro?

—Sí, Giro-Batol.

—¿Algún golpe maestro?

—¡Silencio! En marcha, o se nos vendrá encima el de caballería. ¿Está muy lejos tu cabaña?

—Dentro de un cuarto de hora estaremos en ella.

—Pues vamos a descansar un rato, y después pensaremos en el modo de hacernos a la mar.

Ambos piratas salieron de la espesura después de haberse cerciorado de que no había nadie en las cercanías, y atravesaron corriendo las márgenes del segundo bosque.

Iban a internarse entre los grandes árboles, cuando a los oídos de Sandokan llegó el rumor de un furioso galope.

—¡Todavía ese melma! —exclamó—. ¡Pronto, Giro-Batol; ocúltate en medio de esa maleza!

—¡Ohé, sargento! —gritó el soldado de caballería, que parecía fu-

rioso—. ¿Es así como me ayuda usted a prender a ese tunante de pirata? ¡Mientras yo reventaba mi caballo, usted no se ha movido!

El soldado espoleaba su corcel, haciéndole volar y relinchar de dolor.

Atravesó la pradera y se detuvo cerca de un grupo de árboles aislados.

Sandokan se volvió hacia él, y le contestó con indiferencia:

—Como he vuelto a encontrar las huellas del pirata, he creído inútil seguirle a través de la floresta. Además, le esperaba a usted.

—¿Ha descubierto usted su pista? ¡Voto a mil demonios! Pero ¿cuántas pisadas ha dejado ese bribón? ¡Yo creo que se ha divertido engañándonos!

—Eso mismo supongo yo.

—¿Quién se las ha descubierto a usted?

—Las he encontrado yo.

—¡Vamos, sargento! —exclamó con ironía el soldado.

—¿Qué quiere usted decir con eso? —preguntó Sandokan, arrugando el entrecejo.

—Que alguien se las ha indicado a usted.

—¿Quién había de ser?

—He visto un negro cerca de usted.

—Le hallé casualmente, y me ha acompañado.

—¿Está usted seguro de que era un isleño?

—No soy ciego, amigo.

—¿Y a dónde se ha ido ese negro?

Se ha ido internando en el bosque. Iba siguiendo la pista de una babirusa.

—Ha hecho usted mal en dejarle marchar. Podría darnos indicaciones preciosas para que pudiéramos ganar todavía las cien esterlinas.

—¡Hum! ¡Yo ya comienzo a temer que se hayan evaporado, camarada! Por mi parte, renuncio, y me vuelvo a la quinta de lord Guillonk...

—Yo no tengo miedo, sargento.

—¿Eh, camarada?

—Y seguiré persiguiendo al pirata.

—Como a usted le parezca.

—¡Buen regreso! —gritó el de caballería con cierto retintín irónico.

El soldado, que ya estaba lejos, seguía espoleando a su cabalgadura, dirigiéndose otra vez al bosque que acababa de atravesar.

—¡Vámonos! —dijo Sandokan así que le perdió de vista—. ¡Si vuelve de nuevo, le saludo con un buen tiro!

Se acercó al escondrijo de Giro-Batol, y ambos se pusieron en marcha internándose en la floresta.

Atravesaron otro claro y se metieron en medio de espesísimas plantas, abriéndose paso con mucha fatiga por entre un laberinto del *cálamus* y de *rotangs*, que se entretaban de mil modos, formando una verdadera red con las raíces que serpenteaban por el suelo en múltiples direcciones.

De este modo caminaron durante un buen cuarto de hora, atravesando multitud de torrentes, en cuyas orillas se veían impresas las huellas del paso de algunas personas. En seguida llegaron a un trozo de bosque espesísimo; tan tupido era, que apenas penetraba la luz del astro diurno a través de la bóveda de hojas y ramas.

Giro-Batol se detuvo un momento para escuchar y después dijo, volviéndose a Sandokan:

—Mi cabaña está allí, en medio de aquellas plantas.

—¡Un asilo seguro! —contestó el *Tigre de la Malasia*, sonriendo—. ¡Admiro tu prudencia!

—Venga usted, mi capitán. Puede creermelo; nadie vendrá a molestarnos.

CAPITULO XII

LA CABAÑA DE GIRO-BATOL

La cabaña de Giro-Batol se elevaba precisamente en medio de aquel espesísimo trozo de bosque, entre dos colosales *pombos*, que con la enorme masa de sus hojas la defendían por completo de los ardores del sol.

Era una choza más bien que una vivienda, capaz apenas para dar asilo a una pareja de salvajes, baja, estrecha, con el techo de hojas de plátano sobrepuestas por capas y las paredes de ramas entretrejidas groseramente.

Su única abertura era la puerta; de ventanas no había ni rastro.

El interior no valía más que el exterior. No había más que un lecho de hojas secas, dos cazuelas de arcilla mal cocidas y rotas y dos piedras que servían de fogón.

En cambio, abundaban los víveres; frutas de toda especie y media babirusa de pocos meses suspendida por una pata de la techumbre.

—Mi cabaña, capitán, no vale gran cosa —dijo Giro-Batol; pero aquí puede usted descansar a su gusto sin temor de que vengan a molestarle. Hasta los mismos indígenas de los alrededores ignoran que existe este refugio. Si quiere usted dormir, puedo ofrecerle este lecho de hojas cortadas esta misma mañana; si tiene usted sed, tengo una cazuela llena de agua fresca, y si tiene hambre, frutas y deliciosas costilletas.

—¡No pido más, mi valiente Giro-Batol! —contestó Sandokan—. No esperaba encontrar tantas cosas.

—Concédame usted media hora para poder asarle un trozo de babirusa. Mientras tanto puede usted saquear la despensa. Aquí tiene ananás excelentes, plátanos perfumados, succulentos *pombos*, tan buenos como nunca los ha comido usted, frutos de artocarpio grandísimos y *duriones* que son mejores que crema. Todo está a la disposición de usted.

—¡Gracias, Giro-Batol! Me aprovecharé de todo eso, porque estoy tan hambriento como un tigre que haya ayunado una semana.

—Entretanto, encenderé lumbre.

—¿No se verá el humo?

—¡Oh, no tema usted, capitán! Son tan altos y tan espesos los árboles, que no lo dejan ver.

Sandokan, que tenía mucha hambre, acometió a un repollo de palma y le chupó la sustancia, que es blanca y dulce, y que en el sabor se parece mucho a la almendra. El malayo acumulaba sobre las piedras del hogar una porción de ramas secas, sirviéndose para encenderlas de dos pedazos de bambú hendidos por la mitad.

Es curiosísimo el medio a que recurren los malayos para encender el fuego sin acudir a los fósforos.

Cogen dos bambúes hendidos; en la superficie convexa de uno de ellos hacen una entalladura con el otro pedazo, y sirviéndose de la parte interior, frotan, primero lentamente, y, después, a cada instante con más rapidez. El polvillo desprendido en la frotación se inflama y cae sobre un poco de yesca de fibras de *gomut*.

La operación es fácil y rápida, y no se precisa mucha habilidad. Yo mismo he hecho la experiencia varias veces.

Giro-Batol puso a asar un buen trozo de babirusa ensartada en una vara verde sostenida por dos palos de horquilla clavados en el suelo; en

seguida registró en un montón de hojas y sacó un vaso de barro, el cual exhalaba un perfume poco agradable, pero que hacía dilatar las narices al hijo de las incultas florestas malayas.

—¿Qué es lo que me ofreces, Giro-Batol? —preguntó Sandokan.

—Un plato delicioso, capitán.

Sandokan miró dentro del vaso e hizo una mueca.

—Prefiero las costilletas de babirusa, amigo mío. El *blaciang* no se hizo para mí. Sin embargo, te doy las más expresivas gracias por tu buena intención.

—Lo había reservado para las ocasiones solemnes, mi capitán —dijo mortificado el malayo.

—Ya sabes que no soy malayo como tú. Mientras saqueo tu fruta, come tu famoso plato. En el mar se estropearía.

El malayo no se lo hizo repetir dos veces, y atacó con avaricia a la cazuela, expresando el placer que le producía su contenido.

El *blaciang* es muy apetecido por los malayos, que en lo tocante a los alimentos pueden dar punto y raya a los chinos, el menos escrupuloso de todos los pueblos en ese sentido. No desdennan las serpientes, ni los animales en putrefacción, ni los gusanos en salsa.

Pero el *blaciang* excede a todo lo imaginable. Es una mezcolanza de cangrejos de mar y de pescados pequeños, dejados pudrir al sol y después salados. El olor que despiden tan suculento plato es tal, que no puede resistirse, so pena de ponerse malo.

En tanto que esperaban a que el asado estuviera en su punto, reanudaron la conversación.

—Partiremos esta noche: ¿verdad, capitán? —preguntó Giro-Batol.

—Sí; en cuanto se haya puesto la luna.

—¿Estará libre el camino?

—Eso espero.

—¡Siempre estoy temiendo otro mal encuentro, mi capitán!

—No te preocupes por eso, Giro-Batol. Sobre un sargento no pueden recaer sospechas.

—¿Y si, aun con ese traje, le reconoce a usted alguno?

—Son muy pocas las personas que me conocen, y esas tengo la seguridad de que no hemos de verlas delante de nosotros.

—Entonces habrá hecho usted importantes relaciones.

—Y con personajes de importancia: con barones y condes —dijo Sandokan.

—¿Usted, el *Tigre de la Malasia*? —exclamó Giro-Batol, estupefacto.

En seguida, mirando a Sandokan con cierta vacilación, le preguntó casi con miedo:

—¿Y la muchacha blanca?

El *Tigre de la Malasia* levantó bruscamente la cabeza, fijó en el malayo una mirada que despedía sombríos reflejos y suspirando profundamente, dijo:

—¡Calla, Giro-Batol! ¡Calla! ¡No me traigas a la memoria recuerdos terribles!

Estuvo callado algunos instantes, con la cabeza entre las manos y los ojos fijos en el vacío; después, como si hablara para sí, prosiguió:

—Pronto volveremos a esta isla. El Destino será más poderoso que mi voluntad, y, además... ¿cómo olvidarla, aun en Mompracem mismo, entre mis valientes?

—¿No era bastante la derrota? ¡También tenía que dejar el corazón en esta isla maldita!"

—¿De quién habla usted, mi capitán? —preguntó Giro-Batol en el colmo de la sorpresa.

Sandokan se pasó una mano por los ojos, como si quisiera borrar una visión, y después, sacudiendo la cabeza, dijo:

—¡No me preguntes nada, Giro-Batol!

—Pero volveremos aquí; ¿no es verdad?

—Sí.

—¿Y vengaremos a nuestros compañeros que murieron combatiendo en las costas de esta tierra execrable?

—¡Sí; pero quizás fuese mejor para mí no volver a ver más esta isla!

—¿Qué dice usted, capitán?

—¡Digo que esta isla podría dar un golpe mortal al poderío de Mompracem, y acaso encadenar para siempre al *Tigre de la Malasia*!

—¿A usted, que es tan fuerte, tan tremendo? ¡Oh; no es posible que usted pueda tener miedo a los leopardos ingleses!

—No; a ellos no. Pero ¿quién es capaz de leer en lo por venir? Mis brazos todavía son formidables; pero ¿lo será también el corazón?

—¡El corazón! ¡Capitán: no le entiendo a usted!

—Es mejor que no me entiendas. ¡A la mesa, Giro-Batol! ¡No pensemos en lo pasado!

—¡Me da usted miedo, capitán!

—¡Calla, Giro-Batol! —dijo Sandokan con acento imperioso.

El malayo no se atrevió a continuar. Apartó el asado que despedía un apetitoso olor, lo puso en una ancha hoja de plátano, y se lo ofreció a Sandokan. Hecho esto fué a rebuscar en un ángulo de la choza, y sacó de un agujero una botella medio quebrada, pero cuidadosamente cubierta con un cartucho formado con fibras de *rotang* hábilmente tejidas.

—*Gin*, mi capitán —dijo mirando con ojos ardientes a la botella—. Tuve que trabajar mucho para sacárselo al indígena, y lo reservaba para regodearme con él en el mar. Puede usted beber hasta la última gota.

—¡Gracias, Giro-Batol! —contestó Sandokan con una triste sonrisa—. La beberemos entre los dos.

Sandokan comió en silencio, haciendo menos honor a la comida de lo que esperaba el valiente malayo. Bebió algunos sorbos de *gin*, y fué a tenderse en las frescas hojas, diciendo:

—¡Durmamcs algunas horas! Mientras tanto vendrá la noche, y ya entonces esperaremos a que se ponga la luna.

El malayo cerró cuidadosamente la choza, apagó el fuego, y, vaciada la botella, se tumbó en un rincón, soñando que ya estaba en Mompracem.

En cambio, Sandokan, a pesar de lo rendido que estaba con la caminata de toda la noche, no pudo cerrar los ojos.

No era por el temor de que pudieran sorprenderles los enemigos, pues no había posibilidad de que descubriesen aquella cabafia tan bien escondida a las miradas de todos: era el recuerdo de la joven inglesa, lo que alejaba el sueño de sus ojos.

¿Qué le habría sucedido a Mariana después de los acontecimientos pasados? ¿Qué habría pasado entre ella y lord James? ¿Qué acuerdos habrían tomado el viejo lobo de mar y el baronet William Rosenthal? ¿La encontraría todavía en Labuán cuando volviese? ¿Y la encontraría libre? ¡Qué celos ardían en el corazón del formidable pirata! ¡Y no

poder hacer nada por la mujer querida! ¡Nada; nada más que huir para no caer bajo los golpes de sus odiados adversarios!

—¡Ah! —exclamaba Sandokan debatiéndose en el lecho de hojas—. ¡Daría la mitad de mi sangre por encontrarme todavía al lado de esa muchacha, que ha sabido hacer latir el corazón del *Tigre de la Malasia*!

“¡Pobre Mariana! ¡Quién es capaz de adivinar las angustias que la atormentan en estos instantes! ¡Quizás me crea vencido, herido, muerto, tal vez!

“¡Mis tesoros, mis barcos, mi isla, a cambio de poder decirle que vive todavía el *Tigre de la Malasia* y que no la olvidará nunca!

“¡Vamos, ánimo! Esta noche saldré de esta isla maldita llevándome su promesa; pero volveré, aun cuando tenga que traer conmigo hasta el último de mis hombres y haya que empeñar una lucha desesperada contra todas las fuerzas de Labuán”.

Pensando de este modo, Sandokan esperó a que se pudiese el sol. Así que las tinieblas envolvieron la cabafia y el bosque, despertó a Giro-Batol, que roncaba como un tapir.

—¡Vámonos, malayo! —le dijo—. El cielo está cubierto de nubes, y ya es inútil esperar a que se oculte la luna.

“Ven en seguida, porque se me figura que si tuviese que esperar algunas horas más no te seguiría”.

—¿Y dejaría usted a Mompracem por esta maldecida isla?

—¡Calla, Giro-Batol! —dijo iracundo Sandokan.

—¿Dónde está tu canoa?

—A diez minutos de camino.

—Entonces, ¿está muy cerca del mar?

—Sí, *Tigre de la Malasia*.

—¿Has puesto víveres dentro?

—He pensado en todo, capitán. No falta fruta, ni agua, ni remos, ni vela siquiera.

—¡Partamos!

El malayo cogió un trozo de asado que había puesto aparte se armó con un garrote de nudos y siguió a Sandokan.

—La noche no puede ser más a propósito —dijo mirando al cielo, que estaba cubierto de nubarrones—. Nos haremos a la mar sin que nos descubran.

Atravesaron el trozo del bosque. Giro-Batol se detuvo un momento para escuchar, y tranquilizado por el silencio profundo que reinaba en la floresta, emprendió la marcha dirigiéndose hacia Occidente.

La oscuridad bajo aquellos árboles era total; pero el malayo veía por la noche mejor que los gatos y, además, tenía práctica de tales sitios.

Ya deslizándose entre cien mil raíces que obstruían el camino, ya suspendiéndose entre las espesas redes tejidas por larguísimos *cálamus* y *nepentes* ya remontando troncos colosales, caídos muchos por decrepitud, Giro-Batol seguía siempre avanzando por la tenebrosa floresta, pero sin desviarse jamás.

Sandokan, sombrío, taciturno, le seguía de cerca, imitándole en todas aquellas maniobras.

Aquél hombre que veinte días antes habría dado la mitad de su sangre por poder encontrarse en Mompracem, sentía una pena sin límites por tener que dejar sola e indefensa a la mujer que amaba tan apasionadamente.

Cada paso que daba acercándose al mar le repercutía en medio del

pecho, produciéndole la sensación de una puñalada; y le parecía que la distancia era mayor cada vez, que crecía enormemente de minuto en minuto, poniendo miles de leguas entre él y la *Perla de Labuán*.

Hubo instantes en que se detuvo, indeciso entre volverse y seguir; pero el malayo, a quien se le figuraba que ardía la tierra bajo sus pies, suspirando por el momento de embarcarse, le hacía ver lo peligroso que sería el menor retraso.

Llevarían andando una media hora, cuando Giro-Batol se detuvo de pronto aguzando el oído.

—¿Oye usted ese fragor? —preguntó.

—Le oigo; es el mar— respondió Sandokán—. ¿Dónde está la canoa?

—Aquí cerca.

El malayo siguió a Sandokan a través de una espesa cortina de hojas, pasada la cual le señaló el mar, que mugía deshaciendo sus olas contra los bancos de la isla.

—¿Ve usted algo?— preguntó.

—Nada —respondió Sandokán, que recorrió con la mirada el horizonte.

—¡La fortuna nos favorece, todavía duermen los cruceros!

Descendió al acantilado, apartó las ramas de un árbol y le mostró una embarcación que se mecía pesadamente en el fondo de una pequeña cala.

Era una barcaza socavada en el tronco de un gran árbol por medio del fuego y del hacha, muy parecida a las que construyen los indios del Amazonas y los polinesios del Pacífico.

Desafiar al mar con semejante barca era una temeridad sin igual, porque bastaban unas cuantas olas para volcarla; pero los dos piratas no eran hombres que se asustaran por tan poca cosa.

Giro-Batol fué el primero que saltó dentro, y alzó en seguida un pequeño mástil, al cual estaba sujeta una vela de fibras vegetales cuidadosamente tejidas.

—¡Venga usted, capitán! —le dijo, disponiéndose para recoger los remos—. Dentro de pocos minutos podrían cortarnos el camino.

Sandokán, sombrío, con la cabeza inclinada y cruzados los brazos, seguía en tierra, mirando hacia el Este, cual si pretendiese ver entre la oscuridad y los árboles la casa de la *Perla de Labuán*. Parecía que se le olvidaba que había llegado el momento de la fuga y que un pequeño retraso podría serle fatal.

—Capitán —repitió el malayo—, ¿quiere usted dejarse coger por los cruceros? ¡Venga usted, o dentro de poco será demasiado tarde!

—¡Ya te sigo! —contestó Sandokan con voz triste.

Saltó en la canoa, cerró los ojos y suspiró.

CAPITULO XIII

CON RUMBO A MOMPRACEM

Soplaba del Este, el viento, lo cual quiere decir que no podía ser más favorable.

La canoa, inclinada sobre estribor, bogaba bastante bien, únicamente con la vela, interponiendo entre Sandokan que estaba sumamente conmovido, y la pobre Mariana, el vasto mar malayo.

Sentado en la popa y con la cabeza entre las manos iba Sandokán sin hablar palabra y con los ojos fijos en Labuán, que poco a poco se desvanecía entre las tinieblas; Giro-Batol, sentado en la proa, feliz, sonriente, charlaba por diez mirando hacia el Oeste, allí donde debía surgir la formidable isla de Mompracem.

—¡Vamos, capitán! —dijo, pues no podía callar ni un solo momento—. ¿Por qué está usted tan triste, ahora que vamos a ver nuestra isla? ¡Cualquiera diría que siente alejarse de Labuán!

—¡Sí que lo siento, Giro-Batol! —contestó Sandokan con voz sorda.

—¡Oh! ¡Por fuerza le han embrujado esos perros ingleses! Y, sin embargo, nos daban caza por los bosques, ávidos de nuestra sangre. ¡Quisiera poder verlos mañana, si es que se han dado cuenta de nuestra fuga! ¡Cómo se morderán los dedos de rabia! ¡Qué maldiciones nos echarán sus mujeres!

—¡Sus mujeres! —exclamó Sandokan, estremeciéndose.

—Sí, porque nos odian todavía más que los hombres.

—¡No todas, Giro-Batol!

—Capitán, le aseguro que son peores que las víboras.

—¡Calla, Giro-Batol, calla! ¡Si vuelves a repetir esas palabras, te tiro al mar!

Había tal acento de amenaza en la voz de Sandokan, que el malayo enmudeció. Miró durante algunos minutos a aquel hombre terrible, que no apartaba los ojos de Labuán y que se oprimía el pecho con ambas manos como si quisiera aminorar un dolor intenso, y se volvió lentamente a proa murmurando:

—¡Los ingleses le han embrujado!

Durante la noche la canoa, empujada por el viento del Este, bogó sin encontrar ningún crucero y portándose bastante bien, a pesar de las olas que de cuando en cuando la embestían haciéndola rodar peligrosamente.

El malayo ya no hablaba, temiendo que Sandokan llevase a vías de hecho la amenaza que le había dirigido; sentado en la proa, vigilaba atentamente el horizonte para ver si aparecía algún barco.

En cambio, su compañero, tendido en la popa, no apartaba la vista del sitio donde quedaba la isla de Labuán, que había desaparecido entre las sombras de la noche.

Hacia un par de horas que navegaban, cuando de pronto la mirada agudísima del malayo vió brillar un punto luminoso en la línea del horizonte.

—¿Es un velero o un barco de guerra? —se preguntó lleno de ansiedad.

Sandokan, sumergido en sus dolorosos pensamientos, no se hizo cargo de nada.

El punto luminoso se agrandaba rápidamente y parecía como elevarse más a cada instante. Aquella luz blanca no podía pertenecer más que a un barco de vapor. Probablemente sería la luz de un trinquete.

Giro-Batol comenzaba a agitarse. Su inquietud aumentaba por momentos, tanto más cuanto que aquel punto luminoso parecía dirigirse directamente hacia la canoa.

Pronto sobre el farol blanco aparecieron otros dos: uno rojo y otro verde.

—¡Un barco de vapor! —dijo.

Sandokan no contestó. Seguramente no le había oído.

—¡Mi capitán —respondió—, un barco de vapor!

Esta vez el jefe de los piratas de Mompracem sacudió la cabeza, y un relámpago sombrío brilló en sus pupilas.

—¡Ah!, dijo.

Se volvió con impetu para explorar la inmensa extensión del mar.

—¿Un enemigo todavía? —murmuró, mientras con la mano derecha buscaba instintivamente el *kriss*.

—Eso temo, mi capitán— dijo el malayo.

—¿Y, parece que viene corriendo hacia nosotros?

—Lo mismo me parece a mí.

—¿Habrás visto el comandante nuestra canoa?

—Es probable. ¿Qué hacemos, capitán?

—Dejarle acercarse.

—Nos prenderán.

—Yo no soy el *Tigre de la Malasia*, sino un sargento de cipayos.

—¿Y si le reconoce a usted alguien?

—Han sido muy pocos los que han visto al *Tigre de la Malasia*. Si ese barco viniese de Labuán, sería de temer; pero viniendo de mar adentro, podremos engañar a su comandante.

Permaneció callado durante algunos instantes mirando con atención al enemigo, y después dijo:

—Tenemos que habérnosla con un cañonero.

—¿Vendrá de Sarawak?

—Es probable, Giro Batol. Ya que se dirige a nosotros, esperémoslo.

En efecto, el cañonero había hecho rumbo en dirección a la canoa y apresuraba su marcha para alcanzarla. Al verla tan lejos de Labuán quizás creyese que los hombres que la tripulaban habrían sido empujados hacia allí por algún golpe de viento, y corría para recogerlos; tal vez también creyera oportuno cerciorarse de si se trataba de naufragos o de piratas.

Sandokán había ordenado a Giro-Batol que empuñase los remos, y puso la proa en dirección de las Romades, grupo de isllas situadas más hacia el Sur. Ya había trazado su plan para engañar al comandante.

Media hora después, el cañonero se encontraba a pocos cables de la canoa. Era un barco pequeño, de popa baja, de un solo palo y que montaba un cañón en la plataforma posterior.

Su tripulación no debía de componerse de más de treinta o cuarenta hombres.

El comandante o el oficial de cuarto hizo maniobrar de modo que el barco pasara a pocos metros de la canoa; en seguida dió orden de parar la máquina y se inclinó sobre la borda, gritando:

—¡Alto, o mando echaros a pique!

Sandokán se levantó y dijo en buen inglés:

—¿Por quién nos toma usted?

—¡To! —exclamó el oficial con asombro— ¡Un sargento de cipayos! ¿Qué es lo que hace usted aquí en las cercanías de Labuán?

—Voy a las Romades, señor —contestó Sandokán.

—¿Y a qué va usted?

—Voy a llevar órdenes para que se las comuniquen al yacht de lord James Guillonk.

—¿Está en las Romades ese barco?

—Sí, comandante.

—¿Y va usted en una canoa?

—No he podido encontrar otra cosa mejor.

—¡Cuidado, porque hay algunos paraos malayos que rondan mar adentro!

—¡Ah! —dijo Sandokan temblando de alegría.

—Ayer por la mañana he visto dos, y juraría que venían de Mompracem. Si llevase algún cañón más, no sé si todavía flotarían a estas horas.

—Tendré cuidado con esos barcos, comandante.

—¿Se le ocurre a usted algo, sargento?

—Nada, señor.

—¡Buen viaje!

El cañonero volvió a emprender la marcha dirigiéndose a Labuán, en tanto que Giro-Batol orientaba la vela para dirigirse a Mompracem.

—¿Has oído? —le preguntó Sandokan.

—Sí, mi capitán.

—Nuestros barcos recorren estas aguas.

—Buscan a usted todavía.

—Por lo visto, no creen en mi muerte.

—Seguramente que no.

—¡Qué sorpresa para el buen Yáñez cuando vuelva a verme! ¡Es un valiente y carfioso amigo y compañero!

Volvió a sentarse en la popa, con los ojos siempre en dirección de Labuán; y no dijo una palabra más. El malayo pudo oírle suspirar varias veces.

Al amanecer los separaba de Mompracem unas ciento cincuenta millas, distancia que podían recorrer en menos de veinticuatro horas.

El malayo sacó algunas provisiones de una cazuela de barro desportillada que había asegurado a una traviesa de la canoa y se las ofreció a Sandokan; pero éste, absorto en sus contemplaciones y en sus angustias, ni siquiera contestó, ni hizo el más pequeño movimiento.

—¡Está hechizado! —repitió el malayo meneando la cabeza—. Si eso es verdad, ¡ay de los ingleses!

Durante el día el viento cayó varias veces, y la canoa, que se hundía pesadamente en el vacío de las olas, embarcó mucha agua. Por la tarde, al ponerse el sol, sopló un viento fresco del Sudoeste que le empujó rápidamente hacia Poniente, y así se mantuvo hasta la mañana.

Al anoecer de aquél mismo día, el malayo, que iba en pie en la proa, descubrió una masa oscura que surgía del mar.

—¡Mompracem! —exclamó.

Al oír este grito, Sandokán, emocionado por primera vez desde que se había embarcado en la canoa, se puso en pie de un brinco.

Ya no era el hombre de hacía un momento: había desaparecido de su rostro la expresión de melancolía, brillaban sus ojos, y sus facciones no estaban alteradas por el dolor.

—¡Mompracem! —exclamó a su vez, enderezando su elevada estatura.

Y contempló su isla salvaje, aquel baluarte de su poder, de su grandeza en aquellos mares, que no en vano llamaba suyos. Era otra vez el *Tigre de la Malasia*, el de las empresas legendarias.

Sus ojos, que desafiaban a los mejores gemelos de marina, recorrieron las costas de la isla, deteniéndose en la alta roca, donde todavía ondeaba la bandera de los piratas en las fortificaciones que defendían la aldea y en los muchos paraos que se mecían en la rada.

—¡Ah! ¡Por fin vuelvo a verte! —exclamó.

—¡Estamos en salvo, *Tigre*! —dijo el malayo, que parecía poseído de una loca alegría.

Sandokán miró estupefacto.

—¿Todavía merezco ese nombre, Giro-Batol? —le preguntó.

—¡Sí, capitán!

—¡Pues yo creía que ya no lo merecía! —murmuró suspirando.

Agarró la *pagaya* que servía de timón, y dirigió la canoa hacia la isla, que emergía lentamente de entre las sombras. A las diez ambos piratas, sin que nadie los viese, aproaron cerca de la gran peña.

Al poner el pie en su isla, Sandokán respiró con fuerza; en aquel momento se olvidó de Labuán, y quizás de Mariana.

Revolvió el enorme peñasco rápidamente, y puso el pie en el primer escalón de la tortuosa escalera que conducía a su vivienda.

—Giro-Batol —dijo, volviéndose hacia el malayo, que se había detenido—, vuelve a tu cabaña y anuncia a mis piratas mi regreso. Pero díles que me dejen tranquilo, porque tengo que hablar de ciertas cosas que deben ser un secreto para vosotros y no quiero que me interrumpan.

—Capitán, nadie vendrá a molestar a usted, puesto que tal es su deseo. Y ahora permítame que le dé las gracias por haber vuelto a traerme, y que le diga que si es preciso sacrificar a un hombre, aun cuando fuese para salvar a un inglés o a una mujer de su raza, yo estoy dispuesto a ello.

—¡Gracias, Giro-Batol: gracias! Y ahora vete.

Y el pirata procurando encerrar en el fondo de su corazón el recuerdo de Mariana, involuntariamente evocado por el malayo, subió la escalera entre las sombras.

CAPITULO XIV

AMOR Y EMBRIAGUEZ.

Así que llegó a lo alto de la roca Sandokan se detuvo y miró a lo lejos, muy lejos, en dirección del Este, hacia Labuán.

—Gran Dios! —murmuró.— ¡Qué distancia tan grande me separa de aquella criatura celestial! ¿Qué hará a estas horas? ¿Me llorará por muerto o prisionero?

De sus labios se escapó un gemido sordo e inclinó la cabeza sobre el pecho.

—¡La fatalidad! —murmuró.

Aspiró el aire de la noche como si aspirase lajano perfume emanado de su ídolo, y en seguida fué acercándose lentamente a la casa, en la cual, a pesar de la hora, había luz en una habitación.

Miró por los cristales de una ventana, y vio a un hombre sentado ante una mesa y con la cabeza entre las manos.

—¡Yáñez! —dijo sonriendo tristemente— ¿Qué dirá cuando sepa que el *Tigre de la Malasia* vuelve vencido y hechizado?

Ahogó un suspiro y abrió despacio la puerta, sin que le oyese Yáñez.

—¡Bueno, hermano! —dijo al cabo de algunos instantes— ¿Te has olvidado del *Tigre de la Malasia*?

No había concluido de pronunciar estas palabras, cuando Yáñez se había lanzado entre sus brazos exclamando:

—¿Tú? ¿Tú? ¿Sandokan? ¡Ah! ¡Ya te creía perdido para siempre!

—No; ya ves cómo he vuelto.

Pero, amigo sin ventura, ¿dónde has estado todos estos días? Hace cuatro semanas que estoy esperándote lleno de angustia y de ansiedad. ¿Qué es lo que has hecho en tanto tiempo? ¿Has saqueado el sultanato de Várauni, o te ha hechizado la *Perla de Labuán*? ¡Contesta, hermano mío, porque me abrasa la impaciencia!

En lugar de contestar a todas estas preguntas, Sandokan le miró en silencio, con los brazos cruzados sobre el pecho, torva la mirada y el rostro ensombrecido.

—¡Vamos! —dijo Yáñez, sorprendido por aquel silencio—. ¡Habla! ¿Qué significa ese traje que vistes, y por qué me miras así? ¡A ti te ha sucedido alguna desgracia!

—¡Desgracia! —exclamó Sandokán con voz ronca—. Pero ¿ignoras todavía que de los cincuenta tigrecillos que llevaba contra Labuán no sobrevive más que Giro-Batol? ¿No sabes que todos han perecido en las costas de la isla maldita, deshechos por las balas y la metralla de los ingleses; que yo también caí gravemente herido sobre la cubierta de un crucero y que mis barcos reposan en el fondo del mar de la Malasia?

—¡Batido tú! ¡Es imposible! ¡Imposible!

—Sí, Yáñez; he sido vencido y herido! ¡Mis hombres quedaron deshechos y yo regreso mortalmente enfermo!

Con un movimiento convulsivo el pirata acercó una silla a la mesa, vació una tras otra tres copas de *whiskey*, y en seguida, con voz quebrada una veces, aguda otras, alternando la palabra con gestos violentos e imprecaciones, contó ce por ce cuanto le había sucedido; el desembarco en Labuán, el encuentro con el crucero, la tremenda lucha empeñada, el abordaje, la herida recibida, los dolores soportados y la curación.

Pero cuando llegó en el relato a hablar de la *Perla de Labuán*, desapareció toda su ira. Su voz, ronca poco antes, ahogada por el furor, adquirió un timbre dulce, melancólico, armonioso como el mar; habló de aquellos largos cabellos más rubios que el oro, más finos que la seda, más perfumados que las rosas de los bosques; de aquella voz incomparable, angelical, que de modo tan extraño había hecho vibrar las fibras de su corazón, inaccesible hasta entonces; de aquellas manos que sabían arrancar a la mandolina tan suaves notas, tan dulces, tan suaves y tan dulces que le habían fascinado, que le habían encantado.

Pintó con acento apasionado los instantes inenarrables que se habían deslizado junto a la mujer amada, momentos sublimes, durante los cuales no se acordaba de Mompracem ni de sus tigres, olvidándose de que era el *Tigre de la Malasia*, y concluyendo al fin con la descripción de las aventuras acaecidas después: la caza del tigre, la confesión de su amor, la traición del lord, la fuga, el encuentro de Giro-Batol y el embarco para Mompracem.

—Oyeme, Yáñez— prosiguió con acento conmovido—. En el instante en que puse el pie en la canoa dejando indefensa a aquella criatura, creí que me rasgaban el corazón. Antes que alejarme de aquella isla, hubiera querido hundir en el abismo a la canoa y a Giro-Batol; hubiera deseado que penetrase el mar en la tierra y que en su lugar surgiese un Océano de fuego para no poder cruzarlo. ¡En aquel momento hubiera destruido sin vacilación mi formidable Mompracem, echado a pique mis paraos, dispersado a mis hombres y hubiera dado cualquier cosa por no haber sido nunca el *Tigre de la Malasia*!

¡Ah, Sandokán!— exclamó Yáñez con acento de reconvención.

—¡No me reconvengas, Yáñez! ¡Si tú supieras lo que siento aquí, en este corazón que creía de hierro e inaccesible a todo afecto! ¡Oyeme: amo a esa mujer hasta tal extremo, que si ahora se me apareciese y me pidiese que renegara de mi nacionalidad para hacerme inglés, yo, el *Tigre de la Malasia*, que he jurado odio eterno a esa raza, lo haría sin vacilar! ¡Siento un fuego inextinguible que corre por mis venas, que me abrasa las carnes! ¡Creo que estoy delirando siempre, que me vuelvo loco, loco! ¡Así me encuentro, en este estado deplorable, desde el día que vi a aquella criatura, Yáñez! ¡Y siempre tengo delante de mis ojos esa visión celestial! ¡Adonde quiera que vuelva la mirada, la veo siempre; siempre veo aquella figura radiante de belleza, que me abrasa, que me consume!

El pirata se levantó con brusco movimiento, alterado el rostro, los dientes apretados convulsivamente. Dió algunas vueltas alrededor de la sala, como si tratase de alejar la visión que le perseguía y calmar las ansias que le torturaban, y después se detuvo ante el portugués, interrogándole con los ojos; pero éste permaneció mudo.

—No lo creerás— prosiguió Sandokán—, pero he luchado de un modo terrible antes de darme por vencido. Mas ni la férrea voluntad del *Tigre de la Malasia*, ni mi odio por todo lo que es inglés, han podido contener los ímpetus de mi corazón.

“¡Cuántas veces pensé en hacer pedazos la cadena! ¡Cuántas veces me ha asaltado la idea de que si algún día me casaba con esa muchacha tenía que abandonar el mar y renunciar a mi venganza; dejar mi isla; perder mi nombre, del cual estoy tan orgulloso; perder a mis tigres! ¡He procurado huir, poner una barrera infranqueable entre aquellos ojos fascinadores y yo, he tenido que ceder, Yáñez! Me encuentro entre dos abismos: aquí, Mompracem con los tigrecillos, entre el relámpagueo de cien cañones y los paraos victoriosos; allá, aquella adorada criatura de blondos cabellos y de ojos azules. Hasta ahora me había librado del amor, pero al fin me ha precipitado hacia aquella muchacha, cuyo cariño no será capaz de arrancarme del corazón ninguna fuerza humana. ¡Ah! ¡Preveo que el *Tigre* dejará de existir!

—¡Entonces, olvídala!— dijo Yáñez.

—¡Olvidarla! ¡Es imposible, Yáñez; es imposible! ¡Ya no puedo romper la dorada cadena con que me ha cautivado el corazón!

“¡Ni las batallas, ni las grandes emociones de la vida pirata, ni el amor de mis hombres, ni los más terribles estragos, ni la más espantosa venganza serán capaces de hacerme olvidar a esa mujer! ¡Su imagen se interpondrá siempre entre todo eso y yo; y apagará la antigua energía y el valor del *Tigre*! ¡No, no; no la olvidaré jamás! ¡Será mi mujer, aun cuando me cueste mi nombre, mi isla, mi poder; todo, todo!

Se detuvo de nuevo mirando a Yáñez, que había vuelto a su mutismo.

—¿Qué me dices, hermano mío? — preguntó.

—¡Habla!

—¿Me has comprendido?

—Sí.

—¿Qué me aconsejas? ¿Qué tienes que decirme, ahora que te lo he revelado todo?

—Te he dicho que olvides a esa mujer.

—¡Yo!...

—¿Has pensado en las consecuencias que podrían resultar de ese amor insensato? ¿Qué dirán tus hombres cuando sepan que el *Tigre* está enamorado? Y, además, ¿que vas a hacer de esa muchacha? ¿Será tu mujer? ¡Oívidala, Sandokan, abandónala para siempre; vuelve a ser el *Tigre de la Malasia*, de corazón de hierro!

Sandokán se levantó de un salto, se dirigió hacia la puerta y la abrió violentamente.

—¿A dónde vas? —preguntó Yáñez, poniéndose en pie de un brinco.

—¡Vuelvo a Labuán! —respondió Sandokán.— Mañana dirás a mis hombres que he abandonado para siempre mi isla y que tú eres su nuevo jefe. ¡No volverán a oír hablar nunca de mí, porque ya no volveré a estos mares!

—¡Sandokán! —exclamó Yáñez, cogiéndole con fuerza por los brazos—. ¿Estás loco? ¿Vas a volver solo a Labuán, cuando aquí hay cañones, hombres que te quieren, y que están dispuestos a dejarse matar por ti o por la mujer que adora tu corazón? He querido tantearte; he querido ver si era posible arrancar de tu alma la pasión que experimentas por esa muchacha, por lo mismo que pertenece a una raza que debes odiar siempre.

—¡No, Yáñez, no, ¡no es inglesa! Esa mujer no es inglesa, porque me ha hablado de un mar más azul y más bello que el nuestro que bana las costas de su patria; me ha hablado de una tierra cubierta de flores que domina un volcán humeante, de un paraíso terrestre donde se habla una lengua armoniosa que nada tiene de común con la inglesa.

—¡No importa! Inglesa o no, ya que la amas tan intensamente, todos te ayudaremos para que puedas hacerla tu mujer y para que vuelvas feliz. Puedes seguir siendo el *Tigre de la Malasia*, aun cuando te cases con la jovencita de los cabellos de oro.

Sandokan se arrojó entre los brazos de Yáñez, y aquellos dos hombres estuvieron abrazados largo tiempo.

—Ahora dime— dijo el portugués—: ¿qué piensas hacer?

—Marchar lo más pronto posible a Labuán, y robar a Mariana.

—Tienes razón. Si sabe el lord que te has escapado de la isla y venido a Mompracem, puede largarse, por miedo de volver a verte. Es preciso actuar de prisa, o perdemos la partida. Ahora vete a dormir. Tienes necesidad de algún reposo: déjame a mí el cuidado de prepararlo todo. Mañana estará dispuesta la expedición para zarpar en seguida.

—¡Hasta mañana, Yáñez!

—¡Adiós hermano! —contestó el portugués saliendo, y descendió con lentitud la escalera.

Al quedarse solo Sandokan, más sombrío y más agitado que nunca, volvió a sentarse ante la mesa, y empezó a destapar botellas de *whiskey*.

Sentía la necesidad de aturdirse para olvidar, durante algunas horas, por lo menos, a aquella jovencita que le había hechizado y calmar la impaciencia que le devoraba. Así, pues, vaciaba las copas casi con rabia.

—¡Ah! —exclamó— ¡Si pudiese adormecerme y no despertar hasta Labuán! ¡Esta impaciencia, este amor, estos celos concluirán conmigo! ¡Sola! ¡Sola en Labuán! ¡Y quizá mientras yo estoy aquí la corteje el baronet!

Se levantó presa de un violento acceso de furor y empezó a pasearse como un loco, volcando las sillas, rompiendo las botellas, haciendo pe-

dazos los cristales de las vitrinas, llenas de oro y de joyas, y se detuvo ante el armonium.

—¡Daría la mitad de mi sangre por poder recordar una de aquellas queridas y bellísimas romanzas que me cantaba cuando languidecía vencido y herido! ¡No es posible; ya no me acuerdo de nada! ¡Las decía en una lengua celestial que solamente Mariana puede conocer! ¡Qué hermosa estabas en aquellos instantes, *Perla de Labuán*! ¡Qué embriaguez, que felicidad vertías en mi corazón en aquellos sublimes momentos, mi bien amada!

Hizo correr los dedos por las teclas, y arrancó de ellas las notas de una romanza salvaje, vertiginosa, en la cual parecía oírse la voz del huracán y lamentos de gente moribunda.

Se detuvo, como si de pronto le acometiera un nuevo pensamiento y volvió a la mesa, de la cual tomó una copa de licor.

—¡Ah, veo sus ojos en el fondo! —dijo— ¡Siempre sus ojos, siempre su rostro, siempre la *Perla de Labuán*!

La bebió, volvió a llenarla, y miró adentro.

—¡Manchas de sangre! —exclamó— ¿Quién habrá vertido sangre en mi sofá? ¡Sangre y licor! ¡Bebe, *Tigre de la Malasia*, que la embriaguez es la felicidad!

El pirata, que ya estaba beodo, volvió a beber con nuevo ímpetu, echándose al colete el ardiente líquido lo mismo que si fuera agua: unas veces imprecaba, y otras reía.

Se puso en pie; pero volvió a caer en la silla lanzando torvas miradas en derredor; le parecía que veía correr sombras por la estancia, fantasmas que haciéndole burlonas muecas, le enseñaban hachas, *kriss* y cimitarras ensangrentadas. En una de aquellas sombras creyó reconocer a su rival el baronet William.

Entonces se sintió acometido por un ímpetu de furor, e hizo crujir los dientes con fuerza.

—¡Te veo, te veo, inglés maldito! —aulló— Pero ¡ay de ti si puedo ponerte la mano encima!

—¡Quieres robarme la *Perla*; lo leo en tus ojos! Pero estoy aquí para impedírtelo. Destruiré tu casa y la del lord; pasaré a hierro y fuego a Labuán, haré correr la sangre a torrentes, y os exterminaré a todos, a todos.

—¡Ah! ¿Te ríes? Espera a que yo vaya.

Había llegado al colmo del paroxismo; se sintió dominado por una manía destructora.

Después de hacer varios esfuerzos pudo levantarse: cogió una cimitarra y empezó a dar tajos desesperados a derecha e izquierda, corriendo detrás de la sombra del baronet, estropeando las tapicerías, rompiendo botellas, dando tremendos golpes sobre las vitrinas, en la mesa, en el armonium, haciendo llover de los joyeros torrentes de oro, perlas y diamantes, hasta que, vencido por el alcohol, cayó entre aquellas ruinas y se quedó completamente dormido.

CAPITULO XV

EL CABO DE ESCUADRA INGLES

Cuando despertó estaba tendido en una otomana, adonde le habían transportado los malayos que tenía a su servicio.

Habían recogido los cristales rotos, el oro y las perlas volvieron a ocupar su sitio en las vitrinas, y los muebles aparecían ordenados a lo largo de las paredes. Tan sólo se veían colgando los jirones de los tapices.

Sandokan se restregó los ojos varias veces y se pasó la mano por la frente como si hiciese un esfuerzo de memoria para recordar lo que había hecho.

—¡No puedo haber soñado! —murmuró— ¡Sí; estaba beodo y me sentía feliz! Pero ¡ahora vuelve a arder el fuego en mi corazón! ¿No podré extinguirle? ¡Qué pasión tan formidable ha invadido el alma del *Tigre de la Malasia*!

Se quitó el traje del sargento Willis, se puso otro, deslumbrador, de oro y perlas, se cubrió la cabeza con un rico turbante coronado por un hermoso zafiro del tamaño de una nuez, pasó por entre los pliegues de la faja un nuevo *kriss* y una nueva cimitarra, y salió.

Ya fuera, aspiró una bocanada de aire marino, con la cual se le disiparon por completo los últimos vapores de la embriaguez; miró al Sol, que ya estaba muy alto, y en seguida se volvió hacia Oriente mirando en dirección de la lejana Labuán, y suspiró.

—¡Pobre Mariana! —murmuró oprimiéndose el pecho.

Recorrió con sus ojos de águila la extensión del mar y miró los pies de la roca. Delante de la aldea, y dispuestos para zarpar había tres pa-raos, con sus grandes velas desplegadas.

En la playa los piratas iban y venían, ocupados en embarcar armas, municiones de boca y guerra y cañones. En medio de todo aquel movimiento Sandokan descubrió a Yáñez.

—¡Buen amigo! —murmuró—. ¡Mientras yo dormía, él preparaba la expedición!

Descendió la escalera y se dirigió hacia la aldea. Apenas le vieron los piratas, resonó un grito inmenso:

—¡Viva el *Tigre*! ¡Viva nuestro capitán!

En seguida todos aquellos hombres, que parecían acometidos de improviso por la locura, se precipitaron en derredor del pirata, ensordeciéndole con gritos de alegría, besándole las manos, los vestidos y los pies, amenazando ahogarle. Los jefes más viejos moraban de contento por verle vivo aún, siendo así, que le creían muerto en las costas de la isla maldita.

De aquellas bocas no salió ni un lamento, ni una sola queja por sus compañeros, por sus hermanos, por sus hijos, por sus padres, muertos por el hierro inglés en la desastrosa expedición; pero de cuando en cuando de aquellos pechos de bronce brotaban tremendos gritos:

—¡Tenemos sed de sangre, *Tigre de la Malasia*! ¡Venganza para nuestros compañeros! ¡Vamos a Labuán a exterminar a los enemigos de Mompracem!

—¡Amigos —dijo Sandokan con aquel extraño acento metálico que fascinaba—, la venganza que reclamáis no tardará! Los tigres que conducía a Labuán cayeron bajo los golpes de los leopardos de piel blanca, cien veces más en número y cien veces mejor armados que nosotros; pero la partida no ha concluido todavía.

“¡No, tigrecitos; los héroes que murieron batallando en las costas de la isla maldita no quedarán sin ser vengados! ¡Vamos a marchar otra vez a esa tierra de los leopardos, y allí les devolveremos rugido por rugido, sangre por sangre! El día de la lucha, los tigres de Mompracem devorarán a los leopardos de Labuán!”

—Sí, sí; ¡a Labuán! ¡a Labuán! —gritaron los piratas agitando las armas frenéticamente.

—Yáñez, ¿está todo dispuesto? —preguntó Sandokan.

Yáñez no parecía haberle oído. Subido en la cureña de un cañón viejo, miraba detenidamente hacia un promontorio que se internaba mucho en el mar.

—¿Qué miras, hermanito? —preguntó Sandokan.

—Por detrás de la escollera, hacia la punta, veo el extremo de un mástil! —contestó el portugués.

—¿Será algún parao nuestro?

—¿Qué otro barco se atrevería a acercarse a nuestras costas?

—¿No han vuelto todos nuestros veleros?

—Todos menos uno: el de Pisangu —afirmó un jefe de banda—. Pero no veo más que un sólo mástil, señor Yáñez.

—¿Se habrá batido, y habrá perdido el trinquete? —se preguntó Sandokan—. ¡Esperémosle! ¡Quién sabe! Puede traerme alguna noticia de Labuán.

Todos los piratas se habían subido a los bastiones para ver mejor el velero, que caminaba lentamente siguiendo el promontorio.

Así que hubo dado la vuelta a la punta extrema, un solo grito se escapó de todos los pechos.

—¡El parao de Pisangu!

Era, en efecto, el velero que Yáñez había enviado a Labuán hacía tres días para que adquiriese noticias del Tigre de la Malasia y de sus héroes; pero ¡en qué estado volvía! Del trinquete no quedaba más que un trozo, el palo mayor apenas se sostenía atado con un espeso rollo de cuerdas, las amuras casi no existían, y los costados estaban llenos de tapones de madera y estopa que cerraban los agujeros abiertos por las balas.

—Ese barco debe haberse batido —dijo Sandokan.

—Pisangu es un valiente que no vacila en atacar, aun a los buques grandes —dijo Yáñez.

—¡Me parece que trae algún prisionero! ¿No ves una chaqueta roja entre nuestros bravos tigres?

—Sí; me parece que veo un soldado inglés atado al palo mayor —dijo Yáñez.

—¿Le habrá cogido en Labuán?

—No; lo que es en el mar no le habrá pescado.

—¡Ah! ¡Si pudiese darme noticias del...

—De Mariana; ¿verdad, hermanito mío?

—¡Sí! —contestó con voz sorda Sandokan.

—Le interrogaremos.

Ayudado por los remos, pues el viento era muy débil, el parao avanzaba rápidamente. Su capitán un bornés de elevada estatura y atléticas formas que le hacían parecerse a una magnífica estatua de bronce antigua, al ver a Yáñez y a Sandokan dió un grito de alegría, y en seguida, levantando las manos, gritó:

—¡Buena presa!

Cinco minutos después el velero entraba en la pequeña bahía y anclaba a veinte pasos del acantilado de la costa. Se echó una chalupa al mar, y Pisangu tomó puesto en ella prontamente con el soldado y cuatro remeros.

—¿De donde vienes? —le preguntó Sandokan apenas puso el pie en tierra.

—De la costa oriental de Labuán, mi capitán— dijo el bornés—. Me había dirigido allí con la esperanza de tener noticias de usted, y tengo la dicha de verle aquí sano y salvo.

—¿Quién es ese inglés?

—Un caporal, capitán.

—¿Dónde le hiciste prisionero?

—Cerca de Labuán.

—Cuéntanos todo eso.

—Estaba registrando la costa y las playas, cuando vi desembocar de un pequeño río una canoa tripulada por ese hombre. El bribón debía tener compañeros en las dos orillas, porque con frecuencia daba agudos silbidos.

“Mandé echar al agua una chalupa con diez hombres para que le diesen caza, con la esperanza de que me proporcionase noticias de usted.

“La captura no fué muy difícil; pero cuando quise alejarme de la boca del río me encontré con que me había cortado el camino un cañonero.

“Empeñé resueltamente la lucha y cambiamos balas y metralla en abundancia. Una verdadera tempestad, mi capitán, que me tumbó media tripulación y casi me hizo trizas el barco; pero que redujo también al cañonero a un estado lamentable.

“En cuanto vi que se retiraba el enemigo, me lancé a alta mar en dos bordadas y me volví apresurado aquí.”

—Y ese soldado, ¿viene del mismo Labuán?

—Sí, Tigre.

—¡Gracias, Pisangu! Trae a ese hombre.

Aquel desgraciado había sido conducido a la playa, y en seguida le rodearon los piratas, que comenzaron a maltratarle, arrancándole del traje los galones de caporal.

Era un joven de veinticinco o veintiséis años, gordo, de baja estatura, rubio y rosado.

Parecía tener un gran susto viéndose en medio de aquellas bandas de piratas; pero de sus labios no salió ni una palabra.

Al ver a Sandokan hizo un esfuerzo para sonreír, y en seguida dijo con un ligero temblor en la voz:

—¡El Tigre de la Malasia!

—Me conoce usted? —le preguntó Sandokan.

—Sí.

—¿Dónde me ha visto?

—En la quinta de lord Guillonk.

—¿Estará usted asombrado de verme aquí?

—Es verdad. Le creía todavía en Labuán, y ya en manos de mis camaradas.

—¿Estabas tú también entre los que me perseguían?

El soldado no respondió; pero en seguida, moviendo la cabeza, dijo:

—Todo ha concluido para mí; ¿verdad, señor pirata?

—Tu vida depende de lo que contestes —respondió Sandokan.

—¿Quién puede fiarse de un hombre que asesina a la gente como si bebiese una copa de *whiskey* o de *brandy*?

Un relámpago de cólera brilló en los ojos del Tigre de la Malasia.

—¡Mientes, perro!

—Como usted quiera —contestó el caporal.

—¡Y hablarás!

—¡Hum!

—¡Tengo unos *kriss* que cortan en mil pedazos el cuerpo; tengo ternazas enrojecidas para arrancar la carne pedazo a pedazo; tengo plomo líquido para verterlo en las heridas o para hacérselo beber a los tercios! ¡Hablarás, o te haré sufrir de tal modo, que pedirás la muerte como un bien!

El inglés palideció; pero en lugar de abrir los labios se los cogió con los dientes, como si temiese que se le escapara alguna palabra.

—¡Vamos! ¿Dónde estabas cuando salí de la quinta del lord?

—En los bosques —contestó el soldado.

—¿Qué hacías allí?

—Nada.

—¿Pretendes burlarte de mí? Labuán tiene muy pocos soldados para que pueda enviarlos a pasear por los bosques sin motivo alguno —dijo Sandokan.

—Pero...

—¡Habla! ¡Quiero saberlo todo!

—Yo no sé nada.

—¡Ah! ¿No? ¡Lo veremos!

Sandokan sacó el *kriss*, y con un rápido movimiento se lo puso en la garganta al soldado, haciendo brotar una gota de sangre.

El prisionero no pudo contener un grito de dolor.

—¡Habla, o te mato! —dijo fríamente Sandokán, sin apartar el puñal, cuya punta comenzaba a enrojecerse.

El caporal todavía vaciló un poco; pero al ver en los ojos del *Tigre* la terrible mirada que los animaba en los momentos de ira, cedió.

—¡Basta! —dijo apartando la punta del *kriss*—. Hablaré.

Sandokan hizo señas a sus hombres para que se alejasen, y sentándose junto a Yáñez en la cureña de un cañón, dijo al soldado:

—Te escucho. ¿Qué hacías en el bosque?

—Seguía al baronet Rosenthal.

—¡Ah! —exclamó Sandokan, mientras que una luz sombría relampagueaba en sus pupilas.

—Lord Guillonk supo que el que había recogido moribundo y al que curaba en su propia casa no era un príncipe malayo, sino el terrible *Tigre de la Malasia*, y de acuerdo con el baronet y el gobernador de Victoria había preparado la emboscada.

—¿Cómo lo había sabido?

—Lo ignoro.

—Prosigue.

—Se reunieron cien hombres, y los enviaron a rodear la isla para impedir a usted la fuga.

—Eso ya lo sé. Dime: ¿qué sucedió después de haber forzado las líneas y de refugiarme en la floresta?

—Cuando el baronet entró en la quinta, encontró al lord presa del una excitación tremenda. Tenía en una pierna una herida que le había causado usted.

—¿Yo? —exclamó Sandokan.

—Quizá inadvertidamente.

—Lo creo; porque si hubiese pretendido matarle, nadie me lo hubiera estorbado. ¿Y lady Mariana?

—Lloraba. Entre la bella joven y su tío debió haber ocurrido una escena violentísima. El lord la acusaba de haber favorecido vuestra fuga, y ella por su parte invocaba piedad para usted.

—¡Pobre muchacha! —exclamó Sandokan, que se sintió invadido por una emoción tan rápida como intensa— ¿Lo oyes, Yáñez?

—Prosigue —dijo el portugués al soldado—. Cuida, sin embargo, de decir la verdad; porque vas a quedarte aquí hasta nuestro regreso de Labuán: si has mentido, no te librarás de la muerte.

—Es inútil que os engañe— repuso el cabo de escuadra—. Como resultó infructuosa la persecución, quedamos acampados cerca de la quinta para protegerla contra el probable asalto de los piratas de Mompracem.

—Corrían noticias poco tranquilizadoras. Se decía que habían desembarcado algunos, y que el *Tigre de la Malasia* estaba oculto en los bosques, dispuesto para ir sobre la quinta y arrebatarse a la muchacha.

—¿Qué sucedería después, lo ignoro. Sin embargo, debo decir que lord Guillonk había tomado el acuerdo de retirarse a Victoria para ponerse bajo la protección de los cruceros y de los fuertes.

—¿Y el baronet Rosenthal?

—Se casará en breve con lady Mariana.

—¿Qué has dicho? —gritó Sandokán, poniéndose en pie de un salto.

—Que le quitan a usted la muchacha.

—¿Quieres engañarme?

—¿Para qué? Le digo a usted que dentro de un mes se efectuará ese matrimonio.

—Lady Mariana detesta a ese hombre.

—¿Qué le importa eso a lord Guillonk?

Sandokan dió un rugido de fiera y se tambaleó cerrando los ojos. Un espasmo terrible le descompuso el rostro.

Se acercó al soldado, y sacudiéndole con furia le dijo:

—¡No me habrás engañado! ¿Verdad?

—Le juro que no he dicho nada que no sea cierto.

—Te quedarás aquí; nosotros nos vamos a Labuán. Si no has mentido, te daré tanto oro como pesas.

En seguida, volviéndose hacia Yáñez, le dijo con tono resuelto:

—¡Partamos!

—Estoy dispuesto a seguirte —contestó sencillamente su compañero.

—¿Falta algo por disponer?

—No falta más que elegir los hombres que han de venir con nosotros.

—Llevaremos los más valientes, porque se trata de jugar una partida terrible.

—Sin embargo, deja aquí fuerza suficiente para defender nuestro refugio.

—¿Qué temes, Yáñez?

—Podrían aprovecharse los ingleses de nuestra ausencia para echarse sobre la isla.

—¡No se atreverán a tanto!

—Yo creo lo contrario. En Labuán ya son lo bastante fuertes para intentar la lucha. El mejor día vendrá el encuentro decisivo.

—Nos encontrarán dispuestos: entonces veremos si los tigres de Mompracem son más valientes y decididos que los leopardos de Labuán!

Sandokan mandó escalonar sus bandos, y escogió noventa tigrecillos, los más animosos, y los más robustos, verdaderos demonios que a una

sola señal suya no hubieran dudado en arrojarse contra los fuertes de Labuán y la ciudadela de Victoria.

Llamó a Giro-Batol, y enseñándoselo a los bandos que quedaban para defender la isla, dijo:

—Este es un hombre que tiene la fortuna de los más valientes de la piratería, y el único que ha sobrevivido de los que componían las tripulaciones de la desgraciada expedición a Labuán. Durante mi ausencia, obedecedle como si fuese yo mismo. Y ahora embarquemos, Yáñez.

CAPITULO XVI

LA EXPEDICION CONTRA LABUAN

Los noventa hombres embarcaron en los paraos. Yáñez y Sandokan tomaron bordo en el más grande y mejor armado. Llevaba dobles cañones y media docena de grandes culebrinas, y, además, estaba blindado con gruesas láminas de hierro.

Levaron anclas, se orientaron las velas, y la expedición salió de la bahía entre los vítores de los bandos agolpados en las orillas y en los bastiones.

El cielo estaba sereno, y el mar tan tranquilo, como si fuese de aceite; pero a eso del mediodía aparecieron en el Sur unas nubecillas de color particular y de forma que no presagiaba nada bueno.

Sandokan anunció una próxima perturbación atmosférica; pero no se inquietó por eso.

—Si los hombres no son capaces de detenerme, mucho menos ha de detenerme una tempestad. ¡Me siento tan fuerte, que lucharé hasta con los fureros de la Naturaleza!

—¿Crees que sobrevenga un huracán muy violento? —preguntó Yáñez.

—Sí; pero no me hará retroceder. Por el contrario, puede favorecerme, hermanito mío; así desembarcaremos sin que vengan a inquietarnos los cruceros.

—Y cuando desembarquemos, ¿qué vas a hacer?

—Todavía no lo sé; pero me siento capaz de todo: de hacer frente a toda la escuadra inglesa si tratase de cerrarme el camino, o de lanzar mis hombres contra la quinta para tomarla por asalto.

—Si anuncias tu desembarco con una lucha cualquiera, el lord abandonará los bosques y huirá a Victoria para ponerse bajo la protección del fuerte y de los navíos.

—¡Es verdad, Yáñez! —respondió Sandokan, dando un suspiro—. Sin embargo, es preciso que Mariana sea mi esposa, porque se me figura que sin ella nunca se extinguirá el fuego que me abrasa el corazón.

—Razón de más para obrar con la mayor prudencia si hemos de sorprender al lord.

—¡Sorprenderle! ¿Crees que no estará ya en guardia? Ya sabe que soy capaz de todo y habrá reunido en el parque de su casa buen número de soldados y marineros.

—Puede ser, pero echaremos mano de cualquier astucia. Quizás pueda realizarse una cosa que viene zumbándome en la mollera. Pero dime, amigo mío, ¿se dejará robar Mariana?

—¡Oh, sí, me lo ha jurado!

—¿Y la llevarás a Mompracem?

—Sí.

—Y después de haberte casado, ¿la tendrás allí siempre?

—No lo sé, Yáñez —dijo Sandokan, dando un suspiro—. ¿Quieres que la relegue para toda la vida en mi isla salvaje? ¿Quieres que viva siempre entre mis tigres, que no saben más que disparar tiros y blandir el *kriss* y el hacha? ¿Quieres que ofrezca a su dulce mirada horribles espectáculos de sangre y estrago, que la ensordezca con los gritos de los combatientes y el rugir de los cañones y que la exponga a un continuo peligro? Dime, Yáñez, en mi caso, ¿qué harías tú?

—Pero piensa, Sandokan, en lo que se convertirá Mompracem sin su *Tigre de la Malasia*. Contigo volvería a brillar de tal modo, que eclipsaría a Labuán y a todas las otras islas, y todavía podía hacer temblar a los hijos de esos hombres que han destruido tu familia y tu pueblo. Hay millares de dayagos y de malayos que no esperan otra cosa que tu llamamiento para correr a engrosar los bandos de los tigres de Mompracem.

—En todo esto he pensado, Yáñez.

—¿Y qué te ha dicho el corazón?

—¡He sentido que sangraba!

—Y, sin embargo, ¿dejarás perecer tu poderío por esa mujer?

—¡Yáñez, la amo! ¡Ah, hubiera querido no haber sido nunca el *Tigre de la Malasia*!

El pirata, que estaba sumamente conmovido, se sentó en la cureña de un cañón y se cogió la cabeza con las manos, como queriendo ahogar los tumultuosos pensamientos que bullían en su cerebro.

Mientras tanto, los tres barcos proseguían navegando hacia Oriente, impulsados por una brisa ligera que soplaba con irregularidad, lo cual aminoraba mucho la rapidez.

En vano las tripulaciones, que estaban poseídas de una impaciencia muy grande y que calculaban metro por metro el camino recorrido, añadían nuevas velas, foques y contrafoques para recoger mayor cantidad de viento; la marcha era cada vez más lenta y las nubes iban amontonándose en el horizonte.

Sin embargo, tanta calma no podía durar mucho tiempo. En efecto, hacia las nueve de la noche el viento comenzó a soplar con cierta violencia en la dirección en que las nubes se alzaban, señal segura de que conmovía el océano meridional alguna tempestad.

Las tripulaciones saludaron con alegría aquellas rachas vigorosas de aire, sin mostrarse asustadas por el huracán que las amenazaba, y que podía ser funesto para sus respectivos barcos. Unicamente el portugués comenzó a inquietarse, y hubiera querido que, por lo menos, se amainasen algunas velas; pero Sandokan no se lo permitió, con el ansia de llegar en seguida a las costas de la isla enemiga, que entonces le parecían sumamente lejanas.

Al amanecer el mar estaba durísimo. Llegaban del Sur grandes oleadas, que recorrían la vasta extensión, chocando unas contras otras, mugiendo sorda y profundamente y haciendo hocar a los tres barcos. Por el cielo corrían en precipitado desorden grandes nubarrones, negros como la pez y franjeados de rojo.

Al llegar la noche, el viento redobló su violencia, amenazando romper los mástiles si no se disminuía la superficie de las velas.

Al ver el aspecto del cielo y del mar, otro navegante cualquiera se habría apresurado a resguardarse en la costa más próxima; pero San-

dokan, que ya sabía que estaba a setenta u ochenta millas de Labuán, y que antes que retrasarse tan sólo una hora hubiera perdido uno de sus barcos, ni siquiera pensó en ello.

—¡Sandokan —dijo Yáñez, cada vez más inquieto—, ten cuidado, porque corremos un verdadero peligro!

—¿Qué temes, hermano mío? —preguntó el *Tigre*.

—Temo que el huracán nos envíe a todos a beber en la taza grande.

—¡Nuestros barcos son muy sólidos!

—Pero el huracán me parece que amenaza ser terrible.

—No le temo, Yáñez. ¡Vamos adelante, porque Labuán ya no está lejos! ¿Distingues los otros paraos?

—Me parece que hacia el Sur va uno. Es tan grande la oscuridad, que no se ve a más de cien metros.

—Si se extraviasen, ya sabrán encontrarnos.

—Pero pueden extraviarse para siempre, Sandokan.

—¡Pues yo no retrocedo, Yáñez!

—¡Ponte en guardia, hermano!

En aquel momento un relámpago deslumbrador rasgó las tinieblas, iluminando el mar hasta los límites del horizonte. Un trueno espantoso siguió al relámpago.

Sandokan se levantó de un salto, y mirando fieramente a las nubes y extendiendo la mano hacia el Sur, dijo:

—¡Huracán, ven a luchar conmigo; te desafío!

Atravesó el puente y se puso al timón, mientras los marineros aseguraban los cañones y las culebrinas, armas que por ningún precio querían perder, sacaban a cubierta las chalupas y reforzaban la maniobra fija, triplicando los cabos.

Llegaban del Sur las primeras rachas, con la rapidez que suelen adquirir los vientos en las tempestades, empujando delante de sí las primeras montañas de agua.

El parao, con el velamen reducido, bogaba tan veloz como una flecha en dirección de Oriente, haciendo frente con gallardía a los elementos desencadenados y sin desviarse de la ruta ni una sola línea, bajo la férrea mano de Sandokan.

Durante media hora reinó un poco de calma, rota tan sólo por los mugidos del mar y el estampido de las descargas eléctricas, que a cada momento eran más intensas; pero a eso de las once se desencadenó casi de improviso el huracán con toda su majestuosa fuerza.

Las nubes corrían entonces furiosamente a través del espacio, ya suspendidas en las alturas, ya casi tocando con sus negros bordes las olas, y el mar se arrojaba con indescriptible ímpetu hacia el Norte como si fuese la más colosal de las cataratas.

El parao, verdadera cáscara de nuez que desafiaba a la irritada Naturaleza, ahogado por el oleaje que le acometía por todas partes, danzaba desordenadamente, ora en las espumantes crestas de las olas, ora en el fondo de los móviles abismos, derribando a los hombres, haciendo crujiir los mástiles y debatirse y crepitar las velas, con tal fuerza, que parecía que iban a estallar de un momento a otro.

Pero a pesar de aquel furioso desconcierto de las aguas, Sandokan no cedía, y guiaba el barco hacia Labuán, desafiando impávido la tempestad.

Era realmente hermoso ver a aquel hombre firme en la rebola del timón, con los ojos brillantes, los largos cabellos sueltos y agitados por el viento, incommovible ante los elementos desencadenados que rugían en

derredor suyo: todavía era el *Tigre de la Malasia*, que no contento con haber desafiado a los hombres, desafiaba también los furores de la Naturaleza.

Sus hombres no iban menos impávidos que él. Agarrados al cordaje, a los penoles, en sus puestos respectivos, miraban impassibles aquellos asaltos del mar, prontos a llevar a cabo la más peligrosa maniobra.

Y el huracán seguía aumentando en intensidad, como si quisiera desplegar todo su poder para hacer frente a aquel hombre que le desafiaba. Alzábanse montañas de agua que corrían al asalto, dando mil rugidos espantosos, abriendo profundos abismos que parecían tener por fondo las arenas del interior del océano; el viento bramaba en todos los tonos, empujando verdaderas columnas de agua y agolpando en montones las nubes, dentro de las cuales retumbaba el trueno incesantemente.

Luchaba el parao desesperadamente, oponiendo sus robustos costados a las olas, que pugnaban por arrastrarle hacia el Norte. Daba bandazos espantosos, se enderezaba como un caballo encabritado, hundía la proa en el agua, gemía como si fuera a abrirse y había momentos en que se tumbaba de tal modo, que parecía que ya no volvería a recobrar la vertical.

Seguir luchando contra aquel mar, cada vez más impetuoso, era una locura. Era preciso dejarse conducir al Norte, como probablemente lo habrían hecho ya los otros dos paraos, pues ya hacía algunas horas que desaparecieran.

Yáñez, que comprendía cuán imprudente era obstinarse en aquella lucha, iba a acercarse a popa para rogar a Sandokan que cambiara de rumbo, cuando mar adentro resonó una detonación que no podía confundirse con el estampido de un trueno.

Unos segundos después pasó silbando una bala por encima de la cubierta, chamuscando el penol del trinquete.

Un grito de ira estalló a bordo del parao ante una agresión que nadie esperaba en tan críticos momentos.

Sandokan dejó la rebola a un marinero y se lanzó a la proa, procurando descubrir al audaz que le acometía en medio de tempestad tan horrorosa.

—¡Ah! —exclamó—. ¡Todavía hay cruceros que vigilan!

En efecto, el agresor que en medio de una convulsión tan horrible disparaba era un gran buque inglés de vapor, en cuyo mástil ondeaba el gallardete rojo de guerra. ¿Qué hacía con aquel tiempo en plena mar? ¿Cruzaba ante las costas de Labuán, o procedía de alguna de las costas vecinas?

—¡Viremos, Sandokan! —dijo Yáñez.

—¡Virar!

—¡Sí, hermanito mío! Ese barco sospecha que somos piratas y que nos dirigimos a Labuán.

Un segundo cañonazo retumbó en el puente del crucero, y otra bala pasó silbando por entre el cordaje del parao.

A pesar de los violentos bandazos de la nave, los piratas se precipitaron hacia los cañones y las culebrinas para contestar; pero Sandokan los contuvo con un gesto.

En efecto, no había necesidad. El gran buque, que hacía esfuerzos poderosos para sostenerse frente a las olas que le acometían por la proa, hundiéndose casi por completo por efecto del peso de su casco de hierro, a pesar suyo tuvo que dejarse arrastrar hacia el Norte. En muy pocos momentos se alejó lo suficiente para que su artillería resultara inútil.

—¡Siento que me haya encontrado en medio de esta tempestad! —dijo Sandokan con acento tétrico—. ¡Le hubiera acometido y asaltado, a pesar de su mole y de su tripulación!

—Ha sido mejor así, Sandokan —dijo Yáñez.

—¡Que el diablo se lo lleve, y que lo hunda en los profundos abismos del mar!

—Pero, ¿qué haría ese barco en pleno mar mientras todo el mundo busca un refugio? ¿Estaremos en las cercanías de Labuán?

—Eso sospecho. ¿Ves algo delante de nosotros?

—Nada, a no ser montañas de agua.

—Sin embargo, me late fuertemente el corazón, Yáñez.

El corazón suele equivocarse algunas veces.

—Pero no el mío. ¡Ah!...

—¿Qué has visto?

—Un punto oscuro hacia el Este. Lo he visto a la claridad de un relámpago.

—Pero aun cuando estuviésemos cerca de Labuán, ¿cómo atracar con semejante tiempo?

—¡Atracaremos, Yáñez, aun cuando se haga pedazos el barco!

En aquel momento desde lo alto del penol del trinquete gritó el malayo:

—¡Tierra frente al asta de proa!

Sandokan dió un grito de alegría.

—¡Labuán, Labuán! —exclamó—. ¡Venga la barra del timón!

Volvió a atravesar el puente, a pesar de las olas que lo barrían, y, poniéndose al timón, lanzó el parao hacia el Este.

Conforme se acercaban a la costa, el mar parecía que redoblaba su furia, cual si quisiera impedir el desembarco.

Olas monstruosas saltaban en todas direcciones, y el viento extremaba su furia desde las alturas de la isla.

Sandokan no cedía por eso, y con la mirada vuelta hacia el Este, continuaba impávido su camino, aprovechándose de la luz de los relámpagos para orientarse.

Muy pronto se encontró a unos cuantos cables de la costa.

—¡Prudencia, Sandokan! —dijo Yáñez, que se había puesto a su lado.

—¡No temas nada, hermano!

—¡Cuidado con las escolleras!

—¡Las sortearé!

—Pero, ¿dónde vas a encontrar un refugio?

—¡Ya lo verás!

A dos cables de distancia se columbraba confusamente la costa, contra la cual se estrellaba el mar con indecible furor. Sandokan la miró atentamente durante unos segundos, y dando un vigoroso golpe de barra, plegó sobre babor.

—¡Atención! —gritó a los piratas que estaban en la maniobra.

Empujó el parao hacia adelante con una temeridad que haría poner los pelos de punta a los más intrépidos lobos de mar, atravesó un paso estrecho que se abría entre dos rocas enormes y penetró en una pequeña bahía, que, al parecer, terminaba en un río.

La resaca era tan violenta dentro de aquel refugio, que el parao corría gravísimo peligro. Cien veces mejor era desafiar la ira de los elementos en mar abierto que aproar en aquel sitio, barrido por las olas que se amontonaban unas sobre otras.

—Sandokan, no es posible intentar nada —dijo Yáñez—. Si nos acercamos, se irá el barco a fondo hecho astillas.

—Tú eres un nadador muy hábil, ¿verdad? —preguntó Sandokan.

—Como nuestros malayos.

—¿No tienes miedo a las olas?

—No; no las temo.

—Entonces saltaremos a tierra.

—¿Qué es lo que quieres hacer?

En lugar de contestar, Sandokan gritó:

—¡Paranoa! ¡A la barra!

El dayako se lanzó corriendo hacia la popa, y agarró la rebola que le entregaba Sandokan.

—¿Qué hago?

—Por ahora mantener el parao a través del viento —dijo Sandokan.

—Ten cuidado, y no lo arrojes sobre los bancos.

—No tema usted, *Tigre de la Malasia*.

En seguida se volvió hacia los marineros y les dijo:

—Preparad la chalupa, e izadla sobre la amura. Cuando una ola barra la cubierta, la soltáis y la dejáis ir.

¿Cuál era la intención del *Tigre de la Malasia*? ¿Quería intentar el desembarco en aquella chalupa, misero jugueteillo para las tremendas oleadas? Al oír la orden, sus hombres se miraron llenos de ansiedad; pero se apresuraron a obedecer sin hacer ninguna pregunta.

A fuerza de brazo izaron la chalupa sobre la borda de estribor, después de haber puesto dentro, por orden de Sandokan, dos carabinas, municiones y víveres.

El *Tigre de la Malasia* se acercó a Yáñez, diciéndole:

—Hermanito mío, sube en la chalupa.

—Sandokan, ¿qué quieres intentar?

—¿Yo? Quiero saltar a tierra.

—Nos estrellaremos contra las peñas.

—¡Bah! ¡Sube, Yáñez!

—¡Tú estás loco!

Sandokan lo cogió y lo colocó en la chalupa; en seguida se metió dentro de un solo salto.

Una ola monstruosa penetraba entonces en la bahía mugiendo de un modo aterrador.

—¡Paranoa —gritó Sandokan—, disponte a virar de bordo!

—¿Vuelvo a salir otra vez al mar? —preguntó el dayako.

—Dirígete hacia el Norte y ponte a la capa. En cuanto se haya encalmado el mar, vuelve aquí.

—Está bien, capitán. ¿Y usted?

—Atracaré.

—Dejará usted la vida ahí si lo intenta.

—¡Calla! Estad con cuidado para dejar ir a tiempo la chalupa. ¡Ahí está la ola!

La montaña de agua, con la cresta cubierta de blanquísima espuma, se acercaba. Frente a las dos rocas se partió y penetró en la bahía, arrojándose encima del parao.

En un abrir y cerrar de ojos le envolvió como una catarata de espuma, saltando por encima de las amuras.

—¡Soltad! —gritó Sandokan.

La chalupa, abandonada a sí misma, fué arrastrada por la ola im-

petuosa, llevando a bordo los dos hombres que la tripulaban. Casi en el mismo momento el parao viraba de bordo, y aprovechando una contra-oleada, salió a mar abierto y desapareció detrás de una escollera.

—¡Arranquemos, Yáñez! —dijo Sandokan, cogiendo un remo—. ¡Nosotros desembarcaremos en Labuán, a pesar de la tempestad!

—¡Por Jove! —exclamó el portugués—. ¡Esto es una locura!

—¡Arranca!

—¿Y el golpazo?

—¡Chito! ¡Cuidado con las olas!

La chalupa se agitaba de un modo espantoso entre la espuma de la resaca, ya descendiendo, ya remontándose sobre las crestas espumantes de las aguas.

Sin embargo, las olas la empujaban hacia la playa, la cual, por fortuna, descendía suavemente y estaba limpia de peñas.

Levantada por una ola, la barquilla recorrió cien metros. Se remontó en una cresta y en seguida se precipitó en el abismo, chocando violentísimamente.

Los dos piratas sintieron que les faltaba el fondo bajo los pies. Se había hecho pedazos la quilla.

—¡Sandokan! —gritó Yáñez, que veía entrar el agua a través de la grieta.

—¡No abandones!...

Un tremendo golpe de mar le cortó la palabra, y la chalupa volvió a flotar en las alturas. Se meció un momento en la cima de la ola, y en seguida se precipitó de nuevo, chocando otra vez; pero las olas la empujaron todavía más, estrellándose al fin contra el tronco de un árbol, con tal fuerza, que salieron disparados ambos piratas. Sandokan, que había ido a caer en medio de un montón de hojas y de ramas, se levantó en el acto y recogió las carabinas y las municiones.

Una nueva oleada remontaba entonces las peñas.

Tropezó con la chalupa, la arrastró unos cuantos pasos y en seguida la hizo desaparecer, llevándosela mar adentro.

—¡Al demonio con todos los enamorados! —gritó Yáñez, que se había levantado muy incomodado y molido del golpe—. ¡Estas son cosas de locos!

—¿Pero todavía estás vivo? —dijo Sandokan.

—¿Qué, querías que me hubiese desnucado?

—No me consolaría nunca, Yáñez, de tal cosa. ¡Eh, mira el parao!

—¿Cómo, no tomó rumbo hacia alta mar?

El velero pasaba entonces por delante de la embocadura de la bahía, con la rapidez de una flecha.

—¡Qué compañeros tan fieles! —dijo Sandokan—. ¡Antes de alejarse han querido cerciorarse de si habíamos podido tomar tierra!

Se quitó la faja de seda roja y la desplegó al viento.

Un momento después resonó un disparo en el puente del velero.

—Nos han visto —dijo Yáñez—. ¡Ahora, Dios quiera que ellos se salven!

El parao había vuelto a virar de bordo, emprendiendo su carrera hacia el Norte.

Yáñez y Sandokan estuvieron en la playa mientras le veían; después se ocultaron bajo los grandes vegetales para ponerse a cubierto de la lluvia, que caía a torrentes.

—Sandokan, ¿adónde vamos? —le preguntó Yáñez.

—No lo sé.

—¿No sabes dónde estamos?

—Por ahora me es imposible saberlo. Sin embargo, creo que no está lejos el riachuelo.

—¿De qué río hablas?

—Del que sirvió de refugio a mi parao después de la batalla contra el crucero.

—¿Está cerca de ese sitio la quinta de lord James?

—A unas millas.

—Entonces será preciso ver si encontramos ese riachuelo.

—Cierto que sí.

—Mañana registraremos la costa.

—¡Mañana! ¿Crees que puedo esperar tantas horas sin hacer nada? ¿No sabes que tengo fuego en las venas? ¿No te has dado cuenta de que estamos en Labuán, en la tierra donde mi estrella brilla?

—¿Quieres que ignore que estamos en la isla de las chaquetas rojas?

—Entonces comprenderás mi impaciencia.

—Nada absolutamente; no la comprendo —contestó tranquilamente el portugués—. ¡Por Jove! Todavía estoy medio desconcertado y pretendes que nos pongamos en camino con esta noche infernal. ¡Vamos, estás loco, hermanito mío!

—El tiempo huye, Yáñez. ¿No te acuerdas de lo que ha dicho el caporal?

—Perfectamente, Sandokan.

—Lord James puede ir a refugiarse en Victoria de un momento a otro.

—No lo hará, seguramente, con este tiempo de perros.

—¡No bromees, Yáñez!

—No, no tengo ganas de eso, Sandokan. Vaya, discutamos con calma, hermanito. Quieres ir a la quinta, pero, ¿a qué?

—Por lo menos para verla —dijo Sandokan, suspirando.

—Y para cometer después alguna imprudencia, ¿verdad?

—No.

—¡Hum! Sé de lo que eres capaz. ¡Calma, hermanito mío! Piensa que nosotros somos dos y que en la quinta hay soldados. Esperemos a que vuelvan los paraos.

—¡Si supieras lo que siento en todo mi ser al encontrarme en esta isla! —exclamó Sandokan con voz ronca.

—Me lo figuro; pero no puedo permitirte que cometas locuras que puedan serte funestas. ¿Quieres acercarte a la quinta para averiguar si Mariana está allí todavía? Iremos; pero después que haya cesado el huracán. Con esta oscuridad y esta lluvia torrencial no podemos orientarnos ni encontrar el riachuelo. Mañana, en cuanto despunte el sol, nos pondremos en camino. Por ahora busquemos dónde refugiarnos.

—¿Y yo? ¿Tengo que esperar aquí hasta mañana?

—No faltan más que tres horas para que amanezca.

—¡Una eternidad!

—¡Una miseria, Sandokan! Mientras tanto puede calmarse el mar, disminuir la violencia del viento y volver los paraos.

—Vamos; metámonos bajo las desmesuradas hojas de esa *areca*, que nos protegerá mejor que una tienda de campaña, y esperemos a que despunte el día."

Sandokan estuvo indeciso entre seguir o no el camino. Miró a su fiel

amigo, esperando todavía que se decidiese a partir; pero al fin hubo de ceder, y se dejó caer junto al tronco del árbol lanzando un largo suspiro.

La lluvia continuaba cayendo de un modo violentísimo, y el huracán rugía impetuosamente levantando olas tremendas. Los piratas las veían erguirse, atropellándose unas a otras, y estrellarse con impetu irresistible en la playa.

Al ver aquellas oleadas que, en lugar de calmarse, se hacían cada vez más imponentes, Yáñez no pudo menos de preguntarle:

—¿Qué les sucederá a nuestros paraos con una tempestad como ésta? ¿Crees, Sandokan, que podrán salvarse? Si naufragasen, ¿qué sería de nosotros?

—¡Nuestros hombres son unos marineros valientes! —contestó Sandokan—. ¡Verás cómo saben salir del atolladero!

—¿Y si naufragasen? ¿Qué ibas a hacer sin su ayuda?

—¿Qué haría? ¡Robar a la muchacha!

—¡Corres demasiado, Sandokan! Dos hombres solos, aun cuando sean dos tigres de la salvaje isla de Mompracem, no pueden hacer cara a veinte, a treinta, quizás a cincuenta fusiles.

—¡Recurriremos a la astucia!

—¡Hum!...

—¿Crees que soy capaz de renunciar a mi proyecto? ¡No, Yáñez! ¡Yo no vuelvo a Mompracem sin Mariana!

Yáñez no contestó. Encendió un cigarro, se tendió en la hierba, que estaba casi seca, pues la protegían las enormes hojas del árbol, y cerró los ojos.

En cambio, Sandokan se levantó y se fué hacia la playa. El portugués, que no dormía, le vió dar vueltas en la margen de la floresta, ya hacia el Norte, ya hacia el Sur.

Trataba de orientarse y de reconocer la costa, que quizás habría recorrido durante su estada en la isla.

Cuando regresó, comenzaba a alborear. La lluvia había cesado hacía ya un rato, y el viento no mugía con tanta fuerza a través de los millares de árboles de los bosques.

—Ya sé dónde nos encontramos —le dijo a Yáñez.

—¡Ah! —dijo éste, disponiéndose a levantarse.

—El riachuelo debe estar hacia el Sur, y no muy lejos.

—¿Quieres que vayamos a ver si damos con él?

—Sí.

—Supongo que no tendrás el atrevimiento de acercarte durante el día a la quinta.

—Pero esta noche nada podrá contenerme.

En seguida añadió con la entonación de un hombre que quiere expresar lo eterno:

—¡Todavía doce horas! ¡Qué tortura!

—En el bosque pasa pronto el tiempo, Sandokan —contestó sonriendo Yáñez.

—¡Vámonos!

—¡Ya te sigo!

Se echaron al hombro las carabinas, se metieron en los bolsillos las municiones y se internaron en la floresta, procurando no alejarse demasiado de la costa.

—Evitemos las ensenadas grandes que describe el mar —dijo Sandokan—. El camino quizás sea menos fácil, pero es más breve.

—¡No vayamos a extraviarnos!

—¡No tengas cuidado!

En la floresta había muy pocos pasos franqueables; pero Sandokan era un verdadero hombre de los bosques, que sabía deslizarse como las serpientes y guiarse aunque no fuera más que por una estrella. Se dirigió hacia el Sur, siempre cerca de la costa, para buscar antes que todo el riachuelo donde se había ocultado en la expedición anterior. Ya allí, no le sería difícil acercarse a la quinta, que estaba a una distancia de un par de kilómetros.

Sin embargo, cuanto más avanzaba hacia el Sur, el camino se hacía más difícil a causa de los estragos del huracán. Multitud de árboles arrancados por el viento interceptaban el camino, obligando a los dos piratas a realizar atrevidas excursiones y a dar grandes rodeos. Además, había enormes montones de ramas que obstruían el paso, y una cantidad inmensa de lianas que se les enredaban en las piernas, retrasándolos en el camino.

Utilizando los *kriss*, subiendo y bajando, saltando y escalando árboles y troncos caídos, seguían adelante, siempre procurando hallarse cerca de la costa.

Hacia el mediodía Sandokan se detuvo y dijo al portugués:

—Ya estamos cerca.

—¿Del río o de la quinta?

—Del río —contestó Sandokan—. ¿No oyes ese murmurio que repercute bajo esta bóveda de hojas?

—Sí —dijo Yáñez, después de haber escuchado durante algunos instantes—. ¿Será el mismo riachuelo que venimos buscando?

—No puedo equivocarme. He recorrido estos lugares.

—¡Pues vamos adelante!

Atravesaron a toda prisa el último trozo de la gran floresta, y diez minutos después encontraron un río pequeño que desembocaba en una bonita bahía rodeada de árboles enormes.

El acaso los había conducido al mismo sitio donde habían arribado los paraos de la primera expedición. Todavía se veían las traviesas del segundo de aquellos barcos, que, rechazado por el terrible cañoneo del crucero, había ido a refugiarse allí para reparar sus graves averías.

En la orilla había trozos de penoles, fragmentos de obra muerta, pedazos de velas y de cordajes, balas de cañón, cimitarras, hachas y montones de maderos.

Sandokan echó una mirada sombría a aquellos restos que le recordaban su primera derrota, y suspiró pensando en los valientes que habían perecido bajo el fuego implacable del buque enemigo.

—¡Allá reposan, fuera de la bahía, en el fondo del mar! —dijo a Yáñez con voz triste—. ¡Pobres muertos, sin haber sido vengados todavía!

—¿Fué aquí donde arribaste?

—¡Sí; aquí, Yáñez! ¡Entonces era yo el invencible *Tigre de la Malasia*; entonces no tenía cadenas mi corazón, ni visiones ante mis ojos!

"Me batí como un desesperado, llevando a mis hombres al abordaje poseídos de un furor salvaje. ¡Pero me trituraron!

"¡El maldito que nos cubría de hierro y de plomo estaba allá! ¡Todavía me parece estar viéndolo! ¡Qué momento tan terrible, Yáñez! ¡Qué carnicería! ¡Todos murieron: todos menos uno! ¡Yo!"

—¿Lamentas esa derrota, Sandokan?

—¡No lo sé! ¡Sin aquella bala que me hirió, acaso no hubiera conocido a la muchacha de los cabellos de oro!

Descendió a la playa, sondeando con la mirada las profundas aguas de la bahía; en seguida se detuvo, y con los brazos extendidos, señalando el sitio donde se efectuó el terrible abordaje:

—¡Los paraos están sepultados allí! —dijo—. ¡Cuántos muertos contendrán todavía en sus despedazados cascos!

Se sentó en el tronco de un árbol caído por decrepitud, se cogió la cabeza entre las manos, y quedó sumergido en profundos y tristes pensamientos.

Yáñez le dejó absorto en sus meditaciones y empezó a buscar entre las peñas, introduciendo un palo en las quebraduras, algunas ostras de las llamadas gigantes.

Al cabo de un cuarto de hora de busca regresó a la playa llevando una tan enorme, que apenas podía levantarla.

Encender un buen fuego y abrirla fué para él cosa de un momento.

—¡Vamos, hermano mío; deja a los paraos debajo del agua y los muertos entre los dientes de los peces, y ven a dar un bocado a esta exquisita ostra! ¡Ya que, por mucho que pienses, no han de volver a navegar unos ni otros, lo mejor ahora es esto!

—¡Es verdad, Yáñez —contestó Sandokan suspirando—; esos héroes ya no volverán a la vida!

El almuerzo fué exquisito. Aquella ostra gigantesca contenía una carne tan tierna y delicada, que hacía saltar de gozo al portugués, a quien el aire del mar, unido a los perfumes de la floresta, le habían despertado el apetito de un modo extraordinario.

Terminada aquella abundantísima comida, Yáñez se disponía a tenderse bajo un soberbio *durión* que se elevaba en la orilla misma del riachuelo para fumar tranquilamente su cigarro, cuando Sandokan le indicó el bosque con un gesto.

—Quizás esté lejos todavía la quinta.

—¿No sabes con precisión dónde se encuentra?

—Vagamente, porque estos sitios los he recorrido con el delirio.

—¡Demonio!

—No tengas cuidado, Yáñez; yo encontraré el sendero que conduce al parque.

—Ya que así lo quieres, vámonos. ¡Basta ya de cometer imprudencias! ¿Me entiendes?

—Ten calma, Yáñez.

—Una palabra todavía, hermanito.

—¿Qué quieres?

—Supongo que esperarás a la noche para entrar en el parque.

—Sí, Yáñez.

—¿Me lo prometes?

—Te doy mi palabra.

—¡Entonces, andando!

Durante algún tiempo siguieron su camino por la orilla derecha del riachuelo, y después entraron resueltamente por la gran floresta.

El huracán había batido con furia aquella parte de la isla. Muchos árboles arrancados por el viento y rotos por el rayo yacían en tierra; algunos todavía estaban suspendidos por las lianas, y otros totalmente tumbados.

Por todas partes había arbustos aplastados, masas de hojas y de fruta, ramas hechas trizas, en medio de las cuales chillaban varias pa-

rejas de monos heridos. A pesar de tantos obstáculos, Sandokan seguía marchando.

Así continuó hasta el anochecer, sin dudar nunca acerca del camino que había que seguir.

Caía la noche y ya Sandokan desesperaba de encontrar el riachuelo, cuando de improviso se encontró ante una larga senda.

—¿Qué has visto? —le preguntó el portugués al ver que se detenía.

—Estamos cerca de la quinta —contestó Sandokan con voz ahogada—. Este sendero conduce al parque.

—¡Por Baco! ¡Qué suerte, hermanito mío! ¡Anda! ¡Sigue adelante; pero cuidado con cometer locuras!

Sandokan no esperó a que terminase de decírselo. Montó la carabina para que no le cogiesen por sorpresa descuidado, y se metió por el sendero con tal prisa, que el portugués apenas podía seguirlo.

—¡Mariana! ¡Mujer divina! ¡Amor mío! —exclamó recorriendo el camino con creciente rapidez—. ¡No tengas miedo, que estoy cerca de ti!

En aquel momento el formidable pirata hubiera atacado a un regimiento entero por llegar a la quinta. No le causaba miedo nada: la misma muerte no le hubiese hecho retroceder.

Iba anheloso; se sentía agitado por mil temores y por un fuego abrasador que le invadía las venas y el cerebro. Temía llegar tarde y no encontrar a la mujer tan intensamente ansiada, y esto le hacía correr más y más, dando al olvido la prudencia, rompiendo y aplastando las ramas de la maleza, tronchando con ímpetu las liñas, dando saltos de león a través de los mil obstáculos que llenaban el camino.

—¡Eh, Sandokan: loco de los demonios! —decía Yáñez, que trotaba como un caballo—. ¡Espera a que te alcance! ¡Párate, con mil bombas, o harás que revienta!

—¡A la quinta! ¡A la quinta! —respondía invariablemente el pirata.

No se detuvo sino ante la empalizada del parque más bien para esperar a su compañero que por prudencia o cansancio.

—¡Uí! —exclamó el portugués alcanzándole—. Pero, ¿crees que soy un caballo, para obligarme a correr de este modo? ¡La quinta no se escapa, te lo aseguro; y, además, no sabes lo que puede ocultarse detrás de esa empalizada!

—¡No tengo miedo a los ingleses! —contestó el Tigre, que se hallaba poseído de una gran exaltación.

—Lo sé; pero si te haces matar, no verás ya a tu Mariana.

—¡No puedo permanecer aquí: es preciso que la vea!

—¡Calma, hermanito mío! Obedéceme, y verás algo de lo que quieres.

Le hizo una seña para que estuviese callado y trepó como un gato hasta lo alto de la cerca, mirando al parque con atención.

—Me parece que no hay ningún centinela —dijo—. ¡Entremos!

Se dejó caer del otro lado, Sandokan hizo lo mismo, y los dos fueron internándose silenciosamente por el parque, escondiéndose detrás de los arbustos y de la maleza y en el fondo de los surcos, teniendo siempre fija la vista en el palacete, el cual apenas se distinguía a través de las tinieblas.

Habían llegado a la distancia de un tiro de fusil cuando Sandokan se detuvo de pronto empuñando la carabina.

—¡Párate, Yáñez! —murmuró.

—¿Qué has visto?

—Hombres parados delante del palacete.

—¿Será el lord con Mariana?

Sandokan, cuyo corazón latía de un modo furioso, se irguió lentamente, y aguzando la mirada observó aquellas figuras con atención profunda.

—¡Malditos! —murmuró rechinando los dientes—. ¡Son soldados!

—¡Huy! ¡Se enreda la madeja! —dijo el portugués—. ¿Qué se hace?

—Si son soldados, es señal de que Mariana está ahí todavía.

—Eso me figuro yo también.

—Entonces, ¡ataquemoslos!

—¿Estás loco? ¿Quieres que te fusilen? Nosotros somos dos, y ellos quizás sean diez, o quince, o treinta. ¡Vaya usted a saber!

—¡Pues es necesario que la vea! —exclamó Sandokan, mirando al portugués con ojos que parecían los de un loco.

—¡Cálmate, hermanito, cálmate! —dijo Yáñez cogiéndole fuertemente por un brazo para impedirle que hiciese cualquier locura—. Cálmate y después la verás.

—¿Cómo?

—Esperemos a que sea más tarde.

—¿Y después?

—Tengo mi proyecto. Echate ahí cerca, refrena los ímpetus del corazón, y no tendrás de qué arrepentirte.

—Pero, ¿y los soldados?

—¡Por Jove! ¡Creo que se irán a dormir!

—¡Tienes razón, Yáñez; esperaré!

Se tumbaron detrás de una espesísima mata de arbustos y maleza, pero de modo que pudiesen vigilar a los soldados, y esperaron el momento oportuno para poner en práctica los deseos de Sandokan.

Pasaron una, dos, tres, cuatro horas, largas como siglos para el *Tigre*, hasta que por último se entraron los soldados, cerrando con estrépito la puerta.

El *Tigre* hizo un movimiento para echarse adelante: pero el portugués le confuvo en seguida, y llevándose a la sombra de un *pombo* enorme le dijo cruzando los brazos y mirándole fijamente:

—Dime, Sandokan: ¿qué es lo que quieres hacer esta noche?

—¡Verla!

—¿Crees que eso es fácil? ¿Has encontrado el medio de lograrlo?

—No; pero...

—¿Sabe tu chiquilla que estás aquí?

—No es posible.

—Entonces, es preciso llamarla.

—Sí.

—Y saldrán los soldados, porque no es de creer que sean sordos, y la emprenderán a tiros con nosotros.

Sandokan no contestó.

—Ya ves, mi pobre amigo, que esta noche no puedes hacer nada.

—¡Puedo trepar hasta su ventana! —dijo Sandokan.

—¿Y no has visto un soldado emboscado cerca del ángulo del pabellón?

—¿Un soldado?

—Sí. Sandokan; desde aquí se ve brillar el cañón de su carabina.

—Entonces, ¿qué me aconsejas que haga? ¡Habla! ¡La fiebre me abrasa!

—¿Sabes cuál es la parte del parque que frecuenta tu chiquilla?

—Todos los días iba a bordar al quiosco chino.

—¡Muy bien! ¿Dónde está?

—Aquí cerca.

—Llévame hasta él.

—¿Qué quieres hacer, Yáñez?

—Es preciso advertirle que estamos aquí.

Aún cuando experimentase todas las torturas del infierno alejándose de aquel sitio, el *Tigre de la Malasia* se metió por una vía lateral y llevó a Yáñez hasta el quiosco.

Era un gracioso pabelloncito con los muros perforados describiendo arabescos; estaba pintado de vivos colores, y terminaba en una especie de cúpula de metal dorado, erizado de puntas y de dragones giratorios.

En derredor había un bosquecillo de lilas y de grandes rosales de China, que exhalaban fuerte aroma.

Yáñez y Sandokan, con las carabinas montadas por sí había alguien dentro, se acercaron y entraron.

No había nadie.

Yáñez encendió un fósforo, y sobre una ligerísima mesa tallada vió un cestillo que contenía trozos de telas, hilos y sedas, y cerca, una mandolina incrustada de nácar.

—¿Son suyos estos objetos? —preguntó.

—¡Sí! —dijo Sandokan con acento de infinita ternura.

—¿Estás seguro de que viene aquí?

—Es su sitio favorito. Aquí viene a respirar el ambiente embalsamado por las lilas en flor y a cantar las dulces canciones de su país nativo. ¡Aquí fué donde me juró cariño eterno!

Yáñez arrancó de un librito de memorias una hoja de papel, buscó en sus bolsillos hasta dar con un pedazo de lápiz, y mientras Sandokan le alumbraba con un fósforo escribió las siguientes palabras:

“Hemos desembarcado ayer, durante el huracán. Mañana a medianoche estaremos bajo la ventana de usted. Proporciónele usted una cuerda para ayudar a Sandokan a escalar la pared.

YÁÑEZ DE GOMERA.”

—Supongo que no le será desconocido mi nombre —dijo.

—¡Oh, no! —respondió Sandokan—. ¡Sabe que eres mi mejor amigo!

Plegó el papel, y lo puso en la cesta de la labor de modo que pudiese verlo en seguida, mientras Sandokan, arrancando algunas rosas de China, cubría con ellas el aviso.

Los dos piratas se miraron a la lívida luz de un relámpago: uno estaba tranquilo; al otro le agitaba una emoción indescriptible.

—¡Vámonos, Sandokan! —dijo Yáñez.

—¡Ya te sigo! —contestó el *Tigre de la Malasia* reteniendo un suspiro.

Cinco minutos después volvían a saltar la cerca del parque y se internaban en la tenebrosa floresta.

CAPITULO XVII

LA CITA NOCTURNA

Todavía no se había calmado por completo el huracán. La noche estaba tempestuosa. Mugía y ululaba el viento en mil tonos, retorciendo las ramas de los árboles y haciendo volar por las alturas masas de hojas, doblando y arrancando los árboles jóvenes y sacudiendo los centenarios.

De cuando en cuando un relámpago deslumbrador rasgaba las espesas tinieblas, y los rayos caían hiriendo e incendiando las plantas más elevadas de la floresta.

Era una noche infernal; noche propicia para intentar un golpe de mano audaz sobre la quinta. Por desgracia, los hombres de los paraos no estaban allí para prestar ayuda a Sandokan en su temeraria empresa.

A pesar de que el huracán arreciaba, los dos piratas no se detenían. Guiados por la luz de las exhalaciones buscaban el riachuelo con objeto de ver si se había refugiado en la bahía alguno de los paraos.

Sin cuidarse de la lluvia que caía a torrentes, pero guardándose muy bien de que no les cayese encima alguna rama de las que el viento desgajaba, llegaron casi inesperadamente cerca de la boca del riachuelo, siendo así que para ir hasta la quinta habían empleado doble tiempo.

—A pesar de estar a oscuras, nos hemos guiado mejor que por el día —dijo Yáñez—. Con esta noche, es una verdadera suerte.

Sandokan descendió hasta la orilla, esperó un relámpago, y lanzó una rápida mirada a la bahía.

—¡Nada! —dijo con voz sorda—. ¿Les habrá sucedido alguna desgracia a mis barcos?

—Yo creo que no habrán salido todavía de los sitios en que se hayan refugiado —respondió Yáñez—. Habrán visto que amenazaba otro huracán, y como gentes prudentes que son, no se habrán movido. Ya sabes que no es fácil atracar aquí cuando se enfurecen los vientos y las olas.

—Tengo como si fuesen presentimientos vagos, Yáñez.

—¿Qué temes?

—Que hayan naufragado.

—¡Bah! ¡Nuestros barcos son muy sólidos! Dentro de algunos días los veremos llegar.

—Los has citado para reunirse en esta bahía; ¿no es verdad?

—Sí. Vendrán; no lo dudes. Ahora busquemos un asilo. Llueve a torrentes, y este huracán no tiene trazas de ceder pronto.

—¿Y a dónde vamos? Nos vendría muy bien la cabafía que construyó Giro-Batol mientras estuvo en esta isla; pero dudo que pueda encontrarla.

—Metámonos en medio de aquel grupo de plátanos. Sus hojas gigantes nos ofrecen un buen refugio.

—Es mejor construir un *attap*, Yáñez.

—No había pensado en ello. Lo tendremos dentro de unos cuantos minutos.

Sirviéndose de los *kriss* cortaron algunos bambúes que crecían en la orilla del riachuelo, y los clavaron bajo un soberbio *pombo*, cuyas ramas y hojas eran tan espesas, que casi bastaban ellas solas para protegerlos contra la lluvia. Cruzaron las cañas formando como el esqueleto de una tienda de campaña a dos batientes, y las cubrieron con las gigantes cascos de los plátanos para reforzar la improvisada techumbre.

Se metieron debajo los dos piratas llevándose un racimo de plátanos, y terminada la frugal cena procuraron conciliar el sueño, a pesar de que el huracán se desencadenaba con mayor violencia, menudeando los relámpagos y los truenos ensordecedores.

La noche fué pésima.

Sandokan y Yáñez se vieron obligados más de una vez a reforzar la cabafita y a recubrirla con nuevas hojas para resguardarse de la espantosa lluvia que caía.

Sin embargo, hacia el amanecer se calmó un poco el temporal, lo

cual permitió a los dos piratas dormir tranquilamente hasta las diez de la mañana.

—Vamos a buscar el almuerzo —dijo Yáñez en cuanto abrió los ojos—. También hoy creo que hemos de tener la suerte de encontrar alguna ostra gigantesca.

Se dirigieron hacia la bahía siguiendo la costa meridional, y registrando entre las peñas pudieron pescar varias docenas de ostras de gran tamaño y algunos crustáceos.

Yáñez añadió plátanos, *pombos* y naranjas enormes.

Terminada la comida, volvieron a remontar la costa hacia el Septentrión, con la esperanza de descubrir los paraqs; pero no alcanzaron a ver ninguno en toda aquella extensión del mar.

—Es posible que la borrasca no les haya permitido volver hacia el Sur —dijo Yáñez—. El viento ha soplado continuamente del Mediodía.

—Sin embargo, estoy muy inquieto por lo que pueda haberles ocurrido —contestó el *Tigre de la Malasia*—. Esta tardanza me pone en gran cuidado.

—¡Bah! Nuestros hombres son marineros muy hábiles.

Durante una gran parte del día estuvieron dando vueltas por aquellas playas; pero al llegar la puesta del sol volvieron a internarse en los bosques inmediatos a la quinta de lord James Guillonk.

—¿Crees que Mariana habrá encontrado nuestro aviso? —preguntó Yáñez a Sandokan.

—Estoy seguro de ello.

—Entonces acudirá a la cita.

—Sí es que está libre.

—¿Qué quieres decir, Sandokan?

—Temo que lord James la vigile de cerca.

—¡Demonio!

—Sin embargo, iremos a la cita, Yáñez. El corazón me dice que he de verla.

—¡Cuidado, sin embargo, con cometer imprudencias! En el parque y en la quinta de seguro que ha de haber soldados.

—De eso sí que no hay duda.

—Y debemos procurar que no nos sorprendan.

—Obraré con calma.

—¿Me lo prometes?

—Te doy mi palabra.

—Entonces, ¡andando!

Procediendo con gran cautela, ojo avizor y con el oído atento, reconociendo prudentemente las espesuras de maleza y de arbolado para no caer en alguna emboscada; llegaron a las cercanías del parque hacia las siete de la tarde. Quedaban todavía unos cuantos minutos de crepúsculo, los suficientes para poder examinar la quinta.

Seguros de que no había centinela alguno escondido en aquellos lugares, se acercaron a la empalizada y, ayudándose mutuamente, la escalaron.

Ya en la parte de adentro, se ocultaron en medio de unos arriates devastados en gran parte por el huracán, y se escondieron entre un grupo de grandes peonías de China.

Desde aquel sitio podían observar cómodamente lo que sucedía en el parque y aún en la quinta, pues delante de ellos no había más que algunos árboles muy separados.

—En una ventana de la quinta veo a un oficial —dijo Sandokan.

—Y yo, un centinela cerca del ángulo del pabellón —dijo Yáñez—. Si permanece ahí ese hombre, aun después que se haga de noche, va a molestarnos más de la cuenta.

—¡Le despacharemos! —contestó Sandokan resueltamente.

—Sería mejor sorprenderle y amordazarle.

—¿Tienes algún cordel?

—Mi faja.

—Muy bien, y... ¡Bribones!

—¿Qué es, Yáñez?

—¿No has observado que han puesto rejas en todas las ventanas?

—¡Maldito de Alá! —exclamó Sandokan, apretando los dientes.

—Hermanito mío, lord James debe conocer muy bien las audacias del *Tigre de la Malasia*. ¡Por Baco! ¡Cuántas precauciones!

—Entonces, también vigilarán a Mariana.

—Puedes tenerlo por seguro, Sandokan.

—Y no podrá venir a la cita.

—Es probable.

—¡Pues yo he de verla, sea de un modo o sea de otro!

—¿Cómo?

—¡Escalando la ventana! Tú ya lo habías previsto al decirme que me proporcionara una cuerda.

—¿Y si nos sorprenden los soldados?

—¡Lucharemos!

—¿Los dos solos?

—Ya sabes que nos tienen miedo.

—No digo que no.

—Y que nosotros nos batimos como diez.

—Sí; contando con que las balas no vengan demasiado espesas. ¡Eh! ¡Mira!

—¿Qué es lo que ves?

—Un grupo de soldados que se marchan —contestó el portugués, que se había empujado en una raíz de un *pombo* inmediato, la cual serpenteaba junto a los dos piratas.

—¿A dónde van?

—Salen del parque.

—¿Irán a vigilar los alrededores?

—Lo temo.

—¡Mejor para nosotros!

—Puede que sí. Ahora esperaremos a la medianoche.

Encendió con grandes precauciones un cigarro, y tendiéndose al lado de Sandokan fumó con tanta tranquilidad como si estuviese en la cubierta de uno de sus paraos.

En cambio, Sandokan, rojo de impaciencia, no podía estar quieto un instante. De cuando en cuando se levantaba para escrutar las tinieblas, procurando adivinar lo que sucedía en el palacete y descubrir a la jovencita. Algo parecido a vagos presentimientos le agitaban.

Creía que le habían preparado alguna emboscada en los alrededores de la vivienda. ¿Quién podía saber si el billete lo había encontrado alguien que se lo hubiera llevado a lord James?

No podía contener su inquietud, y continuamente se dirigía a Yáñez interrogándole; pero éste continuaba fumando y sin contestar.

Por fin llegó la medianoche.

Sandokan se levantó, dispuesto a dirigirse al palacete, aun a riesgo de encontrarse delante de los soldados de lord James.

Pero Yáñez, que también se había levantado a escape, le cogió de un brazo.

—¡Despacio, hermanito! —le dijo—. Me has prometido que serías prudente.

—¡No temo a nadie! —dijo Sandokan—. ¡Estoy decidido a todo!

—Pero yo estimo mucho mi pellejo, amigo. ¿Olvidas que hay un centinela al lado del pabellón?

—¡Pues vamos a matarle!

—Bastará con que no dé la voz de alarma.

—¡Le estrangularemos!

Dejaron el plantel de peonías y se deslizaron por entre los arriates, escondiéndose detrás de las matas y de los rosales de China, que crecían por cientos.

Al llegar a unos cien pasos de la quinta Yáñez detuvo a Sandokan.

—¿Ves a ese soldado?

—Sí.

—Se me figura que se ha dormido con el fusil entre las manos.

—¡Tanto mejor, Yáñez! ¡Ven, y disponte para lo que ocurra!

—Tengo preparado mi pañuelo para amordazarle.

—¡Y yo, el *kriss*! ¡Si da un solo grito, le mato!

Se metieron ambos en medio de un espeso matorral que se prolongaba hacia el pabellón, y, arrastrándose como serpientes, llegaron a muy pocos pasos del soldado.

Aquel pobre joven, seguro de que no habían de incomodarle, dormitaba con el fusil entre las manos.

—¿Estás dispuesto, Yáñez? —preguntó Sandokan en voz baja.

—¡Adelante!

Dando un salto de tigre Sandokan cayó sobre el joven soldado, y agarrándole fuertemente por el cuello le tiró en tierra.

Yáñez se lanzó detrás. Con no vista rapidez amordazó al prisionero, le ató manos y piernas, y con voz amenazadora le dijo:

—¡Cuidado! ¡Si haces un solo movimiento, te atravieso el corazón!

En seguida, volviéndose hacia Sandokan:

—¡A tu chiquilla ahora! ¿Sabes cuáles son sus ventanas? —le preguntó:

—¡Oh, sí! —exclamó el pirata, que ya miraba hacia ellas—. Allí están, encima de aquel emparrado. ¡Ah, Mariana; si supieras que estoy aquí!

—¡Ten paciencia, hermanito; y si el Diablo no mete el rabo, la verás!

De pronto Sandokan retrocedió dando un verdadero rugido.

—¿Qué es? —preguntó Yáñez palideciendo.

—¡Que han cerrado con rejas sus ventanas!

—¡Demonio! ¡Bah! ¡No importa!

Cogió varias piedrecillas y lanzó una contra los vidrios, produciendo un ligerísimo ruido. Los dos piratas retenían el aliento, presa de viva emoción.

No contestaron. Yáñez lanzó otra piedrecilla; después otra y otra.

De pronto se abrió la vidriera, y Sandokan vio dibujarse a la luz azulada del astro de la noche una forma blanca, que reconoció en seguida.

—¡Mariana! —silabeó levantando los brazos hacia la jovencita, que se había inclinado sobre la reja.

Aquel hombre tan enérgico, tan fuerte, vaciló como si hubiese reci-

bido un balazo en medio del pecho, y permaneció como aturdido, con los ojos extraviados, pálido, tembloroso.

Al ver al pirata la joven lady lanzó un ligero grito.

—¡Animo, Sandokan!— dijo Yáñez, saludando galantemente a la jovencita—. ¡Súbete a la ventana; pero despacha, porque no corren muy buenos vientos para nosotros!

Sandokan se dirigió hacia el palacete, se encaramó en el emparrado y se cogió a los hierros de la ventana.

—¡Tú! —exclamó la jovencita, loca de alegría—. ¡Gran Dios!

—¡Mariana! ¡Oh mi adorada chiquilla! —murmuró él con voz ahogada, cubriéndole las manos de besos—. ¡Por fin vuelvo a verte! Eres mía; ¿verdad? ¡Mía todavía!

—¡Sí, Sandokan; tuya en la vida y en la muerte! —contestó la vaporosa lady—. ¡Volver a verte después de haberte llorado por muerto! ¡Esta es una alegría demasiado grande, amor mío!

—Pero, entonces, ¿creías que ya no existía?

—¡Sí; y no sabes cuánto he sufrido creyéndote perdido para siempre!

—¡No, mi amada Mariana; no muere con tanta facilidad el *Tigre de la Malasia*! Pasé sin el menor rasguño por entre los tiros de tus compatriotas; he atravesado el mar, he llamado a mis hombres y he vuelto a la cabeza de cien tigres, dispuesto a todo para salvarte.

—¡Sandokan! ¡Sandokan!

—Ahora escúchame, perla —prosiguió el pirata—. ¿Está aquí el lord?

—Sí; y me tiene prisionera, temiendo que reaparezcas.

—He visto soldados.

—Sí; en las habitaciones bajas hay muchos vigilando durante la noche. Estoy rodeada por todas partes, cercada y encerrada entre bayonetas y rejas e imposibilitada de dar un paso al aire libre. Mi valeroso amigo, temo no poder ser nunca tu mujer, no ser feliz jamás, porque mi tío, que ahora me odia, no consentirá nunca en emparentar con el *Tigre de la Malasia*, y pondrá en juego todos los medios para alejarnos, para interponer entre tí y yo la inmensidad del océano y la inmensidad de los continentes.

Dos lágrimas, dos perlas, cayeron de sus ojos.

—¡Lloras! —exclamó Sandokan—. ¡Amor mío, no llores, o me vuelvo loco y cometo cualquier atrocidad! ¡Oyeme, Mariana! Mis hombres no están lejos. Hoy son pocos; pero mañana o pasado mañana serán muchos, y ya sabes qué clase de hombres son los míos. Por más que el lord rodee de barricadas la quinta, entraremos, aún cuando haya que prenderle fuego y derribar los muros. Soy el *Tigre*, y por tí me creo capaz de entrar a la fuerza, no solamente en la quinta de tu tío, sino en todo Labuán. ¿Quieres que te robe esta misma noche? Tan sólo somos dos; pero, si lo deseas, haremos pedazos las rejas que te retienen prisionera. ¡Así pagaremos con nuestra vida tu libertad! ¡Habla, *Perla de Labuán*! habla, Mariana, porque mi cariño por tí me vuelve loco y me da tanta fuerza, que soy capaz de acometer yo solo a esta casa!

—¡No! —exclamó ella—. ¡No, mi valiente! Muerto tú, ¿qué sería de mí? ¿Crees que podría sobrevivirte? Tengo confianza en tí, en que tú me salvarás; pero cuando tengas fuerzas suficientes, las necesarias para derrotar a los que me retienen en prisión.

En aquel momento se oyó bajo el emparrado un ligero silbido. Mariana sintió un estremecimiento.

—¿Has oído?

—Sí —contestó Sandokan—. Es Yáñez que se impacienta.

—Quizás haya visto o adivinado algún peligro, Sandokan. Acaso se oculte en la oscuridad de la noche alguna celada en tu contra, amigo mío. ¡Gran Dios, ha llegado la hora de la separación!

—¡Mariana!

—¡Si no volviéramos a vernos!...

—¡No lo digas, amor mío, porque adondequiera que te lleven, iré a buscarte!

—Pero entre tanto...

—Se trata de pocas horas, amada mía. Probablemente mañana llegarán mis hombres, y derribaremos estas murallas.

Otra vez volvió a oírse el silbido del portugués.

—¡Márchate, mi noble amigo —dijo Mariana—; creo que corres un gran peligro!

—¡Oh; no le temo!

—¡Vete, Sandokan; te lo ruego! ¡Márchate antes de que te sorprendan!

—¡Dejarte! ¡No puedo decidirme a dejarte! ¿Por qué no habré traído mis hombres conmigo? ¡Ellos hubieran asaltado de improviso esta casa!

—¡Huye, Sandokan! ¡Oigo pasos en el próximo corredor!

—¡Mariana!

En aquel instante resonó en la habitación una voz gritando:

—¡Miserable!

El lord —porque era él en persona— togó a Mariana por un brazo procurando apartarla de la reja y al mismo tiempo se oyó descorrer los cerrojos de la puerta de la planta baja.

—¡Huye! —gritó Yáñez.

—¡Huye, Sandokan! —repitió Mariana.

No había un solo instante que perder. Sandokan, que comprendió que estaba perdido si no huía, atravesó de un salto el emparrado, precipitándose en el jardín.

F I N

LA ACCION DE ESTA OBRA CONTINUA EN LA TITULADA:
"LA MUJER DEL PIRATA"



